

AÑORANDO
LA
REPÚBLICA

AUTOR: ROQUE YUSTE GIMÉNEZ

CAPÍTULO I

Pasamos la frontera francesa el día 9 de febrero de 1939 extenuados y hambrientos, por las marchas obligadas y mal alimentados, porque carecíamos de intendencia desde algunos días, ya que habíamos perdido contacto con nuestras unidades respectivas, en el desorden de la retirada.

Al otro lado de la frontera nos esperaban los gendarmes franceses obligándonos a caminar en tropel con aquel allez, allez, marchez vite, que fueron las primeras palabras que aprendí en francés y que nunca más olvidaría.

Nos conducían a unos de los diferentes campos de concentración con los que nos obsequiaron a los soldados de la República Española los gobernantes de la República Francesa, junto con ancianos, mujeres y niños tirados en la arena de las playas de Argelès sur mer, cerca de Perpignan, sin más cobijo que el escaso equipaje que cada uno llevábamos a cuestas; pero, eso sí, antes que nada nos cercaron con anchas y altas alambradas de espino, vigiladas por abundantes soldados senegaleses de raza negra y fusil en mano, dispuestos a disparar si alguien se disponía a atravesarlas tratando de liberarse de aquella inesperada y extraña situación.

Nosotros que habíamos estado luchando desesperadamente casi tres años defendiendo la República Española y con ella las libertades fundamentales como liberté, égalité et fraternité para todos los españoles, encontrarnos con una República Francesa tratándonos de aquella manera tan injusta, supuso un golpe moral tremendo. Después fuimos comprendiendo que en aquellas circunstancias, con un gobierno presidido por Daladier conservador y hasta reaccionario de derechas que otra cosa se podía esperar...

Poco a poco fue mejorando tanto en la alimentación como en las otras condiciones. Empezaron a construir barracones de madera dentro de los cuales nos fuimos acomodando lo mejor posible, siempre durmiendo sobre la arena, sin sillas ni mesas ni otras condiciones que reconfortaran nuestra situación, nuestro ánimo.

Nos fuimos agrupando entre paisanos o partidos políticos y sindicatos, cuestión esta que originaba alguna que otra discusión o controversia, y culpándose unos a otros de la pérdida de la guerra por los errores cometidos por unos y otros; pero, en general, compartimos las consecuencias del desastre como compañeros en las grandes luchas sostenidas contra el franquismo, manteniendo siempre la esperanza de volver pronto a nuestra tierra con el triunfo, ya que la Segunda Guerra Mundial estaba a punto de estallar y no podía terminar sino con la derrota del nazismo fascismo que fueron quienes dieron el triunfo al franquismo.

Una vez cobijados en los barracones, cada uno ocupábamos nuestro tiempo entre bañarse en el mar, corretear por la playa, entreteniéndose con juegos como el dominó, cartas y también damas y ajedrez o la morra.

Los grupos comunistas eran los más activos y los que mejor sabían aprovechar el tiempo en favor de la cultura. Pronto crearon escuelas de capacitación y cultura general,

pues sabían muy bien las carencias del pueblo español, sobre todo las masas obreras y campesinas tenían mucha necesidad y pusieron manos a la obra sin demora. Circunstancia esta que mi hermano Agustín y yo supimos aprovechar al máximo, mejorando rápidamente nuestros escasos conocimientos en castellano y aprendiendo francés a continuación, ya que sin conocer la gramática de nuestro idioma resultaba imposible aprender otra lengua estudiando.

Las mismas dificultades teníamos para aprender historia, matemáticas o geografía. Sin lugar a dudas que aquel tiempo que tan bien supimos aprovechar nos sirvió para nuestro futuro en todos los aspectos de nuestras vidas.

Mi hermano Agustín estaba con mis padres y mis tres hermanas pequeñas como refugiados de Mataró, ciudad muy importante de la provincia de Barcelona en las costas del Maresme. Cuando pasé por allí yendo de retirada, entre a verles y les propuse a mis padres que Agustín se viniera conmigo a Francia, porque le cogía en una edad muy crítica y con el franquismo dominando España se pasaría años y años en el ejército movilizad, perdiendo inútilmente su juventud. Con mucho dolor y no menos resignación comprendieron que era lo mejor para su futuro.

El hijo mayor lo habían perdido para siempre en el Ebro y los otros dos emprendieron la marcha hacia un porvenir incierto a través de montañas y bosques, ya que caminos y carreteras eran constantemente ametralladas y bombardeadas durante el día por la aviación franquista, destruyendo todo lo que encontraban a su alcance, sin respetar carros y caballería de la población civil con sus pertenencias más indispensables huyendo del posible terror franquista.

Mi hermano Félix murió en la batalla del Ebro cuando lo evacuaban herido de la sierra de Pàndols en una ambulancia; donde las fuerzas republicanas resistieron tenazmente los continuos contraataques enemigos durante semanas, meses como en todo el frente del Ebro al otro lado del río, hasta que no pudieron soportar la avalancha de metralla de la aviación y de artillería alemana, que eran las que vencían en todas las batallas sostenidas contra el ejército de Franco.

Con la muerte de nuestro hermano Félix y al marcharnos Agustín y yo de Mataró, nuestra madre, que ya estaba muy delicada, quedó destrozada de pena y de dolor. Un mes más tarde moría en el mismo Mataró, en cuyo cementerio reposan sus restos, junto a otros cuerpos, ya que en aquellas circunstancias los enterraban en fosas comunes de tantos que morían de pena, de hambre o fusilados.

De estos hechos tuvimos conocimiento a través de la Cruz Roja por una carta que recibió nuestro tío Paco. Aunque no nos sorprendió por el estado en que la dejamos cuando nos marchamos, fueron momentos muy dolorosos para nosotros, todo por una guerra maldita que sólo benefició a los poderes fácticos del clero, económicos, políticos y militares, mientras el resto del pueblo sufrimos las consecuencias.

Después del segundo día de marcha a campo traviesa y a partir del empalme ferroviario del pueblo de Massanet, nos vimos obligados a seguir caminando lejos de las

vías ferroviarias y de las carreteras, sobre todo de noche; porque los zapadores minadores del cuerpo de ingenieros del ejército iban haciendo explotar los trenes cargados de material de guerra procedente de la Unión Soviética, comprado por el gobierno republicano español; pero que lo desembarcaron en el puerto francés de Marsella para evitar que la aviación y las escuadras alemana e italiana junto con los barcos de guerra en poder de los franquistas lo destruyeran en los puertos catalanes o en el mar y se malograra.

Este material estaba destinado para el desarrollo de la batalla del Ebro, pero el gobierno francés lo retuvo el tiempo suficiente para que lo perdiéramos y cuando vieron que iba a caer en poder de los mal llamados nacionales, lo hizo pasar a España.

Uno de tantos sabotajes y bloqueos hacia la República Española de las llamadas potencias democráticas occidentales y de su célebre Comité de no-intervención en la guerra de España; que dejaba las manos libres a las potencias nazi-fascistas de Alemania e Italia a favor de Franco, porque no hicieron ni caso de los acuerdos de aquel comité y ellos lo sabían, como puso en evidencia una y otra vez el representante español Álvarez del Bayo, un crimen que el pueblo español jamás les perdonaremos.

Después de rebasar Figueres, nos encontramos de improviso y sin darnos cuenta con un campo de aviación republicano improvisado, y de una forma inesperada, empezaron a llover bombas sobre nosotros. Tire a mi hermano a tierra y yo detrás protegiéndole con mi cuerpo hasta que desapareció la última oleada de aviones fascistas.

Después nos dimos cuenta de que sólo había un Chato que parecía estar intacto y otro medio destartado, pero sin más aviones o presencia de aviadores o pilotos. Solamente enormes agujeros producidos por las abundantes bombas explotadas.

Afortunadamente ni a nosotros ni a ninguno de los que nos acompañaban en nuestra marcha nos pasó nada, aunque la sorpresa y el susto fueron grandes.

Por fin llegamos a Portbou, pueblo fronterizo que estaba semidesierto, donde había trenes abandonados en los que se apreciaba que habían estado cargados de comestibles y saqueados por los que como nosotros queríamos pasar a Francia y estábamos hambrientos. Sólo encontramos potes de leche condensada que nos sirvieron para matar el hambre, y a continuación nos pusimos a superar la última cuesta hasta llegar a manos de los gendarmes franceses e incorporarnos a una larga columna de soldados y paisanos republicanos con el mismo destino: campos de concentración.

Los meses en el campo de Argelès sur mer pasaban deprisa, ya que los aprovechábamos bien en todos los sentidos. Había una playa de arena muy fina y no era muy honda el agua; además, los bancos de arena estaban a una distancia relativamente corta lo cual nos ayudaba a probar nuestra resistencia nadando, aprender mejor y con más seguridad.

Mi hermano Agustín, como había estado en Mataró, sabía nadar como un pez; pero yo no tenía mucha práctica, si bien en el río Ebro adquirí cierta destreza y a veces a la fuerza...

Las condiciones en el campo de concentración francés fueron duras durante algún tiempo, dormíamos sobre la arena con poca cobertura y la alimentación escasa y mal condimentada, pero suficiente para ir tirando. Además, en aquellas circunstancias que podíamos exigir, ni mucho menos se podía comparar con los campos nazis.

Agustín y yo aprendíamos deprisa gramática castellana y acto seguido gramática francesa, matemáticas, geografía y otras materias. El hecho de ampliar conocimientos de aquella manera, nos ayudaba a comprender y a tomar conciencia de nuestro lugar en la vida y el camino a seguir en adelante según el desarrollo de acontecimientos futuros.

Organizamos campeonatos de ajedrez y de damas y otros juegos que nos ayudaban a emplear bien nuestro tiempo y con algún significado cultural.

Recuerdo que se comentaba insistentemente que en el campo donde estaban las mujeres, los niños y los ancianos morían muchos niños y también ancianos; cosa que no es de extrañar porque en aquellas condiciones de pésima alimentación, escasos o nulos medios de higiene, durmiendo en el suelo sobre la arena; también de pena y añoranza. Muchas veces he pensado en ello y cuál habría sido su suerte, teniendo en cuenta que a los siete meses estalló la Segunda Guerra Mundial y que un año después los alemanes ocuparon toda la Francia llamada libre.

Otro de los recuerdos del campo de Argelès sur mer es que ayudé a escapar del campo a un compañero que decía tener familiares acerca de Perpignan, cortando las alambradas con un alicate; quien deseaba con todas sus fuerzas abandonar aquella situación, arriesgando quizá la vida ya que los senegaleses tenían orden de disparar a quien intentase evadirse y así lo confirmaban los disparos que alguna noche se oían. Como consecuencia yo también me expuse en gran medida.

A pesar de sus promesas ya no volví a saber nada de él hasta 14 años después al bajar desde la Vía Julia a la calle la Jota a coger el tranvía 51, lo encontré sentado comiendo al borde del camino cerca de la Harry Walker que al parecer trabajaba en esa fábrica recién instalada en aquella zona. Al verlo, me alegró comprobar que estaba sano y salvo, intenté saludarle llamándole por su nombre, cosa que negó con gran sorpresa para mí, puesto que lo identificaba una señal grande en la cara.

CAPÍTULO II

Antes de vernos obligados a ser soldados de la República, cada uno de nosotros tenía un oficio, habíamos desempeñado papeles más o menos importantes en la sociedad que nos tocó vivir. Porque importante es ser pastor, campesino, maestro, escritor o catedrático; importante es ser carpintero, herrero, mecánico, electricista, mecánico o montador; importante es ser peón, paleta, ingeniero o aparejador. Todas estas cosas y muchas más habíamos desempeñado antes de vernos obligados a defender la República Española; por medio de la cual sentíamos garantizadas las libertades y derechos fundamentales; expresión de los más sagrados fundamentos humanos y garantía de poder volver a ser lo que éramos y con garantías de superación permanente, desarrollada a través de la cultura ampliamente extendida durante el corto período de esa querida República.

Yo siempre tuve pasión por la música al igual que otros compañeros y paisanos; por esta razón quisimos construir una guitarra y una bandurria y algún otro instrumento de música. Con una lata de conserva ovalada acoplándole un mango de madera hicimos una bandurria, poniéndole cuerdas de alambre fino para las primas y segundas y otros materiales para las restantes, conseguimos que sonaran medianamente bien y templarla.

La misma operación llevamos a cabo para hacer la guitarra, aunque con una lata más grande y de otra forma, ya que había de varios tamaños y formas variadas de donde venían las conservas. Pues bien, conseguimos una no muy buena, pero nos servía para nuestro propósito que era distraernos y ocupar nuestro tiempo de una forma provechosa y animada.

De Noguera estábamos nuestro tío Paco, nuestro primo Samuel, Cristóbal el Barrabás y uno de los Pelicanas, no recuerdo el nombre. De Cella había varios, entre otros, Emilio el de la tía Leonarda, amigo y compañero, tocaba muy bien la bandurria. Antes de la guerra tocaba en uno de los bailes del pueblo con Juan el Manco, la guitarra, y yo alguna vez con el laúd les acompañé.

El tío Paco y Samuel salieron del campo con otros a hacer carbón de encina al bosque y según contaban muchos años después tenían malos recuerdos de aquella campaña, pues entre otras cosas les estafaron aprovechándose de que eran refugiados.

En septiembre de 1939 estalla la Segunda Guerra Mundial y a los que no habíamos aceptado salir voluntarios a trabajos, más que dudosos en cuanto a su remuneración y condiciones de trabajo, apoyándose en sus leyes de movilización en caso de guerra, nos sacan a la fuerza encuadrándonos en batallones de trabajo. La unidad que estaba yo, la transportaron al departamento de la Petit Gironde, entre Burdeos y el Cantábrico en una extensa planicie de bosques frondosos. Allí querían construir una fábrica de pólvora y nos empleaban desbrozando el bosque, abriendo calles y los espacios donde hacer las construcciones.

Cuando ya habían levantado algunos edificios, Petén y compañía hicieron el armisticio con los alemanes. Se paralizó todo, trasladándonos a Burdeos y subiéndonos a un tren partiendo en dirección a Pau, de cuya estación regresamos a Burdeos. Al darnos cuenta

que nos llevaban hacia la frontera española, sospechamos que su intención era entregarnos a Franco, hubo un conato de rechazo y se vieron obligados a hacer marcha atrás. Hubiera sido terrible si nos meten en territorio español, sin caer en la trampa, y de golpe vemos los tricornos de la guardia civil.

De Burdeos nos llevaron de vuelta a los campos de concentración, esta vez al de Saint Cyprien. Estuvimos en ese campo pocos días, pronto nos llevaron hacia los bajos Alpes a un pueblo que se llama Le Mes, cerca del río Ródano. Nos instalaron en un enorme barracón junto al bosque, donde se suponía que había que cortar roble para hacer carbón de encina, ya que había mucha necesidad de combustible para las necesidades de guerra, al restringirse otras energías. Después de unos días de exploración del bosque para conocer bien el terreno, encontramos una pequeña pradera en lo alto de una loma ideal para el fin de nuestro propósito; que era instalar una escuela de capacitación, política y militar ya que como combatientes de la República Española estábamos suficientemente preparados para emprender una guerra de guerrillas contra los alemanes y los fascistas franceses. En aquellas montañas de bosques frondosos se daban las mejores condiciones como refugio y base de operaciones.

Al poco de estar allí ocuparon toda Francia los alemanes, así que los acontecimientos se precipitaban. La población francesa nos miraba con recelo al principio, recelo que se iba volcando en simpatía cada día que pasaba y odio al ocupante por el contrario. La propaganda que les habían hecho sobre los republicanos españoles había sido terrible por medio de la prensa de derechas y todos los medios de comunicación que dominaban. El terror que practicaban los franquistas decían que lo habían realizado los rojos, inventando mentiras como que en Barcelona había carnicerías donde vendían la carne de los curas que mataban los rojos, como dice la escritora Teresa Pàmies en uno de sus libros, y cosas increíbles.

La alimentación que nos daban en aquellos días era fatal; un producto que le llamaban topinambour, cocido como si fueran patatas y un gusto nauseabundo, no había quien se lo comiera. El primer acto de rebeldía que hicimos fue tirar todos a una en medio del camino aquella bazofia. Casualmente los alemanes descubrieron una especie de bencina del zumo y desapareció como por encanto, por suerte para nosotros, dándonos patatas que sí que las comíamos con gana.

CAPÍTULO III

Mi hermano Agustín se quedó en el campo de Argelès, puesto que no tenía edad para ser movilizado, pero a los pocos días un terrateniente de la isla de Córcega, fue a buscar gente para trabajar en sus tierras y se fue para allí junto con otros. Eso le valió para no hacer el servicio militar ni en Francia ni en España, si bien en la ocupación de la isla por los alemanes no se libró de participar en la guerrilla en su liberación. Posteriormente desarrolló allí su vida, casándose con María natural de allí, y más tarde en París en la industria de la aviación.

En agosto de 1941 regresé a España con un grupo de compatriotas. Los camaradas que participaban en organizar la lucha contra los nazis y contra el franquismo, decidieron que a los que no nos fuera la vida regresando a nuestra tierra, nuestro puesto estaba en España. Porque nuestro objetivo final era liberar al país de la opresión franquista, pues la labor a realizar y el esfuerzo a llevar a cabo eran enormes, ya que la juventud española había sufrido una represión bárbara y había quedado destrozada. La idea nos convenció y nos dispusimos a realizarla sin vacilar, puesto que en Francia o en España había que combatir.

Pasamos la frontera por Cerbère en tren desde Marsella y al llegar a Portbou, sin bajar del vagón nos entregaron a la guardia civil, quien nos condujo hasta Figueres, cuyo castillo habían convertido en cárcel, guardada por militares. Pronto nos trasladaron a Barcelona, encerrándonos en los sótanos de los locales que ocupaba el Frente de Juventudes en la calle Ancha, frente a Capitanía General.

Desde allí quise mandar a mi familia la maleta con ropa buena, entre otras cosas dos trajes nuevos y no me lo permitieron. A través de las estrechas ventanas bien enrejadas presencié un caso, un acto que me removió la sangre: una anciana preguntó a uno de los policías que nos vigilaban por un nieto suyo que estaba entre nosotros, hablando en catalán. Con violencia y malas maneras le dijo que a él le hablara en cristiano, y empujándola con la culata del fusil la apartó sin contemplaciones. Tambaleándose se marchó visiblemente asustada.

A los dos días nos llevaron a Reus, el pueblo más importante de la provincia de Tarragona, donde nos alojaron en un cuartel muy deteriorado con otros muchos compañeros que ya estaban allí y, naturalmente rojos como nosotros. Formaron un batallón disciplinario, pues estábamos declarados como prófugos y no afectos y teníamos que pagar cara esa falta.

Sin embargo, habíamos servido casi tres años al gobierno legal de la República durante la guerra y nos incorporamos antes de que se llamara a filas a nuestra quinta. Pero, además, venían con nosotros franceses hijos de españoles residentes allí que querían hacer el servicio militar en España, quizá para librarse de hacer la guerra contra los alemanes en Francia. ¿Qué sentido legal tiene declararnos prófugos y delincuentes?. La única justificación es que necesitaban gente joven como esclavos para hacer fortificaciones en varios lugares estratégicos de nuestro país.

Hasta ese momento en el trayecto desde la frontera el trato que nos dieron fue aceptable, ya que no esperábamos fuese mejor.

Antes de salir para nuestro fatal destino, nos equiparon bien: dos trajes de soldado, dos camisetas de felpa y dos calzoncillos; un par de botas y otro de alpargatas, una buena mochila, plato de aluminio, cuchara y tenedor y una manta, todo nuevo, flamante.

Una mañana temprano, nos condujeron a la estación de ferrocarril y nos metieron en vagones de ganado totalmente precintados, hasta Madrid de una tirada, sin comer ni beber. Así no teníamos necesidad de mear ni de hacer de vientre, aunque nos las ingeniamos para hacer agujeros en el suelo con el fin de poder evacuar, pues había algunos que tenían descomposición de vientre, ya que la alimentación anterior no era buena y también producido por el miedo ante aquél panorama. Las puertas las reforzaron con barras de hierro para que no nos escapáramos al pasar por zonas guerrilleras.

En la estación de Atocha pudimos respirar algo y nos dieron de comer alguna cosa.

De Madrid partimos en las mismas condiciones hasta Algeciras, desde donde nos trasladaron sin pérdida de tiempo a un lugar llamado Punta Paloma donde llevaban a cabo un proyecto amplio de fortificaciones, frente al Estrecho y a África.

Al pasar por los campos de labor nos llamó la atención el hecho de que todos estuvieron sembrados de calabazas de asar muy gordas. Pronto nos enteramos el valor que tenían para los que administraban la intendencia en el batallón.

Llegamos al campamento un día de verano, al atardecer. Cuando entramos en él y contemplamos el panorama que por allí había, se nos cayó el cielo a cuestras: unos cuantos seres humanos en la parte de abajo cocinando desechos de pieles de plátano y de calabaza en potes de conserva sucios y negros para comérselas después. No llevaban más ropa que una chaqueta y un pantalón llenos de mugre; manos, cara y cuello sucios, raquíticos o esqueléticos, medio descalzos y hechos una calamidad.

Según nos dijeron cuando regresaron los que estaban trabajando en la cantera, esos estaban de baja por enfermos y que pronto nos enteraríamos con qué fin los empleaban los escoltas y los oficiales.

El campamento estaba instalado en una cuesta con tiendas de campaña canadiense viejas y desordenadamente colocadas, donde cabían cinco o seis personas nos metieron a diez o doce, o sea, amontonados. Cuando llovía si por descuido tocabas la tela, se producía una gotera que conducía hasta el fondo originando barro al llegar a tierra. Esto sucedía a menudo en aquella zona, sobre todo en otoño e invierno.

Estábamos muy cansados del viaje duro y largo, pero dormimos más o menos bien, aunque a la mañana amanecemos baldados. Como es costumbre en el ejército nos levantaron pronto, formándonos de corrida dándonos una bazofia de café como desayuno y sin perder tiempo nos llevaron a la cantera a sacar piedra para las fortificaciones. A los recién llegados nos pusieron por pareja dándonos un pico y una pala, comprobando quienes

estaban acostumbrados a trabajar y quienes no lo estaban. Las parejas que no manejaban bien el pico con la pala o individuos, los juntaban y les echaban tareas que era imposible terminar aunque se esforzaran, puesto que enseguida salía roca y sólo se podía levantar con barrenos. Como llegaba la hora de ir a comer y no adelantaban nada, un cabo y un sargento con sendas varas les daban latigazos y junto a la fatiga caían extenuados al suelo.

Al regresar al campamento para comer, los que habíamos llegado el día anterior, nos encontramos con una tremenda sorpresa al entrar en la tienda de campaña para coger el plato y la cuchara, para apagar aquella bazofia de caldo de calabaza como comida: nos habían robado absolutamente todo lo que teníamos en el macuto y maletas, toda la ropa que nos habían dado en Reus, incluido el traje de soldado, botas nuevas y todas las mudas interiores así como los trajes que trajimos de Francia. O sea, que nos dejaron con lo puesto que era lo más viejo como ropa de trabajo. Así se explica que llevaran la chaquetilla y el pantalón llenos de mugre los que estaban allí cuando llegamos el día de anterior.

Salimos disparados e indignados y dispuestos a todo en dirección a las chabolas de los jefes, pero los que llevaban tiempo allí nos aconsejaron que no hiciéramos nada si no queríamos salir mal parados y nos mostraron como estaban preparados el cabo y el sargento con sus varas y, más atrás, los escoltas armados con sus respectivos mosquetones. Aquello nos hizo comprender muy bien como nos encontrábamos y cuál era nuestro lugar, es decir, lo que nos esperaba si no nos disponíamos a sobrellevar con resignación y aplomo cualquier provocación. Éramos rojos y no teníamos derechos, sólo deberes a su antojo y capricho.

Los que estaban menos preparados para afrontar aquella vida tan dura, humillante y amarga, caían fácilmente en la desesperación y a algunos les costó la vida.

De los alimentos que nos daban, sólo el pequeño chusco contenía valor nutritivo, todo lo demás estaba mal cocinado y pésimamente condimentado, caldo de calabaza para comer, caldo de calabaza para cenar. Las dichosas calabazas o campos de ellas que vimos cuando nos conducían desde Algeciras hasta nuestro destino fatal. Así que las pieles de plátano y las latas de conserva con las cuales cocían los desechos, no eran sino las que comían los oficiales, no los castigados.

Nos daban una pastilla de jabón pequeña para cada mes, que yo empleaba para lavarme la muda interior semanalmente. No daba para lavarme la chaqueta y el pantalón, aunque no se me llenaba de mugre como ocurría a la mayoría.

En los alrededores de la cantera donde trabajábamos, estaba lleno de palmitos pequeños que, desviándonos con precaución para no llamar la atención de los escoltas, les dábamos un golpecito a cada lado y salía una pequeña penca muy alimenticia y comíamos con verdadero placer. Aquello nos salvo, sino la vida, si de sufrir un raquitismo y una debilidad peligrosa. Había días que los escoltas no nos dejaban, sobre todo si estaba el cabo con el sargento de marras; pero por la mañana o por la tarde teníamos la ocasión de comer un par de pintas de aquellas, calmándonos el hambre algo y reponiendo energías.

También nos daban una cajetilla de tabaco y un paquete de cigarrillos

descontándolo de las 15 Ptas. que nos pagaban cada mes. Yo lo fumé algún tiempo; pero es curioso observar hasta qué punto desespera a algunas personas no tener qué fumar, no tener tabaco. El único alimento un poco nutritivo que recibíamos diariamente era un pequeño chusco de pan que te lo comías en dos bocados, muchos lo cambiaban por cigarrillos, cuatro cigarrillos. Había dos primos hermanos aragoneses judíos de Barbastro, si no recuerdo mal, que acaparaban el tabaco, el jabón y los chuscos y especulaban con el deseo de fumar y el hambre de los compañeros sin entrañas ni escrúpulos.

Sin lugar a dudas que los oficiales tendrían algún tipo de comisión o recompensa para dejarlos traficar de aquella manera. Incluso prestaban créditos a cuenta del futuro tabaco, chusco o pastilla de jabón.

Había un tal Moisés Cohen, hijo de unos ricos judíos residentes en Marruecos, que recibía a menudo giros de miles de pesetas que en aquellos tiempos era una fortuna; pero había caído en tal desesperación que no pudo soportar aquella situación y murió de asco, sucio y hecho una ruina moral sin remedio.

Un capítulo aparte era el llamado Hipódromo cerca de Algeciras, temor y terror de todos nosotros y también de los zapadores que estaban construyendo emplazamientos de artillería y trincheras, pues aunque no tenían guardianes como nosotros, el trato no era mucho mejor y también acudían para incorporarse a las guerrillas o desertando; pero tarde o temprano, salvo excepciones, caían en manos de la policía militar, siendo conducidos al Hipódromo. El que salía de ese sitio era para enterrarlo quién sabe cómo y dónde.

Un pabellón construido en obra de ladrillos con muy pocas y estrechas ventanas, sin ningún tipo de higiene, ni siquiera inodoro. A bastante distancia el olor que desprendía era insoportable y entraban ganas de vomitar. Las cosas que se decían de aquel lugar eran terribles, espantosas, a pesar de los terrores que constantemente sufríamos. Algunas personas ejerciendo la tortura llegan a ser insaciablemente brutales, terribles, demoledoras.

En aquellas circunstancias no había lugar para el humor, ni siquiera para sonreír. No recuerdo ninguna cara sonriente ningún chiste de humor en aquellos meses tortuosos, crueles, miserables.

Después de tanto tiempo no recuerdo fechas exactas, pero fuimos a finales de agosto de 1941 y nos trasladaron a la isla de Mallorca en vísperas de las Navidades de aquel año. Fueron cuatro meses muy duros; no es que en la isla cambiarán pronto las cosas, pero mejoraron y en qué medida.

CAPÍTULO IV

Estoy escribiendo esta historia en Ribes de Freser en el mes de agosto de 1997, es decir, cincuenta y seis años después, como consecuencia de una conversación o controversia con huéspedes como yo en el Hotel Cataluña Park a sugerencia de uno de Terrassa. Si bien tuve muchas intenciones de hacerlo y ya había empezado antes de fatídico 23 F, pero lo destruí por miedo... quizá injustificado.

En diciembre de 1941 nos embarcaron en el puerto de Algeciras en el Cabo San Roque, barco mixto de pasaje y carga con rumbo desconocido, aunque con rumores de que nos trasladaban a Mallorca. El viaje en barco fue tortuoso y duro, puesto que la mayoría de nosotros nunca había pisado un barco, además de que se presentó un fuerte temporal de levante.

Al subir a bordo y amontonados en la bodega, nos advirtieron de que no hiciéramos ninguna travesura, pues la planta del fondo estaba cargada de trilita y las consecuencias podrían ser fatales. En los primeros momentos nos preocupó, pero reflexionamos y cambiamos impresiones, llegando a la conclusión de que no podía ser que hubiese tal cargamento. Pensamos que podría haber cosas comestibles y con la gazuza que arrastrábamos, teníamos que comprobarlo bajando allá

Con las mantas bien atadas hicimos una larga cuerda hasta llegar al fondo. Al momento empezaron a subir rastras de plátanos verdes y duros como una roca y tomates maduros, todo ello origen de las islas Canarias.

Como es lógico todos decidimos comer, pese al contraste entre una cosa y otra, si bien hubiese sido mejor que no los hubiéramos comido, porque al llegar al golfo de Valencia con el temporal tan fuerte que había devolvimos hasta la primera papilla. Quizá nos hizo bien porque la mayoría de nosotros no hubiésemos podido digerir semejante mezcla y a algunos les entró descomposición de vientre. La verdad es que lo pasamos muy mal hasta llegar al puerto de Barcelona.

A pesar de que íbamos con los mismos escoltas y los mismos oficiales corrompidos y salvajes, nos pareció entrar en otro mundo. Nos metieron en los sótanos de los mismos edificios que ocupaba el llamado Frente de Juventudes falangistas, donde ya habíamos estado cuando pasamos procedentes de Francia, hasta que una mañana nos sacaron de allí en dirección al puerto. Aunque no hay mucha distancia, fue suficiente para percibir la simpatía de las gentes que encontramos a nuestro paso y su saludo afectivo, que quería decir desprecio al sistema que nos condenaba a no ser libres, a ser esclavos.

Precisamente en aquella época y posteriormente, los batallones de castigados que había por la región catalana estaban siendo diezmados por tifus semántico, una enfermedad como consecuencia de la miseria, la falta de higiene y el hambre, e igualmente atacó a la población en gran escala, especialmente a los más débiles.

Al entrar en la zona del puerto descubrimos un montón de sacos llenos de cáscaras de coco. Algunos compañeros empezaron a salirse de la formación y, sacándolos de los

sacos, se llenaban los macutos; pero viendo que los escoltas no les decían nada, muchos de nosotros les imitamos, siempre con la idea de matar el hambre crónica que padecíamos. Sin embargo, yo jamás he vuelto a probar el coco dichoso, por los problemas intestinales que me causó, al igual que a la mayoría de los que comieron.

Embarcados en dirección a Mallorca, tuvimos un viaje más o menos tranquilo, las olas apenas se movían y los escoltas tenían una actitud más tolerante. Parecía que la simpatía mostrada por la población de Barcelona, hubiese influido en su comportamiento anterior hacia nosotros.

Llegamos a Palma de Mallorca al anoecer de un día de diciembre de 1941. Nos condujeron a la estación de ferrocarril, metiéndonos en vagones de ganado para no perder la costumbre de maltratarnos. Partimos en dirección del pueblo de Artà en las montañas de la isla, pasando por Manacor y pernoctando en uno de los grandes edificios del pueblo.

Al día siguiente, temprano, emprendimos la ruta en dirección del cabo Ferrutx, situado en las montañas haciendo frente a la isla de Menorca y desde donde se veía en días claros perfectamente Ciudadela y sus alrededores.

Después de recorrer unos ocho kilómetros por un camino de carro, comenzamos a subir por un camino empinado hasta llegar a un montículo, donde había una pequeña meseta. Allí nos instalaron de una forma precaria, pero duró poco tiempo, porque pronto montaron tiendas Marabú con buena lona y, aunque muy prietos o estrechos, podíamos decir que estábamos en cubierto, naturalmente desaparecieron aquellas viejas tiendas y agujereadas de Punta Paloma en la provincia de Cádiz.

De inmediato comenzamos a construir una pista o carretera estrecha, con el fin de conducir los pertrechos necesarios para la instalación y mantenimiento, en las futuras posiciones, de emplazamientos de artillería pesada frente a Menorca, en las montañas más altas del cabo Ferrutx, atravesando montes selváticos, barrancos rocosos y pendientes pronunciadas.

En aquella época todo se hacía a base de pico y pala y barrenos, al menos nosotros no teníamos otras herramientas más eficaces y todo era con esfuerzo humano muy barato, es decir, con esclavos. Allí también había palmitos pequeños de donde se podía sacar una pequeña penca muy nutritiva, y también dátiles pequeñitos maduros que también nos ayudaban a matar el hambre, con la ventaja de que los escoltas no se metían con nosotros, incluso ellos mismos comían.

Algunas semanas después se les ocurrió hacer barracones para instalarnos en ellos, pero con nuestro propio esfuerzo después de dejar el duro trabajo de pico y pala y barrenos. El material era todo gratis, puesto que todas las cosas necesarias estaban en la naturaleza y sólo había que cogerlas y transportarlas. Consistía en levantar paredes con piedras y barro para juntarlas hasta metro y medio a dos metros; tejados con pendientes pronunciadas para que corriera bien el agua cuando lloviera; puntales de pino cortados, pelados y arrastrados por nosotros mismos para sostener el tejado compuesto por una hierba larga y fuerte que hay en abundancia en aquellos parajes.

Colocamos las mazorcas de hierba en línea recta empezando por abajo, cada una montando sobre la anterior más o menos la mitad de su largor, como las tejas, de forma que al llover escurriera el agua sin parar hasta caer fuera. No se producía ninguna gotera y es curioso la de cosas que se pueden hacer aprovechando lo que produce la naturaleza, en protección y comodidad de las personas. Las sujetábamos con cuerda trenzada por nosotros sobre las vigas y llantas de otro arbusto que no recuerdo cómo se llama, de tal forma que ni viento ni ningún fenómeno de la naturaleza lo movían de su sitio.

A continuación hicimos literas de tres pisos con los mismos materiales, sobretodo utilizamos en abundancia la hierba larga para enlazar las literas, y hacer los somieres sobre dónde poner nuestros colchones de hierba desmenuzada, y nuestros cuerpos cansados por el duro trabajo.

Todo esto, al final supuso un cambio importante en nuestras martirizadas vidas. Al menos podíamos descansar más o menos bien a las noches, e incluso íbamos adquiriendo confianza entre nosotros y hasta organizarnos en grupos con ideas parecidas, comentando y conversando de nuestros problemas comunes, la marcha de la guerra mundial contra el nazismo y el fascismo internacionales, enemigos de todos nosotros.

Nos hacían levantar a las siete de la mañana y antes de ir a trabajar a la pista, nos obligaban a hacer un viaje para acarrear material necesario para ir acondicionando todas las cosas en el campamento. Por cierto que en los primeros viajes nos hinchamos de comer madroños que había en aquella zona en abundancia, la mayoría maduros, hasta aborrecerlos porque nos hicieron daño a casi todos, pues son muy indigestos.

La contrata para construir la carretera la tenía una empresa aragonesa, cuyo empresario venía a menudo y el capataz estaba siempre con nosotros. Los trabajos avanzaban muy lentamente, porque estábamos extremadamente débiles y no teníamos ningún estímulo y menos entusiasmo, además de que la alimentación no había mejorado en absoluto. Al capataz no le gustaban los métodos que empleaban los escoltas para hacernos trabajar, y quiso informarse de cuáles eran los problemas y para esclarecerlos empezó a hacernos preguntas. Aunque todo estaba a la vista, nosotros aprovechamos la ocasión para hablarle sin tapujos y le informamos de todo. Cuando vino el empresario, el capataz lo puso al corriente de toda la información que le habíamos dado.

Pronto notamos las consecuencias cuando una tarde después de regresar al campamento, nos formaron y nos condujeron en dirección contraria a como estábamos acostumbrados en busca de materiales para ir construyendo los barracones. Nos llevaron en dirección al pueblo de Artà cuesta abajo y al llegar al hondo vemos el carro de suministro cargado de sacos de patatas, garbanzos, judías y otras que no veíamos hacía tiempo.

Anteriormente cómo iba medio vacío, los mulos no tenían problemas para subirlo hasta el campamento, pero cargado de aquella manera... Total que los tuvimos que subir al hombro y de verdad que con lo débiles que estábamos, nos llevamos una buena paliza; pero mereció la pena, porque a partir de aquél día cambió sustancialmente la alimentación y nuestra moral también mejoró.

Llegó un día, después de regresar a comer, en que nos forman en medio del campamento como para repartirnos el rancho; pero va pasando el tiempo y allí no se ve la caldera de cocción ni la menor señal del cabo furriel ni el cocinero ni nadie que nos diera una explicación del porqué nos tenían formados con un calor insoportable bajo el sol. De buenas a primeras comenzaron a oírse ruidos de coches y al momento aparecen la escolta del Capitán General de la Región de Mallorca y bajan de los vehículos él con el empresario y el capataz. Nos pusieron firmes y en ese momento empiezan a caer compañeros al suelo desmayados, incapaces de resistir el calor, el cansancio y debilidad.

Aquel espectáculo confirmó al Capitán General la información que le habían dado sobre nuestro estado y el motivo de que los trabajos en la carretera no fueran más deprisa, pues supongo que el también tendría interés en que la obra terminara, aparte del militar, claro está.

Pocos días después desaparecieron los escoltas indeseables que nos acompañaron desde el principio y algunos de los Jefes, poniéndonos soldados de Mallorca. Ni que decir tiene que nuestra situación cambió por completo, si bien seguíamos siendo castigados injustamente. Sin otro delito que haber defendido a la República con sus libertades fundamentales y un gobierno legitimado por el apoyo popular del pueblo español, en las elecciones más libres de la historia de España.

Esto no quiere decir que desaparecieron los castigos a veces muy injustos, pero de diferente manera. Cualquiera de los escoltas anteriores podría imponer castigos caprichosamente, individual y colectivamente. Recuerdo que una mañana ocurrió, cerca de la tienda de campaña donde dormíamos, que alguien se había hecho de vientre. Pues bien, uno de los escoltas más malvado entró gritando, nos levantó violentamente y nos hizo salir como estábamos, unos en calzoncillos, otros en porreta, ya que había pulgas y otras especies en cantidad y desnudos molestaban menos. Nos formó y a uno detrás de otro nos fue abofeteando porqué no delatamos al culpable. Era peligroso alejarse del campamento de noche y cualquiera de nosotros hubiera podido tener necesidad de hacerlo.

Los guardianes mallorquines que relevaron a los anteriores eran más racionales castigando y, en todo caso, lo hacían los cabos o sargentos, pero que yo recuerde, nunca pegaron a nadie. Castigaban con un saco de arena al hombro durante un tiempo o algo así.

Por cierto, que así como anteriormente no tuve más castigo que el de las tardes por haberse ensuciado alguien en la puerta de la tienda; un cabo de la nueva escolta me castigó a llevar un saco de arena, porque junto con otros compañeros, me escondí para no bajar a subir los sacos de patatas y demás suministros, desde donde podía llegar el carro hasta el campamento.

Era una noche de frío, nieve y ventisca que aterraba a cualquiera y conforme íbamos bajando, nos íbamos despistando para no vernos obligados a subir cargados con aquel tiempo insoportable. Nos libramos de subir la carga, pero el frío que pasamos hasta que pudimos incorporarnos a los demás cuando subían, fue desesperante, terrible mucho peor que lo que tratamos de excusarnos. Nos arrepentimos de no haber seguido con todos,

además de que era un acto de insolidaridad, mas era preciso aguantar, porque si nos descubrían los guardianes del campamento...

Conforme iban pasando los compañeros nos íbamos incorporando y relevando a los que llevaban la carga, entrando en calor al mismo tiempo. Los escoltas parece ser que se fueron dando cuenta y tomaron buena nota de ello y, al otro día, nos fueron llamando uno por uno dándonos el castigo correspondiente, es decir, caminar durante un tiempo con un saco de arena a la espalda.

Los primeros meses nos llevaban al pueblo de Artà a que oyéramos misa los domingos por la mañana, pero nos íbamos despistando de tal manera que más de la mitad no entramos a la iglesia y, como no tomaban represalias, cada vez entrábamos menos. Parece ser que los oficiales no eran muy devotos que digamos y terminaron dejándonos tranquilos.

Continuamos trabajando en la carretera, eso sí, sin ninguna presión de los escoltas y ni siquiera del capataz, que de alguna manera le cogimos simpatía, así como él a nosotros, pues no en vano nos ayudó a transmitir nuestras quejas y nuestro descontento y a la vista estaban los resultados concretos.

Era un aragonés bastante bruto hablando y tenía salidas ocurrentes que nos hacían reír y al mismo tiempo cogerle confianza. Una mañana se presentó en el trabajo todo contento diciendo: ahora sí que marcha esto, he visto cada gualda por ahí que más que de persona parece de vaca. Antes apenas se notaba que alguien hubiese hecho de vientre.

Está claro que estaba más que satisfecho viendo que trabajamos a gusto y cundía la faena. Pero él lo transmitió dándole un toque de optimismo y de broma, porque reímos a carcajadas con esa ocurrencia y, además, esa frase quedó entre nosotros como anécdota y como chiste, aunque era muy serio lo que nos estaban haciendo con la alimentación que nos daban con anterioridad a todo esto.

Los dos primos hermanos aragoneses judíos a quienes he hecho referencia sobre “Punta Paloma” continuaban especulando con el chusco, con el tabaco e incluso con la ropa que traían las nuevas expediciones de castigados que llegaban al campamento, y la que compraban en el pueblo de Artà y quizá de Palma, e incluso robada, porque no se paraban ante nada.

Precisamente al escribir estas líneas me ha venido el pensamiento si no serían estos mismos personajes quienes comprarían a la escolta o a sus jefes todo lo que nos robaron en “Punta Paloma” y después lo venderían a los paisanos, puesto que había una escasez grande de este artículo en aquella época.

Yo me fumaba el tabaco que nos daban mensualmente, pero no tenía el vicio arraigado y no me decía gran cosa. Sin embargo, sí que me preocupaba y mucho, que me hubiesen robado todo y cuándo regresara a casa no tuviera nada para ponerme, viéndome obligado a ir con la vestimenta de militar, al menos durante un tiempo, ya que mi familia estaba en la extrema pobreza a causa de la maldita guerra. Vestirme de lo más necesario no

era fácil, por no disponer del dinero indispensable.

Esta preocupación me hizo concebir la idea de liar cigarrillos como los que vendían los estraperlistas la primera tanda de tabaco que me dieran, comprar más cuando dispusiera de dinero y hacerles la competencia. Así lo hice pagando más al comprar y haciendo los cigarrillos más gordos, es decir, cigarrillos de verdad. El resultado fue rotundo y pronto empecé a comprarme trajes y zapatos enviándolos a casa y al tener noticias de que todo llegaba bien, compre garbanzos, judías y varias clases de embutidos y otras cosas, mandándolos de inmediato y recibíéndolo completo mi familia en Cella (Teruel) que les vino de maravilla.

Me lo pensé demasiado tiempo antes de decidirme a comerciar con el tabaco, porque chocaba con mis principios, con mi manera de pensar. Muy poco tiempo pude llevarlo a cabo, ya que disolvieron los batallones de esclavos, convirtiéndonos en soldados del ejército español como los demás, en adelante. Nos destinaron más o menos cerca de la región en que vivía cada uno. Éramos de casi toda España e incluso franceses, es decir, que tenían la familia en Francia desde hacía tiempo y ellos habían nacido allí, pero podían escoger dónde hacer el servicio militar.

Esto sucedía los primeros meses de 1943, no recuerdo la fecha exacta, pero sí que el primer permiso lo tuvimos en el mes de marzo de ese año, como premio de haber terminado bien el período de instrucción y de haber hecho muchas dianas en el tiro al blanco, prueba final para pasar a ser buenos soldados. Después de estar casi tres años de guerra haciendo abundante instrucción, prácticas de guerrillas por montañas y barrancos y no digamos de disparar lamentablemente al blanco, a hacer blanco en personas. ¡Cómo no íbamos a hacer dianas!.

Yo fui destinado a Bétera en la línea férrea de Paterna, un pueblo de Valencia, a un regimiento de caballería, sito en un campamento de reciente construcción a las afueras del pueblo, con amplias naves y espacios libres en cantidad. Disciplina militar de estilo franquista, es decir, equivocada si se le puede llamar disciplina a abundante desorden.

Como es lógico, también sucedieron cosas importantes dignas de contar. Diariamente salía una patrulla por la noche a vigilar las líneas telefónicas, obligación que a nosotros nos correspondía llevar a cabo una vez al mes, más o menos, pues la guerrilla las cortaba de tanto en tanto y también alguna vez la línea de alta tensión; pero nunca nos encontramos con ningún problema. Lo que sí recuerdo es que el teniente que iba al frente de nuestro escuadrón nos dejaba al mando del sargento en una de las parideras en las cuales pernoctábamos y se iba al pueblo a pasar la noche con una querida que tenía, mientras nosotros dormíamos a pierna suelta, salvo un centinela por turno de una hora.

Uno de esos días me hizo ir andando hasta el pueblo Bétera, para luego regresar yo con su caballo y el marcharse a pasárselo bien. Me advirtió que no lo montará porque era muy duro de dominar. Y en verdad que era un caballo bien plantado, bien alimentado, de color tordillo y grande, que causaba respeto.

Lo llevé del ramal hasta salir del pueblo y dejar atrás varias masías, pero cuando salí

a campo abierto no pude evitar la tentación de probarlo y cuando pasé un barranco, le metí las espuelas y salió disparado a campo a través saltando ribazos y paredes con facilidad. Tan distraído estaba que no me apercibí de los olivos y almendros, pasando por debajo de ellos hasta que en uno de ellos más bajo me quedé colgado de una rama. No me pasó nada pero el caballo siguió galopando hasta llegar al campamento. Cuando regresó el teniente y le contaron lo sucedido, me llamó pidiéndome explicaciones, mas le dije que llevándolo del ramal salió un perro ladrando, dio una estampida y se me escapó.

La inmediata fue mandarme al calabozo, allí pasé una noche y al día siguiente a preguntarme otra vez, porque para él no era muy creíble la versión que le había dado. Le conté la verdad y no es que me felicitará, sin embargo, me levanto el arresto de inmediato.

Por cierto que en la sala de guardia tres o cuatro oficiales en tertulia y jugando a las cartas contando cada uno las torturas y atropellos que habían hecho con los rojillos, que decían ellos, muy valientes y orgullosos de sus hazañas. A mí se me revolían las tripas de oírlos, pero no podía hacer nada, sino era seguir luchando en la medida de lo posible para recuperar nuestros derechos lo antes posible, no como venganza, sino para hacer justicia.

Al poco tiempo de llegar las expediciones procedentes de los batallones disciplinarios al cuartel, comenzaron a aparecer panfletos y hojas escritas contra el régimen franquista e informando de las derrotas de los nazi-fascistas alemanes e italianos y de los avances de las fuerzas aliadas en casi todos los frentes. Nos formaron una y otra vez amenazando con fusilarnos sin consejo de guerra cuando descubrieran a los culpables. Nosotros en nuestras conversaciones esparcíamos que podrían ser los guerrilleros, pues si cortaban las líneas de alta tensión y telefónicas, más fácil les sería introducirse en el cuartel con lo grande que era y con tantas salidas y entradas.

No llegaron a descubrir nada, pero tenían miedo viendo lo rápidamente que eran derrotados sus correligionarios en todos los frentes y más de una vez habían anunciado que perseguirían al fascismo hasta el último rincón del mundo.

Desgraciadamente en España ni lo tocaron, más bien le ayudaron a mantenerse indefinidamente, sobre todo los norteamericanos.

Los panfletos procedían de la embajada inglesa en Valencia.

Formando parte del cuartel o propiedad de este, cultivaban unas parcelas y continuaban ganando terrenos a una loma para ampliar los cultivos, aplanando el terreno y sacando las piedras y casquijos, consiguiendo hacerlas fértiles a base de aprovechar las aguas sucias del cuartel y el ciemo que producían los caballos. Para llevar a cabo esta labor nos hacían trabajar unas horas cada día, cosa que nos causaba a todos gran contrariedad y hacíamos lo indecible para liberarnos de ese trabajo tan sucio, porque estábamos convencidos de que los altos jefes hacían negocios con nuestro trabajo.

Encontraron una corriente de agua importante que hacían servir para abastecer las necesidades del campamento que después aprovechaban para regar los campos que explotaban. Con el fin de proteger las bombas y motores de elevación del agua al nivel

necesario para poder regar todas las fincas, construyeron una caseta que después habría que pintar. Preguntaron quién sabía hacerlo y salió un tal Zarza de Madrid, quien me escogió como ayudante. Allí nos tiramos días y días los dos tratando de liberarnos de cavar y sacar piedras de los campos que preparaban para el cultivo, hasta que un sargento que había estado en la división azul y que tenía muy malas pulgas, se dio cuenta de que nos hacíamos los listos.

Un día se presentó en el caseto y, aunque habíamos dejado un espacio sin pintar en previsión de que esto ocurriera y nos cogió pintando, nos echó una gran bronca y nos castigó, entre otras cosas, a no salir del cuartel los fines de semana. A mí que marchaba a casa de mi hermana Eugenia al pueblo de Silla, me causó gran contratiempo. Nos tomó antipatía y siempre estaba sobre nosotros, por lo cual tuvimos que estudiar la forma de deshacer el entuerto para que cambiara su actitud hacia nosotros. A los militares les gusta que sus soldados sean sobre todo disciplinados y esto a nosotros no nos costaba ningún esfuerzo aceptarlo.

Poco a poco nos iba dejando en paz, hasta el extremo que nos eligió para el desfile del día 1 de abril en Valencia que cada año el franquismo celebraba conmemorando su victoria contra la República. Posteriormente ya no se metía con nosotros, al contrario, más bien nos favorecía en ocasiones y nos respetaba.

De tanto en tanto hacíamos ejercicios y maniobras por los montes cercanos montados a caballo, bajando por pendientes muy pronunciadas, cruzando barrancos que suponían riesgos muy peligrosos si no se sabía dominar bien el caballo y sostenerse sobre la montura. Algunos de los que participaban nunca habían tratado con caballerías y menos montarlas y eso los caballos lo notaban, lo que equivalía a no dejarse dominar por el jinete y hacer lo que les viene en gana.

En una de esas excursiones y a pesar de que los instructores repetían una y otra vez que no permitieran que se acercaran al caballo que iba delante, porque al tocarlos tiraban pares de coces y podrían alcanzarlos. Sin embargo, algunos de los soldados la faena era suya para mantenerse sobre la montura como para preocuparse de guardar las distancias que recomendaban por medio de las riendas. Una mañana después de salir del campamento dirigiéndonos a hacer prácticas, el animal que iba delante soltó un par de coces alcanzando de lleno al soldado que montaba el de atrás, hundiendo sus herraduras en sus pulmones y causando la muerte en el acto, sin pestañear.

Aquel suceso nos marcó profundamente, con todo lo que habíamos pasado y aguantado y en torpe y triste descuido, en un momento, se acabó.

Según decían los jefes no había pasado nada semejante anteriormente pero sí en otras unidades y por esa causa lo advertían tanto en la instrucción a caballo. Las bestias que les gusta molestar a sus vecinos y les molestan, responden con mordiscos y pares de coces.

Cuando terminamos de hacer el periodo de instrucción, ya podíamos salir libremente del cuartel al pueblo de Bétera y, los fines de semana, a los pueblos de Valencia y sus alrededores en casas de familiares y amigos. Esto suponía un gran negocio para

algunos jefes, porque se quedaban con los chuscos y nuestro suministro, pero para nosotros era una liberación que nos ayudaba a superar aquella vida aburrida, sin provecho, sin alicientes y malgastada inútilmente, contra nuestra voluntad, contra nuestros deseos y necesidades.

Yo tuve la suerte de que en Silla, al otro lado de Valencia, vivía mi hermana Eugenia con su marido, León Rueda, y su hijo de siete años, Bernardino, en una casa al cuidado de una finca grande y una potente bomba para llenar la balsa de riego de los campos cultivados. Allí pasaba los fines de semana gozando de mis primeros tiempos de libertad y, por cierto, muy a gusto con mi sobrino, mi hermana y mi cuñado. Años más tarde tuvieron otro hijo, Ricardo, que no conocí hasta años después, pues pronto me licenciaron y regrese a Cella durante unos meses, porque el tiempo apremiaba y tenía que darme prisa para organizar mi vida y dónde mejor que en Barcelona.

Las tardes que nos dejaban salir del cuartel, normalmente salíamos en grupos de amigos a pasar la tarde en Bétera. Al regresar lo hacíamos por un camino que pasaba por medio de las fincas de naranjos con, la intención de hincharnos a comer tan sabrosa fruta, ya que en el régimen alimenticio no entraba la fruta tan necesaria para nuestras vidas e incluso para saciar el hambre pasado o atrasado.

El gozo que daba contemplar enormes campos de naranjales de California madura en otoño e invierno, nos incitaba a ello y había tantas que apenas se notaba las que comiéramos nosotros. No obstante, había algunos que se comían cantidad, un compañero de la provincia de Gerona un día apostó a comerse más de cuarenta naranjas en una sentada y, con gran asombro para nosotros, se les comió sin causarle ningún trastorno, salvo tener que orinar a menudo y abundante.

Esta misma persona en la comida del mediodía al repartirnos el rancho, salió un ratón cocido en él y, lógicamente, los demás lo rechazamos, nos daba asco. Él, ni corto ni perezoso, cogió por su cuenta el cubo de reparto, la ración de quince, dejándolo totalmente limpio.

Un poco influyó que le incitáramos a ello todos, porque sabíamos de lo que era capaz tratándose de comer.

Cuando estábamos en la isla de Mallorca y empezaron a darnos patatas en abundancia, algunas mañanas nos llevaban a la cocina para pelarlas obligatoriamente y algunos de los compañeros se las comían tal como las iban pelando, pero pronto se dio cuenta de ello el cabo furriel y al ir hacia él se la engulló con una facilidad asombrosa. Al ver cómo le bajaba por el garganchón se echó a reír y todos reíamos a carcajada limpia, cosa que no hacíamos a menudo hasta ese momento.

CAPÍTULO V

Yo nací el día 28 de septiembre de 1918 en el pueblo de Noguera, partido de Albarracín, provincia de Teruel en plena sierra del mismo nombre en el seno de una familia humilde, quienes se venían dedicando tradicionalmente a las labores del campo en general, posada y carnicería. Mis padres se casaron en segundas nupcias aportando al matrimonio dos hijas, Agustina y Eugenia, mi padre, y un hijo de mi madre, Félix.

Se llamaban Juan José Yuste Salvador y Florentina Giménez Pascual. Yo nací al poco tiempo de casados y me siguieron Agustín, María, Manuela y Lorenza, yo me llamo Roque. También formaba parte de la familia nuestro abuelo Agustín, muy querido por todos y venerado por mí. Vivíamos en su casa, situada en el tramo de carretera que bordea el pueblo y continúa su recorrido por cuevas y curvas muy pronunciadas hasta alcanzar la recta del puerto de Orihuela del Tremedal, último pueblo de la provincia de Teruel junto a Orea, de Guadalajara.

Llegamos a juntarnos en la mesa once, o sea, familia numerosa y hasta donde mi memoria alcanza está llena de acontecimientos, anécdotas y hechos importantes. Pero una familia feliz, con sus contratiempos, algunos de ellos importantes al vernos envueltos en circunstancias terribles como en la Guerra Civil y mil veces maldita. En aquella época los niños iban pocos años a la escuela, sobre todo en los pueblos, que a los ocho o nueve años los empleaban los padres para ayudar, en la medida de sus fuerzas, a un sinfín de labores o trabajos necesarios para aportar los medios necesarios al sustento de la familia en un conjunto de necesidades.

A mí me gustaba ir a la escuela y aprender cosas imprescindibles para nuestro futuro. Asimilaba fácilmente las matemáticas, pero no me entraba la doctrina cristiana y me costaba mucho la gramática. Más de una tarde me castigaba el maestro junto con otros, a estar arrodillados delante de la puerta donde él vivía y en plena carretera donde pasaba mucha gente del pueblo para que nos avergonzáramos y tomáramos interés; sin embargo, ni, aún así, me entraba. Era muy humillante. Se llamaba don Luis, su mentalidad y las ideas que tenía sobre la enseñanza eran reaccionarias, basadas en el principio de que la letra con sangre entra. Tenía un palo recto y barnizado de marrón oscuro el cual sabía utilizar bien y muy a menudo, ensañándose con niños de corta edad, pegando con fuerza entre las orejas y el hombro, en la espalda y los molletes del culo.

Cuando vino la República lo echaron del pueblo por verdugo y malo para la enseñanza.

Yo en aquella época ya no iba a la escuela porque me necesitaban en casa para ir de pastor con el ganado bovino, primero con mi abuelo Agustín que era ya muy mayor y cuando murió él, sólo por aquellos montes de pinares, montañas, barrancos y gargantas. Así era la mentalidad de los padres y familias en aquellos tiempos, en cuanto valías un poco a emplearte en faenas útiles para el hogar; la escuela quedaba relegada en último término u olvidada.

Jamás olvidaré los miedos que pasé ni los lloros que sufrí por aquellos parajes tan

siniestros de noche con aquellas tormentas terribles de relámpagos continuados y truenos espantosos. Recuerdo una que me cogió en el lugar llamado “El Alto la Hierba”. Se forman en un momento y no te dan tiempo a nada; temblando de miedo me refugié en una pequeña cueva cerca de los pinos, al momento cayó un rayo rajando uno de los mayores desde la copa hasta introducirse en el suelo; por efecto de semejante descarga eléctrica, quedé durante un buen rato como atontado, desconectado de la realidad. Poco a poco fui recuperando la normalidad, pero alterado por lo sucedido salí corriendo en busca del ganado, que había desaparecido de aquel cerro como por encanto, hasta que, bajando la cuesta, me apercibí como las ovejas bajaban corriendo sin parar y espantadas en dirección al pueblo, una cuesta muy pendiente hasta llegar al reguero de la Olmeda.

Al llegar a mitad de la cuesta me di cuenta de que venía mi abuelo Agustín asomando por una revuelta de la carretera, poco a poco porque era muy mayor y no podía caminar más deprisa, pero que supuso un gran alivio para mí. Alcanzó a las ovejas calmándolas cuando la tormenta ya amainaba.

Yo tendría entonces unos diez años; era aquel día la festividad del Corpus Christi y mientras mi padre estaba jugando tranquilamente la partida en el casino como cada fiesta, mi abuelo, que ya no podía con su alma, tuvo el coraje de venir en mi ayuda porque pensó que podría estar viviendo una tragedia y acertó, pues para mí supuso un gran alivio y un enorme consuelo e influyó decisivamente en mi formación a través de muchos ejemplos que me dio, en mi manera de ser y comportarme durante toda mi vida y a través del tiempo.

En otra ocasión estaba con el ganado, a eso de las once de la mañana, en el lugar que le llaman Las Atalayas cerca del pueblo entre la carretera que viene de Tramacastilla y la que sube hacia Bronchales. Las ovejas estaban recién esquiladas y al contemplar cómo se formaba una tormenta de las que se ve claramente que va a descargar piedra abundante, las planto en la carretera sin pensarlo dos veces y las dirijo hacia la cochera donde las encerrábamos normalmente. Mi padre, al verme hacer algo que aparentemente no tenía sentido, se dirigió hacia mí pretendiendo obligarme a hacer retroceder el ganado, aunque yo no le hacía caso porque detrás de él venía mi abuelo Agustín y al alcanzarlo le dijo: pero ¿es que no te das cuenta de la tormenta que se está formando?. Deja al muchacho que sabe bien lo que se hace...

Justo después de encerrarlas empezó a descargar agua y piedra con tal violencia que dejó huella irreparable en los campos de cereales y hortalizas y de no haber actuado de aquella manera, muchas de las ovejas habrían enfermado sin poderlo evitar y el daño habría sido catastrófico.

En las carreteras hay pasos trazados para el paso del ganado y estaba terminantemente prohibido ir carretera adelante exponiéndose a una fuerte multa, pero el paso más cercano caía muy lejos y no habría servido de nada obrar de otra forma.

Durante mucho tiempo creí que ir de pastor había supuesto una mala suerte para mí, y si bien lo más importante es ir a la escuela, por lo menos hasta los catorce años, como tiene que ser; con el tiempo he comprendido que en aquellos años de vivir la naturaleza con todas las consecuencias, de noche y de día, fue una experiencia importante y muy

gratificante, una verdadera universidad.

Yendo de pastor se tiene todo el tiempo del mundo para pensar y observar toda clase de hierbas que nacen, crecen y se desarrollan en la primavera, se secan en verano, retoñan en el otoño y mueren en el invierno; se tiene ocasión de contemplar a todas las variedades de aves desde los pájaros hasta las águilas; cómo se desenvuelven en cada estación del año, donde hacen sus nidos y cuando tienen sus crías, como anuncian los cambios de tiempo importantes como las tormentas, los fríos, las nevadas, los fuertes vientos. Aprendes a conducir el ganado que supone una verdadera maestría ya que necesita de unos cuidados inteligentes si quieres conseguir un buen desarrollo de sus crías, base esencial de unas ovejas sanas y fuertes. Es preciso llevarlos por los mejores pastos del término, conducirlos a los riachuelos para que beban agua cada equis tiempo; ponerle sal periódicamente en unas losas anchas que normalmente se colocan cerca de las parideras para que la laman y cubran así sus necesidades de este alimento; y algunas veces ayudar a las ovejas a sacar la cría cuando va mal el parto y corren el peligro de morir si no se les ayuda.

En el verano es necesario que pascen el ganado hasta las once o doce de la noche, porque con la fuerza del sol se ven obligados a meter la cabeza gacha en la misma sombra que dan sus propios cuerpos, protegiéndose así de un calor que no pueden soportar. De las once de la mañana hasta las cinco de la tarde no comen y si no se les diera este tiempo con la fresca, no obtendrían el alimento necesario para su mantenimiento y engorde, sobre todo si no hay pastos abundantes.

Por esta razón los pastores tienen que quedarse a dormir al raso, a la intemperie, hasta que las ovejas se hartan de comer y se tumban a dormir mientras que viene el nuevo día y vuelven a emprender la marcha.

Precisamente en esas noches claras, que en el verano son la mayoría, tienes la oportunidad de contemplar los espectáculos más maravillosos de la naturaleza en el espacio estelar. Tienes al alcance de tu vista todo el espectro del universo, de las estrellas, donde tu mente se fija y te sugiere un sinfín de preguntas que, naturalmente, no encuentras las respuestas que no sean de tu propia inventiva. Tanto más cuando se carece de una cultura apropiada y de la debida orientación.

Empezando por la Vía Láctea con su nebulosa y toda la inmensidad de sus estrellas; las constelaciones y sus diferentes formas y posiciones, con el inconveniente cuando por tu falta de conocimientos no conoces sus nombres ni el significado; de alguna manera tu das sus nombres y te sitúas tratando de sacar consecuentemente tu propia orientación. Porque son un día y otro, una noche y otra, semanas, meses de contemplar las maravillas de la naturaleza a campo abierto. En aquellas noches serenas y después de toda una jornada agotadora tumbado boca arriba sobre una chaparra, te relajas, te relajas mirando tan fabuloso espectáculo y te duermes profundamente como si te encontrarás en un verdadero paraíso.

Cuanto más oscura es la noche, si está totalmente raso, más hermoso es contemplar el espacio estelar desde las montañas más altas de la sierra de Albarracín, desde donde se divisa más horizonte. Hay noches en que se produce el fenómeno de las estrellas fugaces con una frecuencia asombrosa, iluminando el espacio con luz brillante y que parece que se

hunden en la tierra.

Las tormentas de las noches son terroríficas yendo de pastor y sin más compañía que el ganado. Relámpagos sucediéndose unos a otros sin parar, truenos que parece que van a desgajar todo, hundir el universo, rayos y chispas que rajan pinos y árboles más altos, limpiando la corteza hasta clavarse en el suelo. Lluvias fuertes y a veces vientos que se te llevan sin poderlo evitar. Aunque de alguna manera te relajan los nervios, de tanto sufrir tanto espanto y tanta presión.

Una noche me cogió una de esas tormentas en el lugar que le llaman La Canaleja, donde hay una pinada y monte espeso y solamente una senda estrecha que conduce a unas parideras al final. El terreno es casi llano y empecé a dirigir el ganado en aquella dirección porque me di cuenta de que algo gordo se estaban formando, y también por la actitud de las ovejas, pues a veces parece que tengan inteligencia, pues comenzaron a caminar deprisa en dirección de dicho refugio.

Primero los relámpagos sin parar, sucediéndose los truenos con enormes cargas eléctricas y cayendo rayos y chispas en todas direcciones; comenzó a llover en forma de una cortina de agua y yo caminaba torpemente valiéndome de la luz de los relámpagos, empapado y asustado. Las ovejas alcanzaron la paridera incluso antes de llover, pero a mí me costó lo mío y llegué totalmente agotado. No recuerdo si pude conciliar el sueño, porque duró horas aquel aguacero; sin embargo, cogí un fuerte enfriamiento y amanecí cargado de fiebre. Conduje el ganado al lugar llamado La Garganta, donde mi familia iba a segar en una de las fincas que allí cultivábamos, pues no me veía con fuerzas para continuar.

Mi hermana Agustina, que era muy sensible, al llegar donde estaban al momento se dio cuenta de que estaba enfermo; pero mi padre, quizás pensando en el mucho trabajo del verano, quería que continuase con el ganado, mas mi hermana se impuso diciendo a mi padre: ¡Es que no se tiene de pie! ¿CÓMO QUIERE QUE CONTINÚE?.

Después de estar varios días bastante grave se me declararon las fiebres maltas, enfermedad que, entre otras cosas, causa una especie de parálisis parcial y dolores varios, y las piernas no te aguantan de pie. Con ellas me tiré años y me repitieron varias veces después de estar aparentemente curado.

Yo tendría entonces entre doce y catorce años y mi hermano Agustín tres menos. Solía venir conmigo en los veranos, ya que los lugares que frecuentábamos estaban a unas dos o tres horas del pueblo y no podíamos dejar las ovejas solas con la fuerza del calor como en sitios cercanos, por lo tanto, pasaba la noche conmigo, se iba a la mañana y regresaba a la tarde con el avío del día.

Ese año hubo mucha sequía y había pocos pastos, luego el ganado tenía necesidad de pastar hasta muy tarde de la noche, por lo cual terminábamos rendidos, hasta que paraban y se tumbaban. Una de esas noches, cansados, encerramos el ganado en un corral de piedra que había en lo alto de una loma en el puerto de Orihuela. Nos quedamos tan dormidos que no nos dimos cuenta cuándo nos quitaron el mejor carnero y, además, manso,

es decir, el que teníamos amaestrado para conducir a las ovejas que teníamos que sacrificar para la venta de carne diariamente.

Había unos leñadores por allí y supusimos que fueron ellos quienes nos lo robaron, pero era muy difícil comprobarlo y si bien les hicimos algunas preguntas, nos daban miedo sus formas de respondernos y esto les delataba, pero ¿qué hubiéramos podido hacer dos críos como nosotros contra varios hombres fuertes como ellos?.

Otro de los días después de mover del sestero al ganado cerca del río, afluente que vierte sus aguas al Tajo, nos dimos cuenta que abultaban menos de lo normal; tratamos de contarlas como pudimos y, efectivamente, faltaba una buena punta de ovejas que posiblemente se despistaron en otra dirección al moverlas del sestero. ¡Vaya problema que se nos presentaba buscar y encontrar un atajo de ellas en un pinar tan extenso sin cencerro o picote que las delatara y de cara a la noche!.

El rebaño cuando se hace de noche siempre sube, nunca baja si no se les obliga. Entonces habría que buscarlas subiendo y en dirección donde hubiese mejores pastos de lo habitual, y terreno que ellas conocieran más o menos y que no se les dejase entrar, pues ya he dicho anteriormente que, a veces parece que tengan conocimiento, no solamente instinto. Era una noche de luna llena con una claridad total y este hecho nos facilitaba el trabajo y la posibilidad de encontrarlas pronto. Me dirigí hacia un lugar que había sembrados, dentro ya del término municipal de Griegos; efectivamente, ya oigo que se movían en uno de los trigos que estaban a punto de segar que, de haber estado más tiempo, lo habrían hecho un desastre. Las saqué rápidamente tratando de hacer el menor daño posible, las conduje para juntarlas con el resto del ganado.

De haber actuado con nobleza debería comunicárselo al dueño de la finca y abonarle los daños causados; pero nos habían robado unos días antes el manso, seguro que para comérselo, haciéndonos doble mal por herir nuestros sentimientos tratándose de la res que más queríamos. Por otra parte, en más de una ocasión nos habíamos encontrado en nuestras fincas algún estropicio parecido causados por otros ganados. No dijimos nada a nadie y así quedó la cosa.

No todo era negativo y la mayor parte del tiempo transcurría gratificante y provechoso, porque poco a poco, día a día ibas conociendo la naturaleza en todos y cada uno de sus pormenores y en esto no es suficiente el tiempo, es decir, las horas, los meses, los años ni siquiera toda una vida. Porque a mis ochenta y un años surcando nuevos espacios, otros paisajes, siempre se descubren cosas maravillosas.

Es una aberración de que el hombre se empeñe en maltratarla, en destruirla, creyendo sacar provecho de sus materias primas. Ni en la escuela, ni en el instituto ni siquiera en la universidad se llegan a aprender tal cantidad de cosas, que viviendo la naturaleza en ella misma. Eso sí, los libros te ayudan a conocerla mejor; te ayudan a conocer los nombres que se dan a cada especie o individuo, las plantas, los árboles, el espacio con sus galaxias, estrellas, soles, planetas etc. Yo me he encontrado con gentes que tienen carreras y no saben ni orientarse en pleno día, y eso que ya en los primeros libros les enseñan los cuatro puntos cardinales y las reglas fundamentales para orientarse

minimamente bien. Sin embargo, gentes analfabetas del campo saben cuándo va a llover al ver las nubes y cuánta agua va a caer, y miles de cosas más que nunca ven o conocen gentes de altos conocimientos, y no digamos ya de personas que tienen mucho poder económico.

Nos sucedió en una ocasión que un leñador del pueblo de Bronchales estaba haciendo leña en el término municipal de Noguera y esto no estaba permitido sin una autorización del Ayuntamiento de este pueblo. Mi hermano Agustín y yo, al ver esto, nos indignó y se nos ocurrió amenazarle de ir en busca del guardia del término de Noguera si no nos daba dos pesetas por cada carga que tenía preparadas para sendas caballerías, o sea, cuatro pesetas. El hombre se puso muy furioso y con el hacha en la mano persiguiéndonos hasta que se cansó, pero nosotros erre que erre.

Había hecho muy buena leña y al final cedió, dándonos las cuatro pesetas a regañadientes. Para nosotros era cuestión de amor propio que impunemente se llevara la leña de nuestro término; pero lo que estaba claro es que no habíamos obrado bien.

Cuando lo contábamos nadie nos creía que en aquellas condiciones de inferioridad el leñador hubiese transigido.

Muchos pastores llevan en el morral un pito, una flauta que les ayuda a matar el tiempo, a distraerse; pero yo lo disfrutaba, sentía lo que tocaba, si bien no era mucho porque la música que se conocía entonces en aquel pueblo era las jotas aragonesas y pasodobles que tocaban en el baile, valeses, chotis, mazorcas y otros. Por este motivo se me despertó mi afición o mi vocación por la música que me ha acompañado toda la vida, pero que no he podido desarrollar en ningún momento por diferentes causas o circunstancias, entre otras la necesidad de dedicar muchas horas diarias para cubrir las necesidades de la familia. La única posibilidad que había en el pueblo era la música de cuerda, es decir, la guitarra, el laúd y la bandurria.

Cuando tocaban en el salón de baile no podía evitar el plantarme ante los músicos, si es que pueden llamarse así, porque tocaban muy mal y algunos no sabían llevar ni el compás, salvo excepciones, claro está; pero suficiente para que los sonidos se me quedaran en la memoria, así como las canciones o piezas. Algunas de ellas podía practicarlas con el pito o flauta, sobre todo las jotas.

A mi hermano Félix le regalaron una guitarra un pariente de su padre a quien de mote le llamaban el tío Pelador. Él aprendió pronto las posturas más sencillas y acompañaba en algún momento, mas no sabía templarla. Yo tenía facilidad para coger los sonidos y me puse a practicar con ella, a pesar de que nuestra madre la tenía bajo llave; la llevaba en la faldiguera, o sea, en el bolsillo de la bata o del delantal, de donde se la cogía con mucho sigilo para que no se diera cuenta y me metía al cuarto donde la guardaba. Así pasó algún tiempo hasta que un día se me rompió una cuerda y mi hermano no tragó que se hubiera roto sola. Como él sabía que yo tenía tanto empeño en tocar la guitarra, me apuró para que confesara y entonces le dije que el no sabía templarla y yo sí. Además, había aprendido alguna postura de las que él no sabía y que me dejara demostrárselo.

Templar los instrumentos de cuerda no es fácil, hasta el punto de que hay quienes

saben tocarlos más o menos bien y no son capaces de ponerlos a tono. Quien se quedó impresionado y sorprendido fue mi padre, pues a él siempre le había gustado tocar la guitarra y cantaba acompañándose con ella, haciéndolo bastante bien.

En uno de los viajes que hizo a Teruel, a pesar de la crisis económica que sufríamos en aquel momento, me subió un laúd que de inmediato lo temple y comencé a practicar sin ninguna dificultad, aprendía las piezas de oído rápidamente.

Fue el regalo máspreciado, más estimado de toda mi vida y del que guardo un recuerdo emocionante, sublime, cuyo agradecimiento no sé si supe expresarlo a mi padre alguna vez.

Pronto aprendí todas las piezas que tocaban los del pueblo y las que traían nuevas algunos de los que estaban trabajando en Teruel o Valencia, quienes venían a pasar las fiestas patronales de la Villa, como un tal Adrián era quien tocaba mejor la bandurria y no digamos el laúd.

Tenía yo en ese momento entre doce y catorce años, edad esta última en que se pasaba a formar parte de los mozos del pueblo. A mí me acogieron dos años antes porque me necesitaban para tocar en el baile, en las rondas, en alguna serenata y, sobre todo, en los mayos del 30 de abril. Por la noche, destinaban a un mozo por cada una de las mozas y éstas quedaban obligadas a bailar con el mayo que le había tocado, en la fiesta que se hacía el día primero de mayo, una de las mejores de todo el año y más esperada que cualquier otra.

Volveré con lo de cuidar el ganado, porque hay cosas curiosas que pasan y que forman parte de mis recuerdos y de mi vida de aquellos años. Como pueblo de pocos habitantes, pero con las mismas necesidades de abastecerse de sus moradores, mis padres tenían carnicería que ya venía de mi abuelo Agustín. Existía la tradición de ceder por parte del ayuntamiento zonas del término municipal con buenos pastos y abundantes, para que las ovejas destinadas a la carne estuviesen gordas, y de esta forma disponer los vecinos de buena carne todo el verano, época esta en que hay la siega y las labores más fuertes, más pesadas de todo el año. El ayuntamiento sacaba a pública subasta la contrata de cada temporada y siempre se la quedaba mi familia, ya que no había competidor interesado, no sé por qué. Un año era la zona de la Huerta y la Olmeda y al siguiente la zona de las Atalayas, espacios extensos, abundantes y buenos pastos.

Cada primavera mi padre calculaba las reses que podían ser suficientes para el consumo de la época señalada, pues el resto del año se consumía muy poca carne, y se disponía a comprar por los pueblos de la Sierra de Albarracín como el Villar del Covo, Guadalaviar, Griegos y otros de la zona de Guadalajara como Checa u Orea. Normalmente los ganaderos se vendían las malas criadoras, las que ya habían dado su rendimiento, o las rebeldes que se van a los trigos desobedeciendo las órdenes del pastor.

Ya he dicho anteriormente que a veces parece que tengan inteligencia. Pues bien, en uno de los lotes comprado había una oveja que tenía una habilidad asombrosa para desviarse a los sembrados de todas clases y despistarse sola o acompañada. Tuve que

ponerle un picote o esquila grande para saber dónde se encontraba en todo momento y para que le pesara y así moderar sus impulsos y su obsesión por ser diferente a las demás. No me sirvió de nada todo esto ni tampoco las pedradas que le daba, pues que tenía buen acierto y no me fallaba ninguna, pero ella tozuda que tozuda. Tenía tal habilidad para caminar con el cuello recto para que el badajo no diera en la esquila, que caminaba tiempo y tiempo sin que se le oyera dónde estaba o se quedaba escondida para no verla. Tanto es así que una vez se me despistó y no hubo manera de dar con ella.

Al encerrar el ganado en la paridera las conté y eché de menos dos más que acostumbraban a unirse a ella. Como siempre buscaba los pastos mejores y exquisitos, se me ocurrió dónde podría estar, más o menos.

Al otro día por la mañana temprano nos dirigimos hacia el lugar donde sospechábamos podríamos encontrarlas, hasta que llegó un momento en que oímos la esquila y con mucha precaución, para no hacer ruidos que las pudieran alertar, nos fuimos acercando localizando el lugar exacto donde pastaban; pero pronto nos oyó y dejó de mover el badajo. Estaban en un pequeño rellano entre medio de unos peñascos de difícil acceso, pero las cogimos por sorpresa y ya no pudieron escaparse, nos dieron una buena sudada antes de conseguir reunir las con resto del ganado.

Como cada día sacrificábamos reses para el consumo de carne de las gentes del pueblo, mi padre me hizo caso y decidió llevarla al matadero. El alivio fue inmediato, pero cuántas veces la he recordado en mi vida e incluso, soñado. Al tratar y convivir con las personas en el largo camino recorrido no he podido evitar hacer comparaciones.

En cambio hay otras que se hacen querer y son fáciles de amaestrar, obedeciendo lo que les mandas. De esta clase de ovejas o carneros sacábamos los mansos, que vienen aquí cuando los llamas, guiándolos por donde tú quieres y adónde deseas.

En el verano a la hora del sestero apartábamos las reses que teníamos que sacrificar cada día para el consumo de carne y naturalmente, nos valíamos del manso para llevar a cabo dicha labor. La mayor parte de las veces era fácil, pero había algunos días que nos costaba un tremendo esfuerzo, porque después de apartarlas del ganado y de camino para el pueblo, de repente se volvía una y las otras le seguían corriendo desesperadas como si adivinasen lo que les esperaba, hasta unirse con el ganado. Vuelta a empezar y había días que tenías que repetir la operación hasta tres veces, con todo el calor que cae en el verano en aquellas sierras.

Las ovejas que teníamos para la reproducción las teníamos aparte, ya que no nos estaba permitido tenerlas en los cotos reservados para el ganado destinado para la carne, además de que tampoco nos convenía, porque en primavera es cuando las cubren los machos o mardanos para parir en otoño. Por el contrario, el ganado para carne no es conveniente que esté cubierto, pues empiezan a perder peso y sebo y sería una carne inferior a la deseada.

Por ésta causa se las echábamos a cuidar a otro de los mejores pastores del pueblo que casi siempre era el mismo y tenía buenos mardanos. Uno de los años que nos las cuidó

el tío Gorroches, no me acuerdo del nombre, este es el mote que se utiliza en los pueblos para designar a las personas y entenderse pronto, sucedió algo que me dolió mucho, muchísimo. Cuando se crían los corderos es fundamental seguir su desarrollo para seleccionar bien los destinados a ser machos, mardanos, con el fin de lograr mejores reproducciones, mejores corderas, mejores ovejas que den buenas crías. Precisamente aquel año había uno que se destacaba del grupo de cuatro, fuerte, robusto y muy activo y que era hijo de una oveja muy especial para mí, porque reunía una serie de condiciones, como grande y bien plantada, buena criadora y muy amiga del pastor de turno. La llamábamos Paloma y nada más pronunciar su nombre la teníamos a nuestro lado y comprendía tus órdenes al instante, guiando al resto del ganado por donde tú querías.

En primavera cuando cubren los mardanos a las ovejas, se pelean entre ellos para imponerse los uno sobre los otros y así cubrir las que quieren y prefieren los que ganan o vencen. Pues bien, este mardano era muy valiente y fuerte, pero relativamente joven y el tío Gorroches tenía algunos muy buenos y bien curtidados, así que cuando se enfrentó al más poderoso que tenía la cabeza muy dura, se le produjo un derrame cerebral y murió sin poderlo evitar.

Hay que señalar o remarcar que cuando luchan y se enfrentan se dan fuertes topazos con las cabezas. Puede parecer extraño o raro, pero se llega a establecer una especie de relación emocional o sentimental entre el pastor y algunas ovejas o mardanos del ganado, quizás por el interés en sacar buena reproducción.

Casi todos los pastores llevan un perro entrenado para ayudarles a conducir el rebaño y también para hacerles compañía; pero yo no llevé nunca y creo que fue un error constante por parte de mi padre conservar un prejuicio como consecuencia de una desgracia habida en la familia en tiempos pasados. Son cosas que pasan en un determinado momento y eso no quiere decir que se vayan a repetir.

En la época de los hongos, los meses de septiembre y octubre principalmente, las ovejas van como locas buscándolos y se los comen con ansia, por lo cual resulta poco menos que imposible controlarlas, dominarlas y terminas el día cansadísimo, reventado. Un día de esos de fuerte ventolera, por la tarde, me encontré con el pastor que cuidaba el ganado de los Puertos quien era de Orihuela del Tremedal, llevaba un perro negro muy majo y bien entrenado. Yo, que estaba agotado de ir detrás de ellas, le dije que les echara el perro para ver si podía dominarlas de una vez. Veníamos del Rincón a la fuente del padre acercándonos a las parideras, y al verse al perro atacándolas y ladrando, como no estaban acostumbradas, arrear pinas arriba en dirección a la paridera del tío Cabero, en la Garganta, corriendo sin parar y pronto las perdí de vista. Mas como hacía tanto viento, no se oían los cencerros y seguí tan deprisa como me era posible tratando de hacerme con ellos, pero no hubo manera de conseguirlo. Ya se hizo de noche, me fui para casa con un berrinche tremendo y menos mal que cuando les conté lo que había pasado, aunque mi padre quiso renegarme, pronto salieron en mi defensa, especialmente mi hermano Félix que tenía mucha sensibilidad y una idea clara de la situación.

Fuimos preguntando a los pastores del pueblo que más o menos conducían el ganado por aquellos lugares y nadie nos dio señales ni habían visto nuestro ganado. Al otro

día, por la mañana temprano, nos pusimos en marcha para tratar de encontrarlas, pero ni rastro de ellas; estábamos agotados y regresamos a casa muy preocupados, pues estar abandonadas a su propia suerte era peligroso por los posibles ataques de las zorras. Además, siempre piensas en lo peor y si bien no había casos de robos o algo así, nunca se sabe...

Félix pensó en la posibilidad de que hubieran entrado en los términos municipales de los pueblos vecinos y, efectivamente, las encontró en el término del Villar del Covo sin faltar ni una sola oveja.

Después de medio siglo de tener mi familia el contrato de la carnicería y los pastos para el abastecimiento de carne de los vecinos del pueblo, el año 1931 al 1932 se la concedieron al tío Pelele. Quien no tenía mucha idea de lo que hacía, pero que a nosotros nos causó un gran contratiempo, no ya por los beneficios o perjuicios que pudiéramos tener, sino por la crisis económica que en aquellos años se produjo en España y en el mundo entero. Nosotros seguíamos vendiendo carne, sobre todo a los turistas de Valencia y otras ciudades así como a algunas familias de la Villa, pero no había vida para dos carnicerías.

El tío Pelele tampoco las pasó muy bien, pues la calidad de la carne, y el no saber cortarla debidamente no es fácil hasta que se adquiere cierta práctica, y eso lo rechazan los buenos clientes.

La carne se vendía fiada por medio de unas tarjetas de madera tierna que se señalaban con unos cortes diferenciando el kilo del medio kilo y la cuarta o cuarto de kilo y se cobraba a finales de septiembre en san Miguel, en dinero o en especie como trigo, patatas u otras cosas; pero como consecuencia de la crisis no había salida para estos artículos y se pagaban muy poco, quedándonos sin cobrar de la mayor parte de las familias, lo cual originó un contratiempo insuperable.

Por si no fuera bastante a mi padre le dio por comprar ganado en primavera, engordarlo y venderlo en otoño para la feria de Orihuela del Tremedal, no percatándose de la gravedad de la crisis. Además, aquel año hubo una sequía fuera de lo normal no engordando el ganado como era de desear, agravado por la escasa venta por la misma causa. Aguantamos hasta el final, vendiendo con grandes pérdidas, ante la perspectiva de tenerlo todo el invierno que hubiese sido ruinoso.

CAPÍTULO VI

Mi niñez, desde que recuerdo, fue feliz y poco aburrida ya que de niño se tiene mucha imaginación y juntábamos buenas cuadrillas, ideando nuestros propios juegos, aparte de los que heredamos de nuestros mayores. Uno de ellos era el juego de la choca, una especie de golf que consistía en cortar un palo de unos 5 cm de radio por 10 de largo; tenía que estar bien serrado para que sentara bien en el suelo y debía de ser de una madera dura como la carrasca o el rebollo. Los palos que utilizábamos para darle a la choca y mandarla lo más lejos posible, porque en eso consistía el ganar, eran de unos 80 centímetros de largo y para que tuviesen la curva conveniente con la cual se pudiera dar cómodamente, se arrancaba un tallo delgado de dicha madera, pues en la base la tienen que casi forma un ángulo recto y resultan ideales para ese juego. Podían participar tantos como lo desearan, uno detrás de otro.

Lo más importante de nuestros juegos era que los hacíamos al aire libre, a la altura de 1385 metros y rodeados de pinares, estepares, rebollo y muchas plantas aromáticas como el tomillo, la manzanilla, la ajedrea y un sinfín de más de ellas.

En invierno solían caer grandes nevadas y con la nieve nos divertíamos a placer, desde hacer grandes bolas de nieve comenzando con la que podíamos abarcar estrujándola con las manos y dándole vueltas sin parar, de forma que se iba agrandando cada vuelta más, hasta que no podíamos moverla entre tres o cuatro. Esto se podía hacer con ventaja en lugares llanos como las eras del pueblo, un espacio destinado para trillar la mies como el trigo, la cebada, avena y otras, los vecinos que no tenían era particular o propia, donde cada uno ocupaba cada año el mismo terreno o espacio.

Otra de nuestras diversiones, cuando las temperaturas eran bajas y había un buen tomo de nieve, era pisarla hasta convertirla en hielo y deslizarse por ella a gran velocidad. Como quiera que el pueblo está construido en su mayor parte sobre una ladera, en las calles verticales en relación con la montaña, con suficiente inclinación, resultaban ideales para el fin y los hacíamos largos tanto como permitía el terreno.

En aquella época casi todos llevábamos abarcas, grandes y pequeños, y como la suela era de goma, se deslizaba sobre el hielo a voluntad de cada uno.

Como en todos los juegos, también en este teníamos contratiempos, caerse sobre el hielo y hacerse daño, que desde luego era doloroso, aunque también había algún mala sombra que te ponía la zancadilla para que te cayeras y luego reírse, como un tal Cipriano el Pocheto quien tenía un desarrollo precoz y metía más bulto que los otros niños de la misma edad. Se cebó conmigo un día y otro hasta que me harté y en una de mis caídas por culpa suya, me lancé sobre él como una fiera tirándolo sobre la nieve y dándole puñetazos, sin darme cuenta que con la cara hundida en la nieve no podía respirar y se estaba ahogando; pero era tal mi indignación que ni su hermano Sergio, me podía sacar de encima de él. Menos mal que en ese momento pasó por allí, la Natividad, la Garrabasa diciéndome: pero no ves que no puede respirar y se va a asfixiar...

Todos le teníamos miedo, pero a partir de aquella tarde no se metió más con

nosotros y creo que me rehuía.

Una de las fiestas que esperábamos con ilusión eran los carnavales. Algunos de los mozos se disfrazaban de soldados y con unas caretas que causaban; Cayetano y Juan el moreno eran nuestros ídolos en aquellos momentos; corrían detrás de nosotros por la carretera hasta la fuente Peluco cogiendo cuesta arriba hacia la cueva y el corralico. Naturalmente ellos se cansaban antes que nosotros, sobre todo al coger la cuesta arriba, pero disfrutábamos de lo lindo.

En la época de la siega y de la trilla la actividad de las gentes del pueblo era interesante observarla, todo el mundo se ponía en movimiento para recoger el fruto del trabajo de todo un año y el sustento para pasar el invierno más o menos bien, algunos de ellos crudos y largos.

Las eras, donde se hacinaban los haces de mies después de acarrearlos desde los campos, estaban a las afueras del pueblo, tanto las comunes como las particulares. La nuestra estaba situada desde donde se veían casi todas ellas, y era emocionante contemplar todo aquel movimiento de hombres, mujeres y niños; caballerías cargadas de mies y posteriormente tirando de los trillos sin parar hasta que queda hecha añicos; amontonarla para después aventarla con el fin de separar el grano de la paja, meterlo en talegas y almacenarlo en los graneros. La paja en los pajares para alimentar las caballerías y el ganado y también para cama de estos últimos.

Los espacios del término municipal son muy encosterados y esto dificulta en gran medida las labores del campo, preparar la tierra para sembrar la mies en septiembre, bueno casi todo el año, o sea que se tiene cosecha cada dos años porque es muy pobre la tierra y, por tanto, da poco de sí misma.

Puede hacerse uno la idea de lo dura que resulta la vida para los campesinos en estas circunstancias, lo que obligaba a muchos de los vecinos a buscársela por otros lugares, como la temporada de la oliva en La Mancha y Andalucía, en las minas de Ojos Negros, el azafrán en Singra y otros sitios. También a servir las mozas jóvenes a Valencia, Barcelona, Teruel o Zaragoza durante los meses de otoño, invierno y primavera.

Los veranos son muy calurosos con insectos en abundancia como tábanos y moscas que castigan fuertemente a las caballerías; por este problema de una a cuatro de la tarde se acostumbra a ponerlos a la sombra en las cuadras, sobre todo cuando se trilla. Hay moscas que cuando se posan debajo del rabo, en el ano, les desespera y se salen de quicio haciendo barbaridades. Recuerdo en una ocasión estando trillando en las eras comunes, un par de machos se dispararon corriendo desesperados atropellando con el trillo todo lo que encontraban a su paso por la carretera hasta alcanzar la cuesta del Corralico, trasponiendo en dirección a la fuente La Cera, desprendiéndose del trillo por la rotura del arrastre y dejando de correr. No pasó ninguna desgracia personal y fue una gran suerte teniendo en cuenta que las eras estaban en aquel momento llenas de gente trillando.

Mi hermano Agustín era muy atrevido y aunque mi padre nos advertía de que no subiéramos a caballo en los machos con la fuerza del calor cuando los soltábamos de la parva para ponerlos a la sombra y al fresco en la cuadra; él no lo tuvo en cuenta y el macho

echó a correr, cayendo al momento rompiéndose una govanilla.

En temporada de poca faena solían venir al pueblo comediantes y titiriteros y venían a estar cuatro o cinco días, y actuaban por la noche temprano mientras asistía gente suficiente para ganarse la vida, pero la última noche no acudió nadie a la cochera donde llevaban a cabo sus interpretaciones. Comían y dormían en la posada, nuestra casa. Normalmente era familia numerosa y la mujer, la madre, llevaba en los brazos un niño de muy corta edad y uno de los tambores debajo del otro brazo con la bandolera colgando y, al abrir la puerta, sale corriendo como una flecha la perra del tío Caracol, metiendo la cabeza en la bandolera, arrancándole el tambor de debajo del brazo y arrea corriendo con aullido desesperado y el tambor tocotón, tocotón dando golpes por las calles del pueblo hasta llegar al puente de la fuente del Ventanal y al pasar el río, que bajaba muy crecido, se le descolgó la bandolera y se fue río abajo; pero un chaval de los titiriteros, ni corto ni perezoso, se metió en el agua y lo alcanzó. Una cuadrilla de chavales que estábamos allí y presenciamos la escena, seguimos corriendo y riendo a carcajada limpia por el espectáculo impresionante e inesperado y al mismo tiempo divertido para nosotros.

En la entrada de nuestra casa había un gamellón grande en el cual mi madre le preparaba la pastura a los cerdos que engordábamos cada año para matarlos y preparar las diferentes conservas hasta la época de las faenas más pesadas como la siega y la trilla. La perra del tío Caracol tenía la costumbre de meterse a lamer el gamellón cuando la puerta quedaba mal cerrada que durante el día era todo el tiempo y aunque a veces la cogíamos entre la puerta y el umbral haciéndole daño, no escarmentaba; a partir de aquel día creo que nunca más entró.

Como quiera que teníamos posada, muchas gentes pasaron por ella a través del tiempo; lo que quiere decir que hay muchas anécdotas e historias a contar. La cochera que le llamábamos nosotros, tiene muchos más secretos, muchos más relatos que contar; porque en este gran caserón ha habido espacio para encerrar las ovejas y corderos en el invierno, los machos y demás caballerías de tiro que llevaban los arrieros; almacenar los mimbres de las mimbreras del término municipal; meter los carros de los vendedores y comerciantes de frutas, ropas de todas clases, quincalleros y otros. También almacenábamos la paja, alfalfa y otras hierbas secas para, en el invierno, alimentar el ganado, nuestros machos y todas las caballerías de los transeúntes en la única planta encima de la cochera. Las pajas eran un pienso imprescindible, tanto para alimento, para cama del ganado y las caballerías, que más tarde se convertiría en ciemo para abonar las tierras y así dieran mejores cosechas.

A uno de los que venían a vender fruta a finales de la primavera y principios del verano le llamábamos el tío Cariñana y a su mujer la tía Guillermina, a quienes apreciábamos mucho. En una de estas ocasiones la mujer cogió una pulmonía doble y estuvo bastante tiempo curándola; ésta circunstancia creó una amistad muy humana y, por tanto, sólida entre las dos familias, pues mi madre era buena enfermera y todos nosotros nos volcamos en su ayuda en la medida que correspondía a cada uno. Los dos nos cogieron mucho cariño y no sabían cómo agradecer tantas atenciones cómo les dispensábamos cada vez que venían.

Eran del Rincón de Ademuz y traían principalmente cerezas, melocotones,

manzanas y peras. Nos hartaban de frutas, pero lo más hermoso y halagador era en la forma que lo hacían. Las cerezas, que eran gordas, dulces y muy apetecibles, ya que eran las únicas que comíamos en todo el año, había que cambiarlas de canasta para separar las que estaban un poco tocadas y así no pudieran a las demás. Eran las que mejor estaban de gustosas, participando en esta operación todos los que estábamos libres, es decir, todos los que estábamos en casa porque trabajo siempre teníamos. Es un recuerdo muy hermoso.

En Noguera, en plena sierra de Albarracín, se cosecha poca fruta, aunque en los años treinta se sembraron o plantaron bastantes manzanos y perales en el Regajo, principalmente, no se han cuidado debidamente y quedan muy pocos en la actualidad.

Como pueblo de pocos habitantes nada más había un casino privado regentado por Cándido y su mujer Amelia, con mucha simpatía y un gran corazón. Cándido era de Albarracín, con conocimientos e ideas avanzadas, organizó la representación de una obra de teatro con las mozas y mozos del pueblo, que en aquellas circunstancias supuso una toma de conciencia importante para aquellas juventudes que despertaban de su letargo de siglos y signos de ignorancia y analfabetismo en sus vidas. Se representó en el salón de baile de los mozos, apropiado para ello, y los dos principales protagonistas fueron Clemencia Jiménez, prima hermana mía y Moisés Cabero.

Esto sucedía con el advenimiento de la República en 1931 y años sucesivos. Extendió el teatro y las comparsas hasta los pueblos más pequeños de España, siendo protagonistas los mismos ciudadanos y vecinos de los mismos pueblos. El teatro de García Lorca y la poesía de Rafael Alberti y otros muchos poetas y escritores despabilaba a las juventudes deprisa.

La cultura del pueblo y para el pueblo se extendía a una velocidad tremenda, de vértigo y esto molestaba a las Castas y poderes fácticos. Porque siempre, siempre, habían tenido a los españoles y españolas alejados de su propia cultura y esto hacía peligrar sus privilegios. Porque despertaba la conciencia de la juventud y de todas las gentes y los ponía en evidencia ante su mala conciencia de toda la vida explotando y humillando y sumiendo en la mayor oscuridad.

Las gentes empezaron a moverse y las conversaciones cambiaban de temas tradicionales a discutir problemas que hasta esas fechas estaban poco menos que prohibido hablar de ello, y se desarrollaban otros que interesaban a todos y que les afectaban muy directamente.

El primer acto de rebeldía que recuerdo en Noguera fue una huelga que movilizó a la mayoría de sus gentes reclamando del ayuntamiento que hiciera gestiones para construir una carretera, que partiendo de Noguera uniera el Villar con Olivos y Guadalaviar; para dar trabajo a los jóvenes de esos pueblos, además de ser de una necesidad sin excusas para poder comunicarse mejor.

También pedían el arreglo y ensanche de caminos del término municipal para transitar mejor con las caballerías, puesto que el ayuntamiento disponía de recursos y si no los empleaba, Albarracín y Teruel se quedaba con ellos.

Había grandes extensiones de pinares y se hacían cortas todos los años, por tanto había que utilizar el dinero en provecho de todos los ciudadanos de la Villa.

Sin duda eran peticiones justas y muy necesarias que todo el mundo veía bien. Siempre ha habido tendencia a repartir equitativamente el dinero sobrante entre todos los vecinos; sin embargo, también sería interesante emplearlo en echar jornales por mejorar el tránsito de los caminos y otros servicios, porque de esta forma se beneficiarían los más necesitados. Indirectamente se aprovecharían los que más transitaban por ellos, porque tienen más propiedades, más ganado, más caballerías.

Por primera vez, que yo sepa, se presenció una discusión entre el cura del pueblo, Mosén Cristóbal, y Lucas, el hijo de la tía Crisanta, con ideas anarquistas. Fue una controversia amistosa y, yo creo, muy interesante, pues reunía a bastantes jóvenes y otras personas. Fue sobre religión y política, naturalmente.

Una de las costumbres establecidas en el pueblo, era que los quintos de reemplazo de cada año se pasaran la noche de víspera de Todos los Santos tocando las campanas a media vuelta, como cuando se toca a muertos en un entierro. Nunca he comprendido por qué razón, pero lejos de causarles tristeza los convertía en una gran fiesta, pues mientras unos movían las campanas, los otros se dedicaban a meter palomas en los sacos que previamente habían preparado y lanzarlas por los ventanales, donde había otros dispuestos a replegarlas en la calle y al otro día darse un gran festín. Quizá fuese la forma de eliminar cada año las palomas sobrantes, ya que criaban mucho y de esta manera recompensarlos por semejante castigo.

El año que tocó a la cuadrilla de los Bisalteres, bueno, a la mayoría, porque todos no eran de la misma quinta, aquél año por poco no dejan palomas para la reproducción en el palomar. Curiosa historia la de los Bisalteres, nombre o mote que se dieron ellos mismos, no sé de donde lo sacarían o a quien se le ocurriría.

Un sargento de la guardia civil se hizo una torre a las afueras del pueblo, tocando a las eras, grande y bien preparada con arreglo a los años treinta y tantos, con una buena cocina económica, donde pasaban el verano. Vivían en Valencia y dejaban al cuidado de ella a la familia de los Jupiteres el resto del año. No debería contarlos, pero ha pasado mucho tiempo y creo que es interesante, sobre todo de cara a comparar el comportamiento de la juventud de todas las épocas, en estos tiempos que se dicen tantas cosas negativas de las nuevas generaciones y se comparan diciendo que en nuestros tiempos no pasaban estas cosas...

Si no recuerdo mal, yo participé con ellos un par de años, el 31 y 32 y tenía 14 o 15 años, ellos entre 18 y 23, más o menos. Para gozar haciendo travesuras gordas y guardar sus secretos se refugiaban en dicha torre y se servían de su cocina para asar y preparar las carnes comiendo y bebiendo a placer a eso de la medianoche, saliendo posteriormente a roldar por el pueblo como buenos mozos y como si no hubiesen roto un plato.

Comenzaron cogiendo de sus propias casas gallinas, conejos, somarros, colgajos de

longaniza, de morcillas y otros. Después como sus familias echaban en falta toda esa serie de cosas, se rumoreaba por el pueblo que robaban por las noches y no sospechaban quién o quiénes podrían ser.

Había un peón caminero que le llamaban de mote El Romanito, que si bien vivía en el pueblo estaba al cuidado de la Casilla como segunda vivienda y tenía buenos conejares con muchos conejos. Era un hombre muy quisquilloso quien por cualquier cosa llevaba a la gente a juicio y alguno de la cuadrilla le oyó decir: “pues como a mí me quiten los conejos se van a enterar quién soy yo”. Claro está que esta frase la discutió la cuadrilla y pronto decidieron ir a dejar limpias las jaulas de conejos. El revuelo que armó fue sonado, pero sin llegar a sospechar dónde y como podrían desaparecer sin dejar rastro tanto conejo.

Un año en el mes de septiembre les dio por coger las manzanas y peras de las fincas que tienen los Puertos en la huerta y esconderlas en el pajar del tío Cuchillas, en esa época el alcalde de la Villa, para ir comiéndolas como les viniera en gana, surtiéndose de ellas siempre de noche. Los rumores de la gente eran que como eran las fiestas y la Feria de Orihuela, las habían llevado para venderlas en ella.

Se desplazaban a dos horas de camino hasta las parideras del Villar y se traían una oveja, y también de las de Tramacastilla, nunca de las de Noguera. No sé cuántos años duraría esto, pero lo que sí puedo asegurar es que no eran malhechores o malas personas; esto lo hacían como una forma de divertirse, de hacer travesuras, de ser diferentes de otras generaciones e incluso revelarse contra los prejuicios de la sociedad. ¿Acaso cuando se cuentan historias o vivencias personales o colectivas, no se exageran tratando de demostrar quién o quiénes son más atrevidos, más valientes o decididos?.

La vida transcurría en el pueblo sin sobresaltos importantes y en la nuestra no era diferente hasta que murió mi abuelo Agustín, que yo sentí muchísimo porque lo quería con locura, pero al poco tiempo y de una forma inesperada falleció mi hermana Agustina. Fue muy doloroso para todos y yo la adoraba, siempre estaba dispuesta a ayudarte y tenía una sensibilidad especial. Murió el 22 de julio de 1931 a sus 23 años, en la flor de su vida, el niño nació muerto. En otro lugar quizá se hubiesen salvado los dos, pero en el pueblo tan lejos de la asistencia médica no fue posible. Fueron unos días muy tristes para mi familia, para mi mucho más.

Tuvo unas relaciones largas con Eusebio el Monitos y la verdad es que se querían; parece ser que los padres intercedieron para que se casara con un pariente de mi madre, Gregorio Pascual, quien le llevaba bastantes años y lo recuerdo autoritario y un poco bruto, la hizo desgraciada. No estoy seguro de cuáles fueron las causas; sin embargo, ni hermana Eugenia le culpaba siempre de su muerte.

Otro suceso digno de recordar de aquellos años relacionado con las tormentas y los rayos, es que el tío Moreno padre lo mató uno estando recostado en un chopo milenario, que aún perdura ahora en el 2000. Las gentes del pueblo estaban enfaenadas con la trilla y como las tormentas se forman en un santiamén, cuatro o cinco de edad avanzada se resguardaron debajo del único árbol que había cerca con muchas ramas y espesura de hojas para protegerse de la lluvia. Todos estaban sentados a su alrededor, pero el tío Moreno

estaba recostado contra el tronco y en un momento dado cayó un rayo que lo dejó carbonizado; a los demás los dejó atontados durante unos segundos y entre ellos estaba mi abuelo Agustín. Causó mucha impresión aquella desgracia en las gentes del pueblo, aunque algunas se sentirían culpables por echarle maldiciones, ya que era uno de los usureros de la Villa.

Sin embargo, quien batía el récord en esto de la usura era el tío Anchejo. He oído contar cosas de este señor como despojar de propiedades, por cuatro perras, a gentes que se vieron obligados a pedirle préstamos, con intereses súper abusivos con cláusulas humillantes, que en muchos casos ni lo entendían por qué no sabían leer. Mi tío Paco me contaba que estaban trabajando para él y no se movía del tajo vigilando que no dejarán de trabajar ni un instante. Y a la hora de comer, se despatarraba con la fiambarrera entre las piernas llena de tajadas del frito y comiendo con avaricia, mientras que los trabajadores llevaban una miseria para merienda, porque el salario que les pagaba era mínimo abusando de su necesidad; pero el jamás les ofreció para que trabajaran más a gusto y le rindieran más. Incluso decía que era un tripero, nunca le sobraba nada.

Con toda seguridad cada familia tiene su historia y algunas muy interesantes, pero no es esto lo que pretendo contar.

Además de laborar el campo, tener la posada y la carnicería, mi padre compraba corderos, cabritos y otras reses por cuenta de un carnicero de Teruel, los Pumaretas. Era la carnicería más importante de la ciudad y por este trabajo le pagaba una peseta por cabeza. Recuerdo que a veces tenía que ir a los pueblos de la comarca con fuertes nevadas y en algunos de sus viajes le acompañaba mi hermano Félix que era el mayor. Éramos mucha familia y tenía que bregar mucho para hacer frente a las muchas necesidades; pero llegó un momento en que aquello se nos quedaba corto, pequeño en todos los aspectos y decidió intentar buscar otras soluciones, otras posibilidades en otra parte.

Estuvo mirando en Manises, provincia de Valencia que por cuestión de medios no cuajó; posteriormente en Cella, un pueblo importante en la línea férrea de Teruel a Zaragoza, con mucha vega y campo, con sus gentes emprendedoras y muy trabajadoras. Allí alquiló una casa para vivir la familia y con espacio para montar una carnicería que era una de sus especialidades y uno de sus planes para ganarse la vida. Nos trasladamos de Noguera a Cella en 1933 después de recoger la cosecha. Si bien mi hermano Félix se quedó allí durante un tiempo para terminar ciertas faenas que quedaron pendientes.

CAPÍTULO VII

Mi hermana Eugenia ya se había casado con León y tenía un niño, Bernardino, por lo tanto formaba una familia y siguió en Noguera.

Con toda seguridad que en Cella nos hubiéramos abierto camino, porque con trabajo y tesón había posibilidades; pero surgieron contratiempos uno detrás de otro. Nos adaptamos bien estábamos a gusto, pues mi padre ya tenía amistades anteriormente y teníamos algún familiar aunque lejano, teníamos amistad y creo que nos acogieron bien las gentes de Cella.

Con la carnicería hicimos pronto conocidos, sobre todo con las familias sencillas, ya que vendíamos la carne fiada hasta San Miguel a quienes no podían pagar al contado. Vendíamos buena carne porque adquiría buen ganado de los pueblos de la Sierra de Albarracín, donde tenía mucho crédito y prestigio por la cantidad de años que llevaba tratando por aquellos pueblos con ganaderos grandes, medianos y pequeños. Visto el resultado del primer año se confió demasiado comprando una partida grande de ganado Merino para asegurar el abastecimiento de verano que era la estación de mayor consumo. Pero cometió el error de bajarlas a Cella en lugar de tenerlas en Noguera, donde los pastos son parecidos a los de Checa y Orea, de cuyos pueblos procedían y también el clima.

Se debía de haber bajado en pequeñas partidas porque el ganado Merino no se adapta en Cella, porque los pastos son muy diferentes y hay una hierba que les causaron la muerte lenta perdiendo el peso rápidamente. Como consecuencia, ovejas bien alimentadas y gordas pierden las carnes en cuestión de semanas y al final mueren sin poderlo remediar y sin saber de qué ni por qué. Todo esto se convirtió en una pesadilla, en una tragedia para mí, pues en pleno campo tenía que degollarlas, sacarles la sangre y las tripas y el vientre además de cuidar el resto del ganado para evitar que se metieran en los sembrados. Después cargaba la res al cuello y conducía a las demás a una paridera.

Teníamos una burrita joven y muy ligera la cual nos sirvió de gran ayuda y terminé llevándola conmigo porque a diario tenía problemas de esa índole.

Con el tiempo supimos cuál era la hierba que les causaba la pérdida de peso y más tarde la muerte a buena parte del ganado; pero ya era demasiado tarde, el mal ya estaba hecho y mi padre se vio obligado a tomar medidas drásticas ante aquel desastre, vendió las que quedaban a la carnicería de los Pumaretas de Teruel al precio que el comprador quiso pagar ya que no tenía otra salida, y a otra cosa mariposa.

En Cella era indispensable adaptarse a las nuevas circunstancias y condiciones de vida y de trabajo que exigía la nueva situación, como era el carro y enseñar a nuestros mulos a tirar de él y acostumbrarnos nosotros a mandarlos y dirigirlos, pues no es tan sencillo como a simple vista parece.

En Noguera todos los acarreo se hacían a lomos de los animales, porque la mayor parte de los caminos son encosterados, muy pocos tramos llanos. Había que acarrear en el lomo, sujeto por una cinta pasada por debajo del pecho y barriga y atar con sogas los aperos

de labranza, los haces de mies, las leñas para la cocina y estufa y otras cosas.

El primer carro que tuvimos era de segunda mano y por primera vez lo utilizamos para bajar los enseres de Noguera. No recuerdo cuántos viajes hicimos, pero lo que no olvidaré jamás es que cuando ya íbamos de Santa Eulalia a Cella y último trayecto, se rompió una rueda y volcó. Yo iba montado en lo alto encima de todos los trastos, pero como estaba muy ágil, pegué un salto y me liberé de sufrir algún daño. No pasó nada ni a mi padre ni al tío Manuel Aspas ni a los machos, pues el tío Manuel tuvo la gentileza de acompañarnos, asesorarnos en la forma de cargar el carro y conducir el viaje; él era un experto en estas prácticas e incluso enganchó en las varas a su macho que estaba acostumbrado a ello.

Yo era muy vergonzoso y me costó lo mío adaptarme ya que el cambio fue importante, siendo un pastor de un pueblo pequeño de la Sierra y de golpe encontrarme en otro grande y extraño y diferente, no en idioma, sino en el acento en la forma de comportarse, me resultaba un tanto complicado, quizá por mi timidez.

Recuerdo que en uno de los viajes que mi padre organizó por encargo de los Pumaretas de Teruel para bajar una punta importante de ganador lanar, me llevó con él y en el camino por las veredas desde Noguera a Teruel supuso una experiencia muy interesante y útil. Pero al llegar a la ciudad de Teruel, quería fundirme, desaparecer, al entrar en contacto con las calles llenas de gente, por primera vez en mi vida. No estuvimos allí mucho tiempo, el suficiente para la entrega del ganado y coger el tren para Cella donde teníamos familia, aunque lejana, había confianza y mucha amistad, la tía Antonia la mediera y su marido, el tío Julio, buenas personas y muy familiares. Cada año subían a Noguera a bajarse una carretada de leña que en Cella iba escasa y al mismo tiempo nos subían otra de paja, pues como teníamos posada hacíamos corto para consumo del año con lo que cosechábamos nosotros.

El tío Julio y la tía Antonia tenían tres hijas y un hijo, el pequeño. La mayor, Cristobalina, Manuela, la segunda y Antonia, la tercera. Cristobalina era de mi tiempo, guapa y simpática. Subió con su padre a Noguera en alguno de los viajes y ya nos conocíamos. Ella y también su novio me ayudaron a perder la timidez en los bailes los primeros meses, bueno en uno de los bailes porque cada cuadrilla tenía el suyo en un local aparte.

Otra de las novedades de aquel viaje fue que por primera vez en mi vida estaba en una estación de ferrocarril, veía circular trenes y me subía en uno de ellos de Teruel a Cella. A continuación una hora de camino por la carretera que, pasando por medio de la vega, conduce al pueblo. Contemplando un panorama que nunca antes había tenido a mi alcance, es decir, toda la vega y el prado y las extensas llanuras desde Caudé, Villarquemado, Santa Eulalia hasta perderse de vista allá a lo lejos, todas ellas cultivadas y sembradas de cereales, alguna viña y remolacha azucarera.

Este era el mayor cultivo en aquella época en la vega y en el prado, yendo a parar a la fábrica azucarera sita en Santa Eulalia después de pesarla en una gran báscula que había

cerca de la estación de ferrocarril. Fue una de las primeras cosas que me llamaron la atención, si bien todo lo que veía era nuevo para mí, sintiendo curiosidad y satisfacción al mismo tiempo que empeñó en grabar en la memoria todo lo que contemplaba mi vista.

A la entrada del pueblo vimos la primera conducción de agua que bordeando el pueblo circunda la vega por la revuelta El Caudo y corre hasta alcanzar el río en dirección a Santa Eulalia.

Era al atardecer y nuestro pariente vivía a la entrada de la Villa, pero al otro día muy temprano atravesando el pueblo de punta a punta fuimos a ver la fuente, orgullo de Cella, una de las obras maestras romanas, yendo de asombro en asombro viendo tanto caudal de agua surtiendo por las dos salidas opuestas, dentro del círculo de piedra y distribuyéndose a medida que corría por los canales con el río Medio como arteria principal y en un punto estratégico el lavadero comunitario.

Por la tarde salimos a la carretera de Gea a coger el coche de línea que nos conduciría de nuevo a Noguera, pasando por dicho pueblo, Albarracín, Torres, Tramacastilla. Contemplando de nuevo un paisaje diferente río arriba del Guadalaviar, deslumbrante y pintoresco y sumamente interesante. Pues al conducir el ganado desde Noguera hasta Teruel pasamos por las veredas a través de las montañas, los bosques de pinares, estepas y carrascas y los campos de siembra hasta las cercanías de la ciudad, pasando por la masía de Torán, términos municipales de Cella y Gea, Caudé y Conclud.

La República fue proclamada el día 14 de abril de 1931 y nos bajamos a Cella a finales de 1933, ya con el Bienio Negro de la derecha. Mi hermano Félix y yo íbamos tomando conciencia del significado de aquella nueva situación, si bien vivimos alguna madurez en Noguera, fue en el ambiente que encontramos en Cella donde aprendimos a tener claras las ideas y a comprender que nuestro puesto estaba al lado de quienes querían un cambio en la forma de gobernar España, en la manera de producir riqueza y de distribuir el resultado, más o menos equitativamente para todos.

En Cella estaban organizados en partidos políticos de izquierda y de derecha, de sindicatos agrarios de los pobres y de los ricos. Los pobres ya habían sostenido grandes luchas a través del tiempo para conseguir parcelar el monte y el prado y distribuirlos entre los vecinos del pueblo. Éstos logros les proporcionó trabajo y buenas cosechas de cereales, patatas y otras cosas para alimentar a las familias y a las caballerías y contribuyó a que las gentes del pueblo trabajador tomaran conciencia de cómo con la lucha se podía alcanzar las reivindicaciones comunes y justas. En las roturas del monte cosechaban cereales y en las del prado patatas, judías, y otras muchas cosas más; pero la mayor producción era de remolacha azucarera que vendían a la fabrica para cubrir necesidades en metálico, sobre todo las clases más necesitadas, más pobres.

Lograr la distribución de las tierras comunales dio mucha vida a sus gentes, muy laboriosas y tremendamente trabajadoras. Se puede considerar un pueblo rico por el resultado de su trabajo y la fertilidad de sus tierras.

La mayoría de las familias estaban asociadas en la cooperativa agrícola de los

campesinos pobres. Un edificio situado en la plaza Mayor con unos sótanos amplios, donde almacenaban los productos cooperativos, una primera planta para hacer teatro y otros actos sociales y una tercera planta con el casino y gran salón para celebrar las grandes fiestas mayores, los carnavales y otras. Daba gozo contemplar con qué entusiasmo se divertían y disfrutaban aquellas juventudes...

En el lado opuesto de la plaza tenían los ricos su casino y local social donde hacían sus fiestas, pero casi siempre estaba medio vacío. Alguna vez asistí yo con algunos de nuestra cuadrilla que tenían pretensiones de ricotes y el contraste entre un baile y el otro era apreciable.

Las mozas de los ricos se venían al otro porque encontraban un ambiente más divertido, más acogedor y diferente.

La propietaria de la casa donde vivíamos también vivía en la misma finca ya que es muy grande y si bien entrábamos por las mismas puertas, las viviendas estaban separadas. Ella había quedado viuda con dos hijos, uno casado y otro soltero quien vivía con ella, Ángel, dos años mayor que yo. Él me presentó a sus amigos quienes formaban una de las cuadrillas de mozos y con ellos me acostumbre el tiempo de diversión y ocio. Si bien me costó adaptarme a sus maneras de proceder y comportarse, como tomar alcohol o llevar una navaja o machete para defenderse de las ofensas o desafíos de otras cuadrillas que nunca acepté ni aprobé. Tanto más cuando la cuadrilla con la que más se peleaban iba un pariente nuestro y como consecuencia, mi hermano Félix, cuando bajó de Noguera un año más tarde que el resto de la familia.

Tanto la señora Engracia como su hijo Ángel, eran muy buenas personas y siempre se comportaron con nosotros correctamente y de quienes siempre estaremos agradecidos por habernos alquilado la parte de atrás de su casa con un extenso corral que compartíamos. Soltamos un par de parejas de conejos y después de un tiempo salían crías de sus madrigueras por todas partes.

Cuando dejamos la carnicería y no teníamos ganado, dejé de ir de pastor y hacía la vida normal como cualquier joven del pueblo, compartía más a menudo las diversiones con los amigos, iba al baile aunque no sabía bailar y no me atrevía a pedirle a una chica si quería bailar conmigo. Sin embargo, fueron algunas de las mozas que tenía más o menos confianza quienes me ayudaron a perder en parte mi timidez y acostumbrarme a ello. Como quiera que sabía tocar, el compás no era problema, pero sí al dar los pasos que los daba largos y las pisaba.

Sin embargo, lo que más me llamaba la atención, eran las piezas que tocaban, nuevas para mí y que despertaban en mí, sentimientos, nuevas sensaciones y amplias perspectivas. En Cella dirigía la rondalla un maestro de música, que a mí me impactó de tal manera, que aún despertó en mí mayor afición, pasándome las tardes de baile cerca de los que tocaban tratando de memorizar las piezas para después ensayarlas en casa con mi laúd.

El maestro se llamaba Pedro Jarque y tocaban entre otros, Miguel el Tremendo, bandurria y el Granero, guitarra. Tocaban en El Pilar que era el más concurrido por ser el

mejor y lo tenía la cuadrilla más importante, principalmente de ideas republicanas. En principio dejaban entrar a todo el que quería y a mí nunca me pusieron inconveniente alguno, pero si a la cuadrilla con la que iba yo, quienes a menudo tenían peleas entre ellos, pero sin llegar a pincharse.

Comencé a desenvolverme bastante bien con el laúd, y el hecho de que aprendía a tocar me sirvió para trabar amistades con la juventud más deprisa, y, por tanto, me ayudaba a ganar confianza. En el segundo local de baile tocaban Emilio Blasco y Juan el Manco, bandurria y guitarra respectivamente. Teníamos poca diferencia de edad, y era con quienes me sentía más a gusto y ya comenzamos a ensayar juntos, incluso tocamos algunas piezas los tres en el salón de baile.

Ellos tenían costumbre de situarse por la noche, cuando ensayaban, cerca de la casa de Pedro Jarque, maestro de música y director de la primera rondalla del pueblo, para oír las piezas nuevas que ensayaban y así aprenderlas de memoria y tocarlas después en su sala de baile. Empecé a estar con ellos en estas escuchas y la verdad es que las aprendíamos pronto, pues tanto Emilio como yo teníamos buen oído y se nos quedaban en la memoria con mucha facilidad, llegando a tocar algunas de ellas más o menos bien antes que ellos en el salón.

Una de las cosas que causaba más emoción en los jóvenes eran las piezas nuevas, y de éstas, las que estaban de moda y además eran buenas, y como las chicas iban de un baile a otro, estas formaban parte de sus comentarios. Por esta causa pronto llegaban a oídos de Pedro Jarque y su equipo, causándoles extrañeza y estupor, llegando a la conclusión de que las escuchábamos cuando ellos las ensayaban, porque montaron una especie de vigilancia, saliendo a la calle de tanto en tanto para comprobar si estábamos por allí escuchando. Pero nosotros ya lo habíamos previsto y teníamos un escondite que estaba lo suficientemente cerca para oír la música de sus ensayos sin descubrimos, aparte de que los sonidos por la noche se perciben con más claridad.

Todo esto resultaba intrigante, apasionado y gratificante al mismo tiempo, porque los tres sentíamos pasión por la música y era la mejor ocasión en aquel momento para desarrollarla.

Pedro Jarque era fiel del matadero del pueblo y como consecuencia, tenía cierta amistad con mi padre al estar obligados a llevar a sacrificar las reses que diariamente se destinaban para la carne, incluso ya tenían alguna relación antes de bajarnos a Cella. Es por ésta razón que empezó a venir por casa, mi padre le había contado mi afición a la música y una de las veces me hizo una prueba con el laúd. Cuando un entendido coge un instrumento de cuerda lo primero que hace es comprobar si está bien templado y con mayor motivo si es un maestro de música.

Cogió mi laúd y la templó a su manera, y digo a su manera porque cuando me la dio a mí para que tocara alguna pieza, yo la repasé antes de tocar y eso no le gustó nada he hizo un gesto de contrariedad; pero él sabía mejor que nadie que quien toca un instrumento constantemente lo repasa cada vez que lo usa. No hizo ningún comentario.

Sin lugar a dudas era una persona sencilla, sin orgullo ni espíritu de superioridad y sabía mucho de música y también de educación.

Precisamente cuando ya llevábamos un año de vivir en Cella, a finales de septiembre de 1934, llegaron las fiestas de San Miguel de Noguera y subieron a tocar Miguel el Tremendo, el mejor bandurrista, y el Granero, el mejor guitarra de la Rondalla, fruto de las gestiones que llevamos a cabo mi hermano Félix y yo. Cumplieron su cometido tan eficazmente bien que se metieron a las gentes de Noguera en el bolsillo, ya que después de tocar en el salón de baile horas y horas, hicieron varias rondas por las calles que tanta mella hacía en los sentimientos de las personas. Los comentarios que se hacían eran de que nunca habían oído tocar tan bien en las fiestas.

Posiblemente hubiesen subido más años a tocar en las fiestas y quizá yo con ellos, pero el levantamiento militar contra la República en julio de 1936 truncó muchas ilusiones, muchas esperanzas, muchas intenciones especialmente a las juventudes de España.

Poco a poco íbamos ensanchando nuestras amistades y adaptándonos a las costumbres de los jóvenes. Hasta el punto en que me invitaban a participar en las rondas de otras cuadrillas con mozos mayores que yo y que la cuadrilla mía, y también a tocar a alguna boda como la del Peseto, no me acuerdo del nombre, y la gente se divertía de verdad, luego no lo haría tan mal. El primer dinero que recibí por tocar que yo no pedí, pues muy a gusto lo habría hecho gratuitamente.

Mi acompañante de guitarra y yo nunca habíamos tocado juntos y, sin embargo, nos entendíamos bien, incluso yo no lo conocía ni lo había visto antes; recuerdo que era un hombre de mediana edad y muy campechano.

En la cuadrilla que iba yo quien con mayor consideración me trataba era Pepe Regina. Su padre se mató en el término de Noguera acarreando madera de las cortezas de pino, al volcar el carro en una de las muchas curvas de la carretera que viniendo del puerto de Orihuela antes de llegar a la fuente del Royo el Gato. Quiso evitar el vuelco y le costó la vida. Como teníamos posada había cierta relación y recibieron especial atención en casa como consecuencia de tan tremenda desgracia, lo cual selló buena amistad para siempre entre las dos familias.

Pepe Regina, el más formal de toda la cuadrilla, no así Francisco, (Clavel) que era un trasto aunque muy bromista y agradable, siempre reía con gana. Sin embargo, Pepe el Sastre, muy peleón y dispuesto a sacar la navaja o machete catalán que él decía. No concebía que yo no llevara nada para defenderme ni comprendía cuando le decía que no me hacía falta porque no pensaba pelearme con nadie.

Éramos muchos de familia y teníamos que despabilar para hacer frente a las dificultades y conseguir crearnos un porvenir en Cella. Después del fracaso de la carnicería nuestras posibilidades eran más complicadas, más difíciles, pero nuestra voluntad, nuestro deseo de conseguirlo era muy fuertes.

Nuestro padre se orientó sobre la posibilidad de roturar en las veredas que lindaban

con el término de Cella y la información fue bastante favorable, poniendo manos a la obra de inmediato.

Teníamos dos machos buenos y una burra joven y ligera y con los aparejos de labranza cargados sobre los bastes como en la Sierra, nos entregamos al trabajo con entusiasmo mi padre, mi hermano Félix y yo, juntos o relevándonos. En poco tiempo roturamos una gran extensión de parcelas y con una tierra que daba gozo verla al ararla.

Cada año se trasladaban por estos pasos menos ganado por disponer de otros medios para este fin y, en todo caso, los pastores respetaban los sembrados escrupulosamente. En el otoño de 1936 sembramos todo de trigo y las lluvias abundantes ayudaron a nacer bien las semillas, dando lugar a una buena cosecha en el verano de 1937, de no haberse producido la maldita guerra. Provocada por el levantamiento de los militares africanistas contra el gobierno más legítimo de la historia de España, contra la República Española y sus clases trabajadoras, en un intento de arrebatarles sus libertades fundamentales y su derecho a vivir en paz.

Mi padre me puso de criado en una casa rica del pueblo, pero no resistí muchos días. Los calores del verano, el exceso de trabajo me reprodujeron las fiebres maltas. Bajamos al hospital en Teruel, me pusieron unas inyecciones y me curé temporalmente, ya que estando en los parapetos del frente de Bezas volví a sufrirlas otra vez.

Dicen que no son contagiosas, pero mi padre y mi hermano Félix las cogieron uno detrás de otro.

CAPÍTULO VIII

El levantamiento fascista contra la República el día 18 de julio de 1936 nos trastornó la vida a la mayor parte de las gentes del pueblo español y nos condenó a la miseria cuando no a la muerte, al sufrimiento a toda la juventud española que acabó destrozada.

A mi hermano Félix lo movilizaron y se lo llevaron enfermo como estaba al hospital militar. Afortunadamente se curó y lo incorporaron a la intendencia del ejército franquista.

Teruel cayó en poder de los sublevados y también todos los pueblos de la provincia. La derecha estaba organizada en partidos políticos al igual que la izquierda, pues había una democracia y todo mundo podía asociarse según sus ideas o su fe para defenderlas pacíficamente, no imponiéndose por la fuerza de las armas.

En Cella había ayuntamiento y alcalde de izquierdas apoyado por amplia mayoría, a quien por la fuerza obligaron a entregar la vara y poder municipal. El alcalde se escondió y no lo pudieron coger, pero no así a otros muchos que de inmediato fusilaron sin contemplaciones. Montaron piquetes estratégicamente en las entradas del pueblo y al regresar de las faenas del campo detenían a todos los que de antemano tenían apuntados en las listas.

Los campesinos estaban en plena siega y los sorprendieron impunemente al terminar la jornada y regresar para el hogar. Algunos consiguieron huir al darse cuenta de lo que sucedía y avisar a otros, de lo que estaba pasando, pero consiguieron apresar a muchos que fusilaron sin juzgarlos. Pero ¿de qué los podían acusar si los delincuentes eran ellos?. Se habían sublevado contra el poder legítimo de España...

Fue criminal y monstruoso, los días pasaban y el ambiente se iba haciendo irrespirable, insoportable. Los actos de desprecio y humillación a las gentes honradas por los piquetes de falangistas y las amenazas eran constantes. A mí me detuvieron al salir de la casa del tío Manuel el Monterdino, pues no era muy conocido al llevar pocos años viviendo en el pueblo y después de explicarles él, me dejaron ir pero veían rojos por todas partes.

Otro día salía de casa de la tía Antonia la Mediera y en ese momento subían desfilando calle arriba los falangistas, quienes venían de Teruel, obligando a hacer el saludo fascista a todo el mundo y como yo no lo hice, se salió de la fila uno de ellos queriéndome obligar a levantar la mano. Le di un manotazo y se quedó sin saber qué hacer, pero al quedar fuera de la formación temía que su jefe le llamara la atención y decidió incorporarse. Manuela, una de las hijas, me dijo: pero ya sabes lo que has hecho... ahora vendrán a buscarte...

Una tarde estaban tomando el sol unas vecinas haciendo labores en el replano, a la salida de las puertas del corral. Una de ellas estaba leyendo el Heraldo de Aragón y hacían comentarios sobre unas de tantas noticias falsas como que dos hombres, uno manco y otro que le faltaba una pierna huían de los rojos; al manco le salió el brazo y al cojo la pierna.

Otra noticia era que dos aviones rojos habían lanzado bombas sobre el Pilar de Zaragoza y no habían explotado. Yo no me pude aguantar y les dije: pero ¿cómo es posible que crean ustedes esas mentiras, esas patrañas?. Bueno, empezaron a decir: sacrilegio, sacrilegio, es un rojo... Me tuve que meter corriendo y cerrar la puerta del corral porque las vi capaces de cometer cualquier barbaridad conmigo.

Un día vinieron a detener a mi padre, quien sabe por qué motivo, pues él no sabía ni se metía en política y si alguna vez hablábamos con mi hermano Félix, él se encogía de hombros. Estaba enfermo en cama y parece ser que intercedió Nicanor para que no se lo llevaran en aquel estado.

Una de las roturas que llevamos a cabo estaba situada en un recodo del río de Gea y cogiendo el agua 500 metros más arriba, conseguimos con algunas dificultades llevarla hasta la pequeña parcela, donde pudimos cultivar patatas, judías, verduras y otras cosas que nos ayudaban a cubrir parte de nuestras necesidades. Nos costó lo nuestro ponerla a punto puesto que había mucho junco, pero mereció la pena.

A las parcelas del monte y de la vega no teníamos derecho hasta después de cinco años de ser vecinos de Cella y, posteriormente, cuando hubiera alguna baja.

Teníamos necesidad de ir a menudo a ese sitio a buscar cosas para comer. Uno de esos días, mi hermano Agustín y yo bajamos a los huertos de Caudé a coger manzanas y peras porque estaban abandonadas y nadie las cogía, ya que las fuerzas de la República habían tomado posiciones en los altos cerca del río dominando la Huerta, haciendo descubiertas de tanto en tanto. Precisamente esa tarde hicieron una las unidades de la guardia civil de Teruel y nos sorprendieron cuando cogíamos esa fruta. Nos querían llevar al campamento, pero yo les dije que teníamos dos machos que habíamos dejado pastando cerca del huerto y además les mostré el salvoconducto que nos había facilitado la guardia civil de Cella y llevábamos los brazaletes blancos obligatorios para poder salir del pueblo y nos dejaron marchar. Nos advirtieron que marcháramos para casa de inmediato porque aquí corríamos peligro pero que nos vigilarían para protegernos. Así que alcanzamos el lugar donde estaban los machos, cargamos las cosas que habíamos cogido y nos pusimos en camino.

En aquella época tuvo lugar un acontecimiento que causó gran contrariedad a los socios de la cooperativa de los campesinos pobres; al prenderse fuego de una manera inesperada y causar grandes perjuicios a los cooperativistas, que afortunadamente fue dominado sin causar daño a las otras plantas.

La vida y relaciones de las gentes del pueblo y de las familias se trastornó a partir de aquel 18 de julio del 36, de tal manera, que todos desconfiaban de todos y se miraban con recelo y miedo, mucho miedo como consecuencia de los fusilamientos y autoritarismo de las patrullas armadas.

Se sucedían los bandos dictando e imponiendo reglas y órdenes a cuál más represiva y obligando a las familias a entregar el diez por ciento del ganado quien lo tenía, trigo y

dinero que muchas familias pobres no teníamos ni para cubrir nuestras principales necesidades.

Se sucedían las detenciones y rápidos fusilamientos. A veces con personas que nada tenían que ver con la política. Pero como no habían podido coger al padre o al hermano o marido, se llevaban a la mujer, al hermano o al hijo. Dejando en muchos casos huérfanos a niños y niñas de corta edad e incluso sacando de la cama a una mujer que acababa de dar a luz, dejando la niña de cualquier manera recién nacida con sus hermanas muy pequeñas.

Al alcalde del pueblo, Román Lanzuela Montalar, quien ganó las elecciones del 16 de febrero limpiamente y por gran mayoría y el apoyo absoluto del Frente Popular de izquierdas. Después de obligarle a entregar la Vara al darse cuenta del peligro que corría, se escondió en casa de una hermana, fueron a registrar la casa y no lo encontraron, pese a que estaba allí escondido. Fingiendo estar enferma, su hermana política lo camufló de tal manera que no lo advirtieron.

A los pocos días lo llevaron a su casa vestido de mujer y allí estuvo un tiempo con sus hijas escondido pasando miedo y sobresaltos hasta que decidieron tomar medidas definitivas.

Un buen día cargaron el carro de paja y bien camuflado conducido por su hija mayor, Leonor, de corta edad, pero con mucho valor, pues hubo un momento en que se espantó el macho que tiraba del carro con peligro de volcar y ser descubierto.

Se vio envuelta en medio de un gran espectáculo de los fascistas paseando una gran punta de ganado lanar que robaron en el término de Royuela a los rojos. Echando las campanas al vuelo para que todo el pueblo de Cella se enterara y acudiera a presenciar la hazaña que habían logrado las terribles "Guerrillas de Aguado", quienes mataron a los pastores desarmados y sin piedad.

Nada más habría faltado que hubieran descubierto al alcalde "rojo" como consecuencia de semejante manifestación de ovejas para que el triunfo fuese completo, puede que lo hubieran fusilado allí mismo delante de las gentes del pueblo como escarmiento, agrandando el terror que ya tenían sembrado entre la población.

La odisea continuó, pues en ese momento ya habían fusilado a su mujer y a varios hermanos y otros familiares, varios de ellos detrás de las paredes del cementerio de Albarracín. Entre ellas una mujer joven en estado avanzado de gestación que no murió en el acto ya que a la mañana siguiente la encontraron viva todavía, terminándola con el acostumbrado tiro de gracia. Sin contemplaciones, ya que había muchos asesinos sedientos de sangre humana, entre ellos dos conocidas monjas del convento de Albarracín disfrazadas de falangistas, quienes se dedicaban a detener a las mujeres, quizás por un hipócrita y cínico pudor.

Los días iban pasando y seguían siendo un sobresalto constante para aquellas tres niñas y un niño a quienes querían llevar a la casa de Caridad de Teruel estando él en su casa escondido, pero la mayor, Leonor, consiguió convencerles de que no lo hicieran, pues ellas

serían capaces de superar solas aquella trágica situación.

Cuando él salió de Cella fue a parar a casa de otra hermana que vivía en la casilla de peones camineros de Gea. Desde allí huyó con otros en dirección de Bezas, pero parece ser que hubo algún soplón y los sorprendieron antes de cruzar el río de Gea y se vieron obligados a refugiarse en una cueva que hay en un peñasco junto al río, donde se hicieron fuertes con alguna escopeta que llevaban. Intentaron hacerles salir arrojando una cuba llena de resina ardiendo con intención de asfixiarlos si no salían; pero les fallaron sus cálculos y pudieron aguantar hasta hacerse de noche e incluso protegidos por el humo pudieron salir, escapando a la zona republicana. Solamente uno de ellos que se desesperó y salió huyendo lo alcanzaron con los disparos, matándolo. Nosotros, que no dejamos de ir al huerto, vimos posteriormente la salida de la cueva quemada, chamuscada.

Como no consiguieron detenerlo fusilaron a su mujer, a dos hermanas, un hermano y a un cuñado, en casa de los cuales sospechaban que había estado escondido. Este tipo de hazaña vengativa y cruel la llevaron a cabo con otros familiares, ya que muchos jóvenes huyeron a la zona republicana temiendo por sus vidas y a defender sus ideas masacradas por el levantamiento militar.

Mi hermano Agustín y yo seguimos volviendo al huerto del río de Gea porque el cuartel de la guardia civil de Cella nos hacía los salvoconductos sin ningún inconveniente; sin embargo, las líneas republicanas se acercaban más y más y no hubiéramos podido seguir yendo.

Uno de esos días se presentaron allí Manuel el Curro y Emilio Blasco, nos informaron de la situación y Manuel nos pidió a ver si había posibilidad de traernos a su familia. Yo ya había pensado en pasarme a la zona republicana, pues tenía decidido que mi puesto estaba en defender la República, eso lo tenía claro cada día más.

Lo expuse a Manuel el Curro y entonces estudiamos la forma de pasar mi familia junto con la suya. Cuando llegamos a casa se lo explicamos a nuestros padres y después de vacilar un rato porque era muy arriesgado, decidieron hacerlo y pronto, pues ya se habían enterado de que habían ido a buscar a nuestro padre para fusilarlo.

Por otra parte a mí me habían querido incorporar a las Guerrillas de Aguado, voluntariamente, pero si no lo hacías te consideraban un rojo y ya tenías la suerte echada. Con certificados del médico como que tenía las fiebres maltas iba consiguiendo escaparme, pero por cuánto tiempo...

Estudiamos la situación y organizamos la fuga de la mejor forma posible. Yo pensé que lo mejor era presentarse en el cuartel de la guardia civil exponiéndoles que quería ir toda la familia a recoger toda la cosecha para no volver más por allí ya que se oían cañonazos y era peligroso, mas teníamos necesidad de traer las cosas que teníamos sembradas, ya que ni teníamos parcelas del prado ni del monte.

Me hicieron el salvoconducto sin ningún inconveniente y a continuación me fui a casa de la familia de Manuel a ponerles al corriente. Nos pusimos de acuerdo en que ellas saldrían de noche simulando que iban a la misa de las cinco de la mañana del primero de

noviembre, ella y las dos niñas, pues el niño estaba en casa de la abuela y no sería prudente llevárselo. Nos esperarían en unas parideras hundidas detrás de las tapias sin darse a ver mientras que esperaban para que no las descubrieran. Nosotros saldríamos de día tranquilamente ya que llevando el pase no habría contratiempos y una vez sobrepasada la carretera de Gea y subir una pequeña cuesta, ya se veían las parideras, pero que no salieran por si nos perseguían. Claro que salieron en cuanto nos vieron asomar, con el miedo que habían pasado y lo asustadas que estaban no pensaron más que en la alegría de vernos venir, solas en aquella inmensa llanura...

Mis padres pasaron la noche preparando todo lo que teníamos que llevarnos teniendo en cuenta la circunstancia y el riesgo que, aún así, se excedieron en poner cosas que nos podrían delatar: conejos y gallinas fritos, ropa en los cojines de los serones, mantas y otras menudencias. O sea tres animales, una barra y dos machos con bastes y serones cargados con una cantidad de artículos que nada tenía que ver con ir a coger la cosecha y volver a casa después.

Salimos a eso de las nueve de la mañana, mi padre delante tirando del ramal del primer macho; mi madre y mis hermanas andando a la par de las tres caballerías; mi hermano Agustín y yo detrás muy cerca y vigilantes a los curiosos. De buenas a primeras se encara con mi padre un hombre alto y corpulento preguntándole dónde íbamos tan preparados. Yo me adelanté deprisa y enseñándole el salvoconducto que nos hicieron en el cuartel de la guardia civil le dije: vamos a recoger todo lo que tenemos en el huerto para no volver más porque es arriesgado, pero lo necesitamos para comer y no lo vamos a dejar allí. Y él me contesta: y para eso va toda la familia... Yo me justifiqué contándole que mi madre y mis hermanas ni siquiera lo conocen todavía y vamos a pasar el día y algo nos ayudarán. Echamos a andar y el no muy convencido hizo el comentario: no sé, no sé, pero me parece que ustedes se van a los rojos... Como ya íbamos unos pasos adelante hicimos oídos sordos y continuamos nuestro camino pausadamente sin encontrar ningún impedimento; pasamos la carretera de Gea hasta llegar a las parideras hundidas donde nos esperaban impacientes la mujer de Manuel el Curro y sus hijas. Al encontrarnos nos abrazamos emocionadamente, poniéndonos en camino sin perder tiempo. Llegamos a la vertiente del río de Gea sin ver a nadie y al ir a pasarlo, aparecieron Manuel y Emilio Blasco y a continuación se dieron a ver algunos milicianos que se movían medio escondidos por la ladera derecha.

Es difícil imaginar la alegría de todos al comprobar que las cosas nos habían salido bien y contemplar los abrazos de la familia de Manuel al encontrarse de nuevo libres de la opresión franquista.

Cuando salimos del pueblo quedamos un poco preocupados por lo que nos dijo aquél hombre... Posteriormente nos enteramos de que había ido al cuartel a denunciarnos, no sé si le hicieron caso, pero ya era tarde para atraparnos. De todas formas no quiero ni pensarlo si salen a perseguirnos y nos encontramos entre dos fuegos con la sección de los republicanos que salió a protegernos en caso de necesidad.

La fecha era el día uno de noviembre de 1936, festividad de Todos los Santos, por ese motivo celebraban misa tan temprano y pudieron salir sin ningún tropiezo la familia de

Manuel.

Continuamos por estrechos senderos hasta llegar al pueblo de Bezas, donde nos recibieron muy bien y éramos motivo de conversación en la forma que nos habíamos pasado, puesto que había varias familias de Cella y bastantes jóvenes incorporados a las milicias republicanas.

Sin lugar a dudas que también nos tendrían en cuenta en Cella en la forma en que habíamos organizado nuestra huida y burlado a la guardia civil y a aquél hombre entrometido.

Como es lógico no dijimos nada a nadie, pero mi padre dejó una carta en lugar secreto para que tardaran en encontrarla y la descubrió una hermana de la señora Engracia. Entre otras cosas le pedía disculpas por las posibles molestias y que avisara a Manuel Aspas, para que se llevara una máquina de coser Singer a la cual le tenía en gran estima para que la guardase hasta que volviésemos. La máquina desapareció sin dejar rastro, pero la carta se la entregó a la guardia civil la señora Engracia, cuando le preguntaron si sabía que nos marchábamos a la zona republicana, puesto que la disculpaba al leer su contenido.

A Manuel Aspas le presionaron para sacarle si la máquina estaba en su poder, mas la dueña de la casa no la había visto sacar. Al final la hermana de la señora Engracia tuvo que confesar que se la había llevado ella. Ya no fue posible recuperarla nunca.

En el pueblo de Bezas nos alojaron en una casa grande con otra familia y algunos milicianos; estábamos relativamente bien y teníamos un racionamiento suficiente y yo diría que bueno; pero ante todo nos sentíamos libres.

Yo estaba impaciente por incorporarme a las milicias republicanas pese a que estaba ocupado en subir agua para las cocinas con las caballerías para el batallón que cubría el frente delante del pueblo, entre otros menesteres.

Estaba haciendo un buen trabajo y me dieron unas botas porque había mucho barro y era necesario llevar los pies protegidos. Al poco tiempo se me rompieron y las llevé al zapatero para repararlas, volví a recogerlas cuando él me dijo que estarían listas y al pedírselas me pregunto: ¿cómo se llama usted? Le contestó, Roque Yuste. Él me contesta, yo, Antonio. Posiblemente no había oído este apellido en su vida. Yo, echándome a reír le expliqué de qué se trataba y todos rieron al caer en la cuenta...

Al mes de estar en esa situación convencí a mi padre y a mi madre de que me dejaran ir a las milicias y como ya tenía dieciocho años, me admitieron, me alistaron sin ningún inconveniente. Pronto comencé a hacer instrucción y ejercicios de guerrillas por los montes cercanos y a hacer la vida de cuartel con gran placer y entusiasmo por mi parte, y a cada instante descubrías emociones a cuál más interesante en las relaciones con los compañeros, así como nuevas ideas.

Una buena parte de los efectivos de la unidad lo componíamos los que nos habíamos pasado de los pueblos cercanos al lado republicano y los que se habían ido

incorporando en su avance hacia Teruel, de valencianos, castellanos de la provincia de Cuenca y algunos catalanes y murcianos. Mozos jóvenes como yo, Emilio Blasco y Miguel el Colorado, pero mayoritariamente compuesta por hombres bragados y fuertes con mucho coraje para luchar en defensa de nuestra querida República y convencidos de las garantías que representaba para nuestras libertades y derechos fundamentales, frente a la tiranía y opresión del franquismo criminal y retrógrado.

Algunos días después de pasarnos nosotros, componentes de la columna Elisea Uribes, pues así se llamaba la unidad, organizaron una evasión de muchas familias de Cella, amenazadas de muerte por el ritmo de detenciones y fusilamientos que venían llevando a cabo los falangistas en combinación con la guardia civil del pueblo.

Como es lógico participaban también milicianos de Cella, organizada a conciencia y con responsables al frente del comando, entrenados y con preparación para ese cometido. Cortaron las líneas telefónicas y tomaron posiciones fácilmente, sin derramamiento de sangre. Las familias estaban avisadas de antemano con consignas precisas, siendo rápida la evacuación y algún que otro despiste y vacilación por parte de algún grupo de familias y con un triste incidente que podría haberse evitado: uno de los vigilantes de las patrullas de falange fue muerto por uno del comando que no era del pueblo y precisamente con ideas republicanas, pero que estaban obligados a hacer turnos de vigilancia.

Sin embargo, este error tuvo consecuencias amargas para algunas familias, ya que sirvió como pretexto para detener a gentes inocentes que de otra manera podrían haberse salvado de la represión, aunque ya los tuviesen en las listas. Parece ser que entre unos y otros motivos para fusilar vecinos del pueblo, cayeron unos setenta y cinco.

La mayor parte de estas familias que pasaron a la zona republicana, las distribuyeron por la región valenciana y catalana, aunque algunas prefirieron quedarse en los pueblos liberados de la provincia de Teruel.

La mía la evacuaron a un pueblo de la provincia de Lleida, Termens, zona frutera y con una fábrica azucarera de remolacha.

Mi hermano Félix estaba en primera línea del frente franquista de Albarracín y una noche se pasó sin vacilar a nuestra zona al enterarse de que toda la familia nos habíamos pasado a la zona republicana, antes de que tomaran represalias por este hecho casi con toda seguridad.

Después de tomarle declaración lo llevaron a Noguera y posteriormente se vino a Bezas con su familia. También se incorporó a la misma unidad que estaba yo, pero un simulacro de ataque que hicimos en la zona de Caudé que supuso nuestro bautismo de fuego, se ve que no pudo soportar estar cerca de mí en aquella circunstancia, temeroso de que en cualquier momento me podía pasar algo. Cuando terminamos la operación, pidió la licencia para ir a Valencia a incorporarse a intendencia; pero lo mandaron a una unidad internacional, estando en muchas batallas importantes de la guerra como la del Ebro, donde murió cuando lo evacuaban herido en una ambulancia por un bombardeo y ametrallamiento de la aviación franquista.

En aquel simulacro de ataque en Caudé murió un tal Alemán e hirieron gravemente a Manuel el Curro, los dos de Cella, por obuses de artillería en un fuego intenso. Nosotros sólo estuvimos sometidos a fuego de ametralladora y fusilería, pero que nos hicieron pasar un mal rato hasta que nos fortificamos un poco, a base de rascar la tierra con la bayoneta del fusil y remontarla con las manos, hasta que se hizo de noche que volvimos a nuestras posiciones anteriores.

En los límites de los términos municipales de Bezas y Caudé, teníamos establecido el frente, incluso donde dormíamos en unas excavaciones bajo tierra; a prueba de mortero y artillería. Yo caí otra vez con las dichas fiebres maltas y, como no nos podíamos poner derechos por lo bajo del techo, me veía obligado a moverme de rodillas cuando tenía que salir a hacer guardia o por cualquier otro motivo. Aguanté en esas condiciones unos días hasta que viendo que no se pasaba, decidí ir al médico militar, quien después de hacerle historia del problema que tenía o que había soportado con dicha enfermedad, decidió mandarme al hospital provincial de Valencia, junto con otro compañero del pueblo del Campillo con el mismo problema. Fue un gran acierto, pues con un tratamiento prolongado, desapareció la enfermedad que tanto tiempo me acosó y nunca más se repitió.

Tuve mucha suerte porque a los pocos días de marcharme, atacaron de noche la posición una unidad enemiga formada por moros de Marruecos y la tomaron, por sorpresa, haciendo prisioneros a todos los componentes de la escuadra a la cual pertenecía que le tocaba estar de guardia esa noche. Los demás escaparon como pudieron a otra posición de retaguardia, dónde se hicieron fuertes que junto con otra de las posiciones que no pudieron tomar, obligaron a retirarse después de dos días ocupándola. No quiero ni pensar la suerte que hubiese corrido yo si me hacen prisionero...

En Valencia, viví una buena experiencia en muchos sentidos. El compañero del pueblo del Campillo me acompañaba a todas partes hasta que aprendí a moverme yo sólo por la ciudad. Me puse en contacto con algunos de Cella, pues me repuse pronto y corría por todas las calles curioseando todo y recibiendo impresiones nuevas, generalmente buenas. Para mí todo era nuevo y muy instructivo, la plaza Emilio Castelar con sus cartelones enormes de propaganda sobre la marcha de la guerra bien hechos me impresionó mucho. Así como las noticias permanentes de la radio sobre la defensa de Madrid, con la plaza de toros de esa ciudad llena de moros hechos prisioneros, y la derrota de las unidades fascistas italianas en la batalla de Brihuega, en su empeño de tomar Guadalajara para cercar totalmente Madrid, y otras muy variadas noticias e informaciones.

Llegar al mar y ver en el puerto los barcos por primera vez en el muelle; curiosear todo a mi alrededor como los edificios importantes desde el Hospital Provincial hasta el mar. Nunca me cansaba de caminar por las avenidas, plazas y calles de aquella maravillosa ciudad. Sin embargo, estar en el hospital y contemplar aquél panorama de los heridos con piernas cortadas, cuerpos sin brazos, caras desfiguradas por heridas de bala o metralla, era el reverso de la medalla; pero aún fue más triste, más dramático cuando una tarde el crucero enemigo Baleares, supongo que con otras unidades, se ensañó bombardeando barrios obreros superpoblados y de una manera criminal como solían hacer los franquistas. Fue espantoso ver entrar al hospital mujeres, niños y ancianos con los cuerpos destrozados, por

la metralla y los escombros de las casas hundidas, por las explosiones de las bombas de la artillería lanzadas desde los barcos. Una imagen que nunca he podido olvidar o borrar de mi mente.

En el hospital veía como algunos tocaban con una armónica canciones populares e himnos de las organizaciones políticas que alegraban el ambiente triste y de dolor inevitable en esas circunstancias. Me faltó tiempo para comprarme una bastante buena y comenzar a tocar alguna cosa con ella; no me costó mucho aprender a desenvolverme con su manejo, llenándome de satisfacción conseguirlo y ayudándome a pasar las horas más agradables y superar mi pena, mi tristeza por todo aquello.

Mi padre vino a verme a Valencia y me llevó a ver algunas de las familias de Noguera que vivían y trabajaban en la ciudad. Una noche me llevó a cenar a casa de una de ellas que pasaban las vacaciones en el pueblo, quienes tenían mucha amistad y le invitaron. Había escasez de alimentos y preparar comida para la familia suponía toda una odisea. Una de las hijas exclamó: bueno y éste que hace aquí teniendo segura en el hospital la comida ¿por qué cena con nosotros?. Tenía razón y no supe que contestarle, pero fue violento. Después se lo reproche a mi padre, pero ya no había remedio.

Como había mejorado mucho y ya casi estaba curado, me mandaron a otro hospital cerca de Catarroja, Albal, en una especie de residencia grande habilitada para convalecer. Allí pasé unos meses y tuve ocasión de ver a otros jóvenes de otros frentes. Principalmente de Madrid, con quienes tenía charlas en las que se referían a sus vivencias de los combates en la defensa de Madrid, que atestiguaban sus graves heridas, y la tenaz resistencia del Ejército Popular Regular, frente a un enemigo militarmente bien organizado y mejor armado por Alemania e Italia. Era increíble resistir tanto tiempo, tantos meses y aún años a fuerza de valor y convencidos de su justa causa, con ideas claras del por qué luchaban y qué defendían

Una tarde organizamos la despedida de un grupo de estos valientes ya curados de sus heridas en un bar del pueblo con unas pastas y bebidas, cantando canciones populares haciendo referencia a la lucha que sosteníamos en defensa de la República y nuestras libertades. Yo no tenía costumbre de tomar bebidas alcohólicas y, aunque no bebí mucho, cogí una borrachera que a duras penas me tenía de pie y, cuando volvía al hospital, crucé sin darme cuenta una acequia con agua hasta las rodillas que atravesaba el camino. Entonces me despejé un poco, pero empecé a devolver yo creo que hasta la primera papilla. Lo pasé muy mal y supuso un buen escarmiento porque nunca más me he pasado de la cuenta.

Me encontré por casualidad con el compañero del Campillo en Valencia, puesto que bajaba todos los días, y me dijo que nos habían declarado prófugos, lo había leído en la prensa. De inmediato se lo comuniqué al director del hospital, me hizo un certificado médico como que estaba hospitalizado en ese lugar, lo mandé a la compañía que pertenecía y todo quedó resuelto.

Casi todas las tardes después de comer me marchaba a Valencia en el tranvía que partiendo de Silla iba a la entrada de la ciudad, tres cuartos de hora más o menos. Me

encontraba con algunos de Cella y pasábamos la tarde por allí. En algún lugar tenían el cuartel la Columna de Hierro donde descansaban las unidades que relevaban del puerto de Escandón cerca de Teruel. Una noche se hizo tarde y me quedé a dormir en el cuartel con uno de los compañeros de aquella columna, quien ya me había contado que no estaba conforme con el comportamiento y sus maneras de proceder.

La verdad es que me apercibí de la suciedad y dejadez que de alguna manera causaba un poco de reparo, pues entre otras cosas había chinches, todo dejado de cualquier manera con las colchonetas sin recoger y otros detalles que ponían de manifiesto el desorden y abandono y la poca disciplina personal y la poca responsabilidad colectiva.

Yo estaba totalmente curado y fuerte y me sentía incómodo viendo cómo se marchaban al frente jóvenes que de alguna forma disfrutaban de menos salud que yo y, además, a zonas activas donde había combates a diario; por lo tanto me apunté a reconocimiento planteándole al médico la conveniencia de darme de alta, accediendo sin inconvenientes. Así que al día siguiente volvía al frente, encontrándome con que el día anterior habían evacuado a todas las familias y civiles en general del pueblo de Bezas para zonas de retaguardia, principalmente para Valencia y Cataluña. Los franquistas habían bombardeado la Villa dejando las secuelas, de destrucción de edificios, grandes hoyos en las calles y huertos, pero también segando las vidas inocentes de mujeres, niños y ancianos, por cuyo motivo habían tomado las medidas de evacuación de la población civil. A mi familia no le pasó nada, destinándola a un pueblo de la provincia de Lleida, Termens, teniendo noticias de ella una semana después.

La unidad a que pertenecía la habían trasladado al sector del Campillo y mi compañía estaba en un caserón de ese pueblo en una buhardilla en segunda línea, y en unas condiciones muy diferentes del cuartel de Valencia.

Con un ambiente de compañerismo, en el cual se desarrollaban tertulias por las noches sumamente interesantes. Principalmente referentes al curso de la guerra y cuestiones políticas de aquellas circunstancias. Con total libertad de expresión y opinión, hasta el punto de que Jorge, de Cella, opinaba que desde el momento en que Alemania e Italia intervenían descaradamente y masiva al lado del franquismo, con la pasividad consciente y cómplice de las llamadas potencias democráticas, teníamos la guerra perdida. El creía; ESTABA CONVENCIDO DE que EL LLAMADO COMITÉ DE NO-INTERVENCIÓN EN LA GUERRA DE ESPAÑA, era todo un montaje para justificarse ante el mundo el abandono de la República Española a su propia suerte. Este debate quedó grabado en mi memoria para siempre y la controversia que originó, fue podríamos decir histórica. Estoy convencido de que muchos de los allí presentes lo habrán recordado más de una vez.

Otra de las intervenciones polémicas fue la del tío Lutero, hermano del alcalde de Cella, quien entre nosotros seguía siendo el alcalde, porque había sido cesado por la fuerza, no por las urnas.

Poco tiempo estuvimos allí ya que nos trasladaron al pueblo de Salvacañete, de la provincia de Cuenca, limítrofe con la de Teruel, donde se reorganizó el batallón, pues llevaba mucho tiempo en primera línea y necesitaba reforzarse en varios sentidos.

Incorporados varios reclutas, nos dedicaron a hacer instrucción y ejercicios de guerrillas y aprender el manejo de nuevo armamento, nos dieron un mes de permiso escalonado a los veteranos, que supuso una experiencia nueva y aleccionadora para mí. Nos juntamos tres de Gea y yo, Rogelio Lanzuela y dos primos hermanos, Félix y Cándido Benedicto. Pronto hicimos una buena amistad, fuimos a pasar una semana a Valencia a casa de una hermana de Rogelio y allí conocí a Guzmán, hermano de éste, un par de años más joven que yo, con quien pronto nos relacionamos como si nos conociéramos de toda la vida, amistad que aún perdura.

A continuación salimos para Barcelona a casa de unos parientes de los Benedicto, quienes vivían en la calle Industria a la altura de Dos de Mayo. Estuvimos en esa ciudad unos quince días que supusieron algo decisivo en mi vida y fueron muy aleccionadores, hasta tal punto que llegué al convencimiento de que cuando terminara la guerra, mi vida estaba en esa ciudad. Una de las cosas que más me llamó la atención, fue el comportamiento de sus gentes, desde la juventud con sus grupos o collas de excursionistas concentrándose en la plaza de Cataluña para ir de excursión los fines de semana con sus equipos correspondientes, hasta el idioma. Era desconocido para mí y mis compañeros, algo nuevo y enriquecedor para nuestras mentes, faltas de conocer otras costumbres, otros pueblos.

Un acontecimiento desagradable y también lamentable, fue que nos encontramos con los sucesos de Mayo del 37, es decir, con las barricadas aún sin desmontar en algunas calles de la ciudad como consecuencia de los enfrentamientos entre los anarquistas y la C.N.T. por un lado y el resto de las organizaciones republicanas por otro. Los que estábamos en el frente, pensase cómo se pensase, no podíamos concebir que en la retaguardia hubiese desavenencias como para llegar a esos extremos. Hasta matarse entre las fuerzas de la izquierda con la falta de energías que había en el frente y la tarea tan enorme y difícil que teníamos por delante. Como era la de ganar la guerra, frente a un enemigo cruel y sin piedad, y en la que todos nos jugábamos las libertades y derechos fundamentales y en muchos casos la vista.

Al regresar a Valencia volví a ver a mi hermano Félix y a mi padre. Estuve poco rato con ellos, pues nos íbamos a Pujol con los compañeros de viaje de merienda a un restaurante donde trabajaba un hermano de Cándido Benedicto, preparado a base de angulas, algo especial. Seguramente que lo acertado hubiese sido quedarme a pasar el día con ellos; pero no lo hice y siempre me ha pesado, pues ya no volví a ver a mi hermano Félix más que unas horas cuando estaba en la escuela de sargentos en Falset. Un pueblo de la provincia de Tarragona, antes de la batalla del Ebro, que vino a verme inesperadamente, llevándome una sorpresa y una gran alegría, puesto que no sabía nada de mi familia como consecuencia del corte de la zona republicana en dos y quedar Cataluña separada del resto de la España republicana.

Mis padres con mis hermanas y mi hermano Agustín, también tuvieron que moverse de Termens al ser ocupada por los franquistas y trasladarse hasta Mataró, provincia de Barcelona.

Preocupado y hasta un poco desesperado escribí una carta a la antigua dirección de la unidad donde había estado mi hermano Félix, y una mañana que estábamos haciendo prácticas de instrucción en la carretera de Falset, se presentó ante mí, y al verlo, me tire a abrazarlo con alegría inmensa. No esperé a pedirle permiso al capitán instructor, pronto se dio cuenta de quién se trataba e inmediatamente me autorizó para que pasara el resto del día con él.

Su unidad estaba a pocos kilómetros del pueblo muy cerca de Marsá. Me presentó a su capitán y a algunos de sus compañeros y allí comimos juntos por última vez. Cuando ya se hizo de noche me acompañó hasta mitad del camino, dándonos un fuerte abrazo al despedirnos.

Previamente me había informado de donde había ido a parar nuestra familia, facilitándome la nueva dirección y sin pérdida de tiempo les escribí poniéndoles al corriente de nuestro encuentro y cuál sería nuestra alegría al saber que todos estábamos sanos y salvos.

Se nos terminó el permiso y volvimos a nuestra unidad a Salvacañete, donde al llegar nos dimos cuenta de que algo se estaba preparando, ya que había movimiento de tropas y un ambiente muy diferente del que dejamos al marcharnos. Unos días más tarde salió nuestra unidad para el frente, quedándonos un pelotón en el control del empalme de la carretera que parte hacia Royuela desde la general que va de Teruel a Cuenca, cerca del puente de un riachuelo que pasa por allí.

Habían organizado una ofensiva sobre Albarracín con el fin de atraer fuerzas franquistas del frente de Madrid, propósito que dio resultado a juzgar por la contraofensiva con que respondieron ellos. Inicialmente las operaciones salieron bien, pues consiguieron cercar la ciudad cortando las comunicaciones con Teruel por encima de Gea, resistiendo algunos días la contraofensiva del enemigo, retirándose a las antiguas posiciones cuando ya se hacía insostenible en el terreno conquistado. El lujo de artillería y aviación por parte de los franquistas frente a ninguna batería por nuestra parte, era evidente, situación que aprovecharon para romper el frente desde Bronchales hasta Royuela, conquistando una serie de pueblos y avanzar sus posiciones hasta Arroyofrío.

El sector de Bronchales hasta Tramasaguas lo defendía la columna del Rosal y el de Royuela a Bezas la nuestra que fue relevada por la columna de Hierro a causa del desgaste que había sufrido en las batallas de Albarracín.

Las dos estaban compuestas principalmente por hombres de la C.N.T.-F.A.I., quienes se opusieron largo tiempo a militarizarse y convertirse en unidades del Ejército Popular Regular, consecuencia que les restó entrenamiento y organización militar, por cuyo motivo difícilmente podían hacer frente a un ejército bien armado y disciplinado como el que tenían enfrente. Retrocedieron desordenadamente sin ofrecer resistencia apenas.

Como estábamos en el control del empalme de Salvacañete con Arroyofrío, el coronel jefe del sector nos telefoneó dándonos la orden de desarmar a todos los soldados y

jefes que pasaran por allí a nuestro alcance, incluso a los barberos, es decir, su herramienta, y los dejáramos marchar a Valencia que es donde se sentían a gusto. Nosotros la cumplimos a rajatabla y si no nos hacían caso, disparábamos de forma que las balas dieran en tierra unos metros más lejos y vaya si pasaban por donde estábamos, por el control e iban dejando todo, fusiles, ametralladoras, correajes, equipos de barbero, etcétera.

Afortunadamente no hubo ningún incidente como temíamos, dado que a veces venían grupos numerosos; pero cuando les decíamos que dejaran las armas y municiones no ofrecían resistencia y parece que la idea les gustaba, haciéndolo con agrado.

Algunos decían, supongo que para justificar su cobardía, que les habían dado fusiles checos y munición rusa o al revés, pero nosotros comprobamos que no era cierto, la munición correspondía a los fusiles y ametralladoras que iban dejando.

Por cierto que durmiendo en el caseto que teníamos en el control, me cogió un sarnazo que me costó sacármelo de encima, a base de baños y lavarme bien con jabón en los remansos del riachuelo que pasaba cerca y muy fría un par de veces al día, como mínimo.

Se perdió Noguera, el pueblo que yo nací, la mayor parte de la población huyó hacia la retaguardia por temor a las represalias, ya que las fuerzas que lo defendían fusilaron a varios de derechas y las noticias que corrían de los pueblos cercanos sobre las matanzas por parte de franquistas, como en Cella, las gentes estaban atemorizadas.

Pasaron por el control donde yo estaba mi tía Cristina y familia, mis primas Celia y Clemencia con sus abuelos. Yo les di algo de dinero que tenía, pues lo iban a necesitar hasta que llegaran al nuevo destino.

Al día siguiente vino mi hermana Eugenia a verme, se habían visto con las familias citadas y les habrían contado lo sucedido; pero ya no me quedaba dinero. No me dijo nada en aquel momento y yo creía que su propósito era sólo venir a verme, mas bastantes años después me lo recordó.

El gobierno de la República nos pagaba a los soldados 10 Ptas. diarias con moneda de plata, yo no tenía vicios y en el frente pocas ocasiones había para gastarlo, luego tenía algunos ahorros, si bien en el viaje con el mes de permiso y el correspondiente recorrido por Valencia y Barcelona me había quedado sin blanca; pero al regresar al batallón cobré los atrasos y así pude ayudarles.

De haber previsto la visita de mi hermana, hubiese guardado la mayor parte para ella, como es lógico, y ni siquiera sabía si ellos también habían salido del pueblo.

Nuestra brigada siguió moviéndose por aquel sector e hicimos algún simulacro de ataque a la Peña de la Cruz, posición que perdimos en la contraofensiva de las fuerzas contrarias y que estratégicamente dominaba grandes extensiones en todas las direcciones, especialmente los alrededores de Teruel, los llanos de Cella a Montreal etcétera. El enemigo la defendía con celo y suponía restar fuerzas de otros sectores para ello, razón por

la cuál supongo que hicimos aquella operación que aparentemente no tenía sentido. Capturamos una reata de mulos cargados con diferentes materiales, si bien los arrieros echaron a correr y los dejamos ir...

Cuando estábamos cerca de las trincheras fascistas, éstos abrieron fuego y nos detuvimos parapetados, respondiendo con ametralladoras y fusilería y allí aguantamos hasta hacerse de noche, puesto que era arriesgado retirarse, ya que suponía exponerse a un blanco seguro. Además, teníamos que demostrar que nuestra intención era tomarla.

No tuvimos más bajas que un teniente chulo y antipático que tenía bien ganado el desprecio de los soldados; sin embargo, lo mató por la espalda uno de los componentes de mi escuadra, casi con toda seguridad. No tenía la certeza absoluta como para denunciarlo, lo que sí me di cuenta es que disparaba parapetado detrás de una roca con la cabeza pegada a tierra y sin mirar. Desde el primer momento mostró un miedo incontrolable. Le ordené que dejara de disparar cuando me di cuenta de que el teniente yacía en el suelo brotándole la sangre y sin moverse.

Después nos mirábamos con recelo pensando la posibilidad de que alguien lo hubiera hecho con intención, ya que era despreciable; pero de allí a querer matarlo..., era impensable.

Se echó el invierno encima, ocupando nuestro batallón la posición más alta frente a Arroyofrío, donde sufrimos las nevadas y rigurosos hielos propios de aquellas sierras, obligándonos a relevar las guardias cada media hora, encontrando alguna vez al centinela riéndose. Era una larga loma pelada de maleza, si bien el pinar estaba cerca y podíamos tener toda la leña que necesitábamos, con un pequeño esfuerzo que, además, nos servía de distracción. Construimos buenas chabolas con su correspondiente chimenea, para encender buenas fogatas donde calentarse y reaccionar pronto.

En el tiempo que estuvimos en aquella posición, como es lógico sucedieron cosas, algunas desagradables. Entre ellas una misión que nos asignó el capitán de la compañía a mi escuadra, de la cual yo era el cabo, y que escogió porque todos los componentes nos habíamos pasado de la zona franquista y merecíamos su confianza. Menos uno que era de la provincia de Murcia y que cometió la torpeza de hacerse mandar por carta de su familia el carnet de falangista en varias veces y con la clara intención de pasarse al enemigo cuando lo tuviera completo, aprovechando las condiciones favorables de aquella posición. Naturalmente eran censuradas, puesto que era sospechoso su comportamiento. Todo lo cual motivó que el capitán organizara una patrulla de fusilamiento disimulado en medio de una noche oscura. Me llamó a su chabola donde ya se encontraba el sargento del pelotón, que nos acompañó, poniéndome al corriente del plan que habían organizado y, viendo mi reacción, que no me preocupase que ni yo ni ninguno de mi escuadra íbamos a ser los ejecutores. El hecho de que fuese uno de los componentes de ella motivaba que saliéramos de descubierta, como a menudo se acostumbraba, y él no sospecharía de qué se trataba. Así se hizo y fue el enlace y hombre de confianza del capitán el encargado de llevar a cabo la ejecución de una forma discreta y sin sufrimiento.

Muchas veces me he preguntado si se podría haber evitado, que lo hubiesen detenido y lo hubieran juzgado en su pueblo; pero ¿qué juicios hacían los franquistas y sobre todo los falangistas quienes junto con la guardia civil detenían a hombres honrados, mujeres y hasta niños y los mataban llenando simas de cadáveres y sepulturas comunes sin ningún miramiento ni consideración y menos aún juzgarlos?.

¿Acaso el gobierno de la República no era el gobierno de España, legitimado por los representantes elegidos por el pueblo español en unas elecciones, posiblemente las más democráticas de la historia de España?.

¿Y quiénes eran en el otro bando?. Unos generales conspirando traidoramente contra esa legitimación y apoyados por la extrema derecha, la gran banca, los grandes industriales, los latifundios y terratenientes y finalmente por el clero reaccionario. Los que poseían la riqueza y la cultura, que tendrían que haber dado el ejemplo, de inmediato y por sorpresa comenzaron a detener, torturar y asesinar a trabajadores honrados cuando regresaban de las faenas del campo o salían de las fábricas, de los tajos de la construcción o de las minas, sin darles oportunidad de despedirse de la familia. Sólo por el hecho de tener ideas diferentes, por desear una sociedad más justa, más equitativa, más libre.

Cada cuatro años había elecciones libres y si tenían razón, el pueblo ejerciendo su derecho al voto, se la habrían dado. ¿Por qué se rebelaron contra esa legitimación democrática y humana sometiendo al pueblo español, a la nación entera a su destrucción, a su tiranía, a esa crueldad despiadada, al hambre y miseria sin límites, al odio y la venganza y persecución indiscriminada?.

No recuerdo bien las fechas, más bien los inviernos quizás porque era más duro aguantarlos en posiciones especialmente altas y poco pobladas de pinos y monte en general como sucedió en aquellas lomas de Arroyofrío y sus alrededores. Fue en el invierno de 1937-38 cuando estuvimos en aquella zona. Después nos trasladaron al sector de Rubiales frente al Campillo, donde estuvimos algunos meses sin ninguna escaramuza, hasta las operaciones de la toma de Teruel, en las cuales no tomamos parte sino al final para detener el avance enemigo cuando se perdió.

Tomamos posiciones delante de la Aldehuela ocupando las antiguas trincheras. No llegaron a atacarnos, si bien sufrimos continuados e intensos bombardeos de la artillería, la loca que le llamábamos por la rapidez de sus disparos y buena puntería. No llegamos a tener bajas ni siquiera heridos, ya que había buenas fortificaciones y cierta práctica en defendernos de estas avalanchas de metralla alemana y, aunque temíamos que a continuación venía el ataque de la infantería, éste no se produjo. Fue en esta posición donde más cerca de mí explotó un obús en toda la guerra.

Transcurridas unas semanas, nos relevaron y pasamos a segunda línea para reorganizarnos y prepararnos para lo que había de venir después. Acampamos en un pequeño valle donde había una serie de grandes parideras, ya que era invierno frío y era necesario estar a cubierto. En la batalla desarrollada en los llanos de Caudé, hubo muchas bajas por congelación de pies y manos, tanto en una zona como en la otra y duró varias semanas.

Cuando estábamos en retaguardia hacíamos mucho ejercicio de guerrillas, principalmente porque era conveniente estar fuertes y en forma y entrenarnos para aprender a combatir, pues el enemigo que teníamos enfrente estaba bien preparado y no era cuestión de confiarse. A estas alturas las masas del Ejército Popular Regular estaban bien concienciadas de esta necesidad y lo hacíamos con ganas, con entusiasmo.

Como suele suceder en todos los aspectos de la vida, estás haciendo una cosa y, sin esperarlo, surge otra a veces sorprendente en un sentido o en otro. Vete aquí que comenzamos a desplegarlos desde varios montículos, valles, vaguadas y montañas y de pronto empezaron a levantar el vuelo manadas de perdices y como estábamos por todas partes, no se paraban hasta caer rendidas estrellándose contra el suelo violentamente, quedando impotentes para caminar y esconderse y menos para volver a levantar el vuelo. Naturalmente íbamos cogiéndolas y se llevaron a las cocinas para guisarlas en el menú de la compañía.

Al día siguiente nos organizamos ocupando lugares estratégicos y haciendo ojeadas con el propósito de cazar cuanto más mejor, logrando coger hasta ciento setenta y cinco perdices, algún conejo y también liebres. Llevábamos palos y varas fuertes tanto para remover el monte bajo como para golpear a conejos y liebres si se ponían a tiro. Yo cacé una liebre macho que vi, disimulando no verlo, dándole un golpe rápido y certero en la cabeza, quedando inmóvil en el acto. Son muy hábiles y no se mueven hasta que no has pasado.

Al día siguiente repetimos la operación por lugares diferentes, pero ya no cogimos más que unas cien y así en días sucesivos. Disminuyendo la cantidad apreciablemente hasta que desistimos por temor a dejar sin la especie en aquella zona.

Es asombroso la cantidad de perdices, conejos y liebres que había, si bien tenía una explicación, ya que, además de ser un terreno natural para su reproducción y desarrollo, los posibles cazadores estaban en el ejército y los pueblos estaban sin hombres apenas.

El conejo fue el que menos padeció nuestro acoso, porque no es fácil cazarlo, pues además de las madrigueras y caños, es muy hábil ocultándose entre la maleza, pusimos bastantes lazos de alambre y yo no logré coger más que uno.

CAPÍTULO IX

Desde luego estuvimos unas semanas alimentándonos con carnes frescas y muy diferentes a las que veníamos comiendo y con sabor más agradable.

No estuvimos mucho tiempo allí, porque los franquistas lanzaron una fuerte ofensiva desde las provincias de Zaragoza y de Teruel, rompiendo los frentes por diferentes sitios y avanzando rápidamente hacia el mar con clara intención de cortar la zona republicana en dos, objetivo que consiguieron sin tardar mucho tiempo y sin encontrar gran resistencia.

Nos trasladaron al pueblo de Camarena, sierra del mismo nombre y allí montamos en camiones transitando por carreteras de tercer orden. Por montañas y cuevas con pendientes y abundantes curvas, pasando por Manzanera y adentrándonos montañas adelante en dirección al Maestrazgo. Por cuyas alturas aún manaba agua de algún ventisquero, pinares interminables hasta dar vista enfrente a lo lejos al pueblo de Morella, ya en la provincia de Castellón.

Es fácil imaginarse la paliza que supone ir en aquellas condiciones horas y horas con frenazos inevitables, adormiscados y echándonos unos encima de otros, con cartucheras, fusiles, mochilas y otras cosas totalmente necesarias, incluida la manta correspondiente. Cuando se es joven se aguanta todo, incluso con alegría y dispuestos a plantarle cara al fascismo y detenerle aunque fuera en el empeño la vida. Eso lo teníamos muy claro y estábamos entrenados y bien preparados, al menos eso es lo que creíamos nosotros; pero cuando te afrentas a un enemigo armado hasta los dientes, con un fuego de artillería que no te da tregua y no te deja ni respirar; abundante aviación de caza ametrallándote a ras de tierra y bombardeándote sin cesar, es muy duro, no es posible resistir.

Antes de llegar a Morella nos desviamos por la carretera de Castellón a Zaragoza, más ancha y llana sin apenas curvas. Al llegar al pueblo de Aguaviva, nos bajamos de los camiones y sin pérdida de tiempo nos desplegamos en posición de combate, que quiere decir que aquel sector estaba al descubierto y automáticamente estábamos en primera línea. Hicimos un reconocimiento por todo el pueblo y no encontramos a nadie, porque las gentes lo habían evacuado, aunque es de suponer que alguien quedaría escondido esperando que llegaran los franquistas y posiblemente por miedo.

Lo que sí puedo señalar es que encontramos mucha gente huyendo por carreteras y caminos con carros y mulos. Algunas veces se obligaba a los ciudadanos a evacuar por el posible peligro que corrían sus vidas, pero en esa circunstancia, no se daban las condiciones para atrincherarse, puesto que eran tierras llenas de olivares, almendros y otros frutales. Sin embargo, por todo el pueblo y alrededores había los profundos y terribles agujeros de las bombas, claras señales de la táctica del terror en las retaguardias para amedrentar a las gentes y evitar la posible resistencia, sin importarles los destrozos humanos y los daños materiales en las propiedades.

Cuando se hizo de noche, nos retiramos a posiciones más convenientes, donde

llegamos a eso de la medianoche casi extenuados, Pero había que excavar alguna forma de trinchera, ya que cada escuadra llevaba una pala y un pico, porque cuando amaneciera el día lo más probable es que empezaran a bombardearnos con la loca y la aviación y si teníamos trincheras, además de evitarnos bajas, tendríamos mejores condiciones para resistir el ataque. Algunas escuadras se echaron a dormir sin pensar en las consecuencias y cuando empezaron a explotar los obuses, vinieron a refugiarse en las trincheras que habíamos excavado nosotros, estableciendo un turno de parejas y así descansaban los demás. Aproveché esta circunstancia para reprocharles las críticas que algunos me habían hecho y hacerles comprender lo necesario que era fortificarse para defenderse mejor y evitar muertes y heridos.

No recuerdo cuánto tiempo estuvimos en aquella posición, no obstante, tuvimos que retirarnos porque el enemigo avanzaba por los valles y carreteras y corríamos el riesgo de quedar cercados. Cuando abandonamos las trincheras al atardecer empezaron a acosarnos con la artillería hasta que desaparecimos detrás de las montañas. Hicieron muchos disparos, pero no tuvimos bajas. Era terrible soportar a la loca como llamábamos a la artillería moderna alemana, explotándonos los buses delante, atrás y a los lados. Teníamos que permanecer tumbados unos segundos y vuelta a empezar.

Aquella situación produjo cierta desbandada, pero nos reorganizamos unos kilómetros más atrás en unas vaguadas y ocupamos posiciones en unas montañas más altas ya en la provincia de Tarragona. Allí nos mandaron a hacer una descubierta con la misión de convencer a los moradores de una de las muchas masías para que la abandonasen unos días, porque corrían peligro si se producían combates en aquella zona. No fue fácil, mas al final vimos como la evacuaban, a pesar de lo doloroso que sería para ellos dejar la casa que tanto valor tenía para ellos, así sin esperarlo.

Posiblemente les convenció cuando les dije que pronto podrían volver y todos estarían con vida, mientras que si se quedaban allí, quién sabe lo que les podría pasar a cada uno de ellos. A nosotros nos daba mucha pena porque había personas mayores y no querían salir de allí por ningún concepto.

Cuando ya llegábamos a la montaña donde teníamos las nuevas posiciones apreciamos que sacaban los mulos y empezaban a cargarlos de enseres, los indispensables para esa circunstancia. Cuántos cientos de miles o quizá millones tuvimos que dejar nuestros hogares por la maldita guerra, muchos de ellos destruidos con personas dentro y animales destrozados en sus alrededores.

Pronto tuvimos que retirarnos de estas posiciones ya que los franquistas avanzaban sin encontrar resistencia por los valles dejando las montañas atrás y para que no nos cercaran, retrocedíamos constantemente.

Después de caminar kilómetros y kilómetros carretera abajo, llegamos a La Denia ya en el Montsià en tierras llanas. Cansados, el alcalde nos proporcionó la escuela pública para poder dormir siquiera unas horas; pero al poco tiempo vino un aviso de que los fascistas se acercaban al pueblo y teníamos que marcharnos. Nunca comprendí aquella actitud de los jefes de no ofrecer ni la mínima resistencia, puesto que estábamos armados.

Claro que el enemigo llevaba tanques y artillería y nosotros no teníamos más que fusiles y ametralladoras. El caso es que salimos medio a la desbandada y unos nos dirigimos hacia Tortosa y otros en dirección a Castellón, quedando la unidad dividida en dos.

Pasamos el río Ebro por el puente de la vía del ferrocarril, porque el de la carretera estaba a punto de ser volado si las fuerzas enemigas se aproximaban de pronto. Seguimos andando carretera adelante dejando Tortosa atrás y en el camino nos alimentábamos con habas, pues llevábamos hambre y había abundantes habas a los dos lados y con cuidado de hacer el menor daño posible, íbamos cogiendo una aquí y otra allá, fuimos matando la gana.

Al llegar al pueblo de Hospitalet de l'Infant nos detuvimos, ya que allí se iban concentrando todas las gentes que en la retirada habían quedado separadas de sus unidades respectivas. En aquella zona se fueron formando otras nuevas y con ciertos cambios de estructura como un batallón de ametralladoras de choque por cada brigada mixta y una sección de zapadores minadores. Esta nueva estructura dio un buen resultado en el paso del río Ebro y la posterior batalla del Ebro resistiendo y contraatacando durante casi cuatro meses al enemigo con decisión y valentía a una avalancha de aviación y artillería que causaba rabia y terror no poder contrarrestar.

Después de algunos meses de reorganización y entrenamiento en la nueva unidad, nos mandaron a relevar a las fuerzas que llevaban algún tiempo en el frente del Ebro a la altura de Fayón, entre este pueblo y Ribarroja. Desde allí se pasó al otro bando el sargento que mandaba el pelotón al que yo pertenecía y no nos causó sorpresa, porque no podía disimular sus sentimientos ni sus intenciones, la flaqueza estuvo por nuestra parte que no debimos haberlo permitido.

En aquella posición una de las cosas buenas que organizó el comisario de nuestra compañía fue el desarrollo y puesta a punto de la cultura a partir de la que cada uno de nosotros poseíamos en unas chozas improvisadas con un periódico mural donde podías escribir exponiendo tus pensamientos e ideas libremente e intercambiar opiniones; pero sobretodo, aprender y en muchos casos a superar el analfabetismo que padecíamos los españoles generación tras generación a través de los siglos. Esta era una de las principales preocupaciones de los hombres y mujeres de la República, conscientes de que suponía nuestro crucial problema.

Yo he leído en algún libro que se construyeron más institutos en el corto período que le permitieron vivir a nuestra querida República que en todo el siglo anterior. Quizá sea esta una de las razones principales por las cuales la combatieron con saña, no era conveniente que el pueblo español adquiriera cultura, porque así despertaba de su letargo y reclamaría demasiadas cosas que siempre le habían negado.

Posteriormente nos trasladaron al sector de Almatret en la provincia de Lleida, pero siempre dando vista al río Ebro desde donde se dominaba la parte por donde lo pasaríamos cuando la ofensiva posterior. Yo era cabo y me mandaron a la escuela de sargentos y oficiales situada en el pueblo de Falset en un edificio antiguo y de construcción sólida. Allí estuvimos dos meses en un cursillo intensivo; pues se preparaba a toda marcha una ofensiva

para pasar el río Ebro por varios sitios, con la misión de detener el avance hacia Valencia de las fuerzas franquistas que pretendía conquistarla a cualquier precio, Castellón y sus pueblos importantes con suma facilidad.

Dado a las notas que obtuve en el cursillo y la facilidad que tenía para orientarme sobre el terreno, me destinaron a la sección de zapadores minadores del batallón de ametralladoras de una de las brigadas de la división, la 26 brigada mixta si no recuerdo mal.

Cuando llegué no conocía a nadie, compuesta por sesenta hombres, tres sargentos y un teniente de ingenieros de carrera, muy capaz, buena persona y mucha serenidad, es decir, nunca tenía miedo o al menos lo disimulaba muy bien. Todos éramos nuevos, pero no perdimos tiempo en conocernos, eso iría sucediendo con el tiempo. De inmediato comenzamos a preparar todos los materiales necesarios de barcas, pontones y otros para el paso del río, bajándolo por barrancos y terreno encosterado a hombros de los soldados, apechugando nosotros también cuando las dificultades lo exigían, que eran muchas.

Los tres sargentos procedíamos del campo, es decir, éramos campesinos de pura cepa; pero con unos ideales sanos y con muchas ganas de luchar, aunque nos jugáramos la vida en el empeño, ganar la guerra era lo más importante. Éramos conscientes del por qué estábamos allí y qué cosas defendíamos peleando por la República.

Nos costó varios días concentrar el material necesario lo más cerca posible del río; pero evitando que el enemigo descubriera nuestras intenciones, hasta que el 24 de julio de 1938 por la noche metimos las barcas a pie de río, empezando a pasar las fuerzas de choque ocupando la margen derecha sin dificultades e infiltrándose por barrancos y laderas en la retaguardia enemiga, sorprendiéndole por detrás y ocupando el terreno rápidamente, incluso los emplazamientos de la artillería pesada de aquella zona y avanzando hacia Caspe sin apenas resistencia y sin bajas.

Inmediatamente de pasar la última barca comenzamos a montar la pasarela de pontones enormes de corcho, capaces de aguantar el peso de las piezas de artillería pesada que nuestras fuerzas capturaron al enemigo y que sin perder tiempo pasamos a este lado del río para evitar que cayeran otra vez en su poder. Puesto que en aquel sector la ofensiva tenía el objetivo de confundir al enemigo y distraer fuerzas para facilitar el paso y posterior avance desde Mora la Nueva y Flix hacia Gandesa y La Fatarella, ocupando posiciones seguras desde donde resistir la segura contraofensiva contraria.

El segundo día de ofensiva los franquistas abrieron las compuertas de los pantanos del río Segre y el caudal del Ebro subió peligrosamente, complicando las cosas en gran manera. La fuerza del agua nos rompió la pasarela, si bien los pontones quedaron sujetos donde estaban amarrados en las orillas del río, como yo había estado ocupando la posición que dominaba el cauce en aquella zona, le sugerí al teniente trasladar la pasarela por debajo de un recodo bajo un acantilado que formaban las rocas y que a continuación discurría el agua mansamente y sólo era cuestión de añadir más pontones si subía más el caudal.

Pusimos manos a la obra de inmediato trasladando río arriba los pontones

colocándonos encima y conduciéndolos con una pértiga grande hasta el lugar escogido como más seguro. En cuestión de horas restablecimos el paso normal de suministros, aunque tuvimos que ensanchar el carril o camino unos cuantos metros hasta empalmarlo con la pasarela.

A continuación nos entregamos a excavar refugios antiaéreos en espera de que la aviación enemiga se enseñará con nosotros tratando de destruir nuestra obra y a nosotros. Al amanecer del día siguiente, cuando ya teníamos refugio para todos, de sopetón, se presentaron los cazabombarderos bombardeando y ametrallando sin descanso, sucediéndose las oleadas. Era desesperante, pero descubrimos una enorme ventaja y es que al estar al pie del acantilado que formaban las rocas, las bombas se desviaron como consecuencia de la ley de balística hacia los lados, ni tocaban el puente ni los refugios. El teniente cayó en la cuenta al ver con asombro que no tenían nada que hacer con los continuos bombardeos.

Total que estuvieron días y días lanzando metralla, gastando inútilmente toneladas de material en el río y alrededores. Los suministros los pasábamos de noche principalmente y así no sufríamos destrozos importantes. En ese tiempo, como quiera que buena parte de las bombas caían en el río, mataban muchos peces algunos de ellos grandes y estuvimos comiendo pescado fresco, no solamente nuestra unidad, sino alguna más. Aprovechábamos los intervalos entre pasada y pasada colocándonos a lo largo de la pasarela e ir cogiendo cantidad y variedad tal como iban chocando con los pontones.

En la margen derecha del río había cierta cantidad de campos de cultivo y con muchos árboles frutales, entre otros cerezos que estaban en su apogeo, higueras y abundante regaliz que consumíamos con agrado, melocotón y otros muy sabrosos. A mí me atraían los higos que me gustaba ir a comerlos antes de que se hiciera de día; sin embargo, una mañana me sorprendieron en el alto de una higuera y suerte que estuve listo para tirarme a tierra desde lo alto, porque, aún así, me hirieron seriamente por la explosión de una bomba, en la espalda a la altura de las vértebras lumbares y en el brazo izquierdo ligeramente. Lógicamente no podía moverme y cuando dejaron de bombardear y ametrallar vinieron a buscarme, ya que oyeron mis gritos. Me evacuaron hacia el hospital de campaña situado en unas grandes parideras cerca del frente. Allí me hicieron una operación y me sacaron algo de metralla y una cura provisional, evacuándome posteriormente a Valfogona de Riocor, a un hospital de sangre en los edificios del balneario. Me volvieron a operar sacándome bastantes trocitos de metralla y me tuvieron varios días hasta trasladarme a Barcelona en un convento convertido en hospital. Aunque con dificultades ya caminaba bastante bien.

En Valfogona de Riocor una noche tuve un derrame de sangre cuando dormía dulcemente sintiendo una sensación como si me fuera alejando sin darme cuenta de lo que me sucedía. Una enfermera se apercibió de ello e inmediatamente me lo cortaron, pero no sé lo que hubiera podido pasar... Era andaluza y después hacía chistes cuando me atendía o cuando me curaba con la gracia propia de su tierra.

En Barcelona vinieron a verme al hospital mis padres con mi hermana María, ya estaba mucho mejor y podía caminar bien, me explicaron en las condiciones que estaban en

Mataró; pero que más se podía pedir después de tanto tiempo de refugiados y con dos desplazamientos en poco tiempo.

Durante mi estancia en Barcelona puede comprobar una vez más como destruían con sus macabros bombardeos los franquistas las vidas de la población civil y las ciudades sin respetar siquiera las iglesias donde seguro sabían se refugiaban las mujeres y los niños, creyéndose más seguros.

Al igual que en Valencia me causó una impresión terrible cuando en días sucesivos sufrí esa insoportable sensación de impotencia frente a tanto crimen sin castigo.

Cuando subía caminando por la calle Muntaner en dirección del hospital me cogió en medio de una de esas criminales hazañas propia de los nazis. Se hablaba de la destrucción de Guernica con sus habitantes dentro de sus casas; pero no fueron menos importantes las de Valencia, Sagunto o Barcelona y otras, todas ellas por la aviación alemana e italianas, partiendo de las bases de Mallorca y de otros campos de aviación de España y con clara complicidad de los generales franquistas.

Pronto me trasladaron a Caldes de Malavella, al balneario, convertido en hospital de sangre. Allí estuve más tiempo y por fin pude ir a ver a mi familia en Mataró, lo cual me causó gran placer después de tantos acontecimientos que trastornaron nuestras vidas para siempre, desde que me separé de ellos cuando me incorporé a las Milicias en Bezas, mi obsesión era abrazarlos. Iba por las mañanas y regresaba al hospital por las tardes, ya que no permitían pasar la noche fuera.

Yo me encontraba bien, pero la herida de la espalda no acababa de cicatrizar, pues había metralla profunda y a causa de ello no se cerraba. Recuerdo que me sometieron a varias pruebas y a una consulta de médicos y, aunque a mi no me dijeron nada, debieron decidir no someterme a otra operación para sacarme el resto por miedo a tocarme la médula y dejarme paralítico. Así me lo confirmaron dos especialistas en Traumatología que me trataron después de transcurridos veinticinco años, cuando empezó a causarme serios problemas que me impedían hacer ciertos trabajos, además de obligarme a estar largas temporadas de baja.

Estando en el hospital de Caldes, un día me decidí a preguntarle al médico porque me retenían tanto tiempo. Un poco porque sentía aburrimiento, otro poco porque me removía la conciencia al leer en la prensa las noticias sobre el curso de la batalla del Ebro que se había convertido ya en un hecho histórico, incluso mundialmente y que de alguna manera se sirvieron de aquella experiencia los grandes estrategas de la Segunda Guerra Mundial que se avecinaba.

Cuando le expuse mis razones me dio el alta, aunque a regañadientes, pero me dio una carta para entregársela al médico de mi unidad para que me siguieran curando; sin embargo, no me dijo que me quedaba metralla en la espalda. Estuve algún tiempo yendo a la enfermería a curarme en la compañía, hasta que por fin cicatrizó y se cerró. Quizá de haberlo sabido me hubiese creado problemas, pues me habría sentido más débil y habría estado siempre pendiente de que me pasara algo grave.

A llegar a la compañía, después de algunas peripecias en el transporte hasta el frente, me encontré que la compañía a la que pertenecía antes, estaba ocupando las posiciones anteriores a la ofensiva del paso del río. Los compañeros fueron contándome los pormenores de lo sucedido durante mi ausencia. La pasarela resistió hasta que volvió a pasar el último hombre y los correspondientes materiales o equipos, retirando los pontones y las barcas a buen recaudo.

La retirada fue ordenada como estaba previsto y con muy pocas bajas. En la sección de zapadores hubo un solo herido más que volvió unos días más tarde que yo. También me contaron que siguieron cogiendo los peces que mataban las bombas y que hubo algún soldado que se ahogó al querer pasar el río por su cuenta, preso del miedo por temor a caer en poder del enemigo o confiando en saber nadar lo suficiente para pasarlo a nado.

A mí todos los días me apetecía nadar un rato, pero uno de ellos me vi en apuros para poder salir. Pues me atraía con fuerza uno de esos remolinos tan peligrosos que hay en los ríos caudalosos, que apenas se perciben y que cuando entras en su radio de atracción, el trabajo es tuyo para superarlo y salir del peligro. Me consta que hubo bastantes imprudencias en todo el curso del río y algún cadáver vimos flotar por el cauce corriente abajo.

Nos relevaron de aquellas posiciones y nos trasladaron al sector de La Fatarella pasando por Flix. En aquel pueblo todas las mujeres iban enlutadas; una de ellas nos contó que en el año 1937 habían asesinado a seis jóvenes de las Juventudes Socialistas Unificadas, un matón de la F.A.I. de Mora la Nueva al frente de un comando con hombres de esa organización y cuando entraron los franquistas hicieron buena limpieza. Al volverlo a tomar los republicanos no se habían metido con nadie, si bien ya no quedaban hombres.

En esos días entramos de lleno en lo más fuerte de la batalla. Los franquistas atacaban sin tregua con abundante lujo de material, sobretodo artillería y aviación y el desgaste era constante. Nos movieron al sector de Vilalba del Arcs, unos kilómetros a la derecha del frente, quedando el pueblo arrasado por las bombas. Allí estuvimos algunos días, quizá semanas y fue terrible, hay que vivirlo para hacerse una idea del infierno que vivimos. Con artillería arrasaban una posición, y nada más que quedase una ametralladora y unos hombres para hacerla funcionar, no la tomaban. En cuanto comenzaba a hacerse de noche, subíamos los zapadores a volverla a fortificar para poder resistir mejor al otro día. Cuando subíamos a lo alto se veían los campos sembrados de cadáveres; les preguntábamos como habían podido resistir y hacer tantas bajas al enemigo y nos contestaban que los lanzaban al ataque medio borrachos y los oficiales iban con pistola en mano empujándoles, amenazándoles.

Estaban tan seguros de no haber dejado nadie con vida con los bombardeos de la artillería, que no temían avanzar a pecho descubierto.

Si se perdía una posición durante el día, a la noche con un golpe de mano se recuperaba; a continuación subíamos los zapadores a fortificarlas, si bien nos oían picar y

serrar los pinos para hacer los fortines de las ametralladoras y continuamente nos hostigaban dificultando nuestra labor; pero nosotros oíamos los disparos, nos protegíamos como podíamos hasta que explotaran las bombas y continuábamos nuestra tarea, incluso con entusiasmo, pues éramos conscientes de lo que estábamos defendiendo, éramos jóvenes y fuertes y manteníamos nuestra moral alta, a pesar de la tensión de nervios a la que estábamos sometidos.

Cuando cambiábamos de campamento lo primero que hacíamos era buscar un lugar donde se pudiesen hacer buenos refugios y establecer unos turnos descansando mientras otros trabajaban, porque en segunda línea estábamos sometidos a bombardeos y ametrallamientos continuos de la aviación franquista, única manera de poder dormir algún rato.

Un día a eso de la media tarde nos telefonean del puesto de mando de uno de los batallones que subiéramos rápido porque habían quedado enterrados varios del estado mayor. Sin perder tiempo el teniente me ordenó que con todo un equipo y sus correspondientes herramientas subiéramos a toda prisa hacia el lugar indicado. En el camino encontramos a uno al que sólo se le veían las manos, lo destapamos hasta los hombros y seguimos aquí me tiro a tierra, aquí me levanto para evitar ser alcanzados por la metralla, ya que la artillería nos perseguía con saña. Llegamos al sitio indicado y los que estaban a salvo nos iban indicando más o menos donde habían quedado cubiertos de tierra los demás. Íbamos destapando uno a uno y cuando ya podía respirar los dejábamos y seguíamos buscando hasta que nos dijeron que ya estaban todos a salvo; pero hubo un asturiano, capitán de unas de las compañías más valientes y heroicas de aquella circunstancia, que no paraba de insultarnos y ofendiendo a nuestras madres y a todo bicho viviente. Cuando ya terminamos de sacar a todos, me dirigí al comandante diciéndole que exigiera a ese capitán que reconociera nuestro comportamiento y nos pidiera excusas por sus insultos. Lo hizo a su manera, pero todo se le podía perdonar por su valentía y su capacidad para conducir a sus hombres en el combate. Era su manera de comportarse y salió disparado hacia la primera línea.

Una vez terminado todo le expliqué al comandante que habíamos dejado a un hombre medio enterrado en el camino y estaría sufriendo horrores, que no podría salir sin nuestra ayuda. Todavía pudimos dormir unas horas ya que nos esperaba una noche muy dura como las anteriores.

Por cierto que tiempos después lo encontré por la avenida María Cristina, cerca de la plaza de España en el año 1945 al que era teniente del estado mayor de aquél batallón, a quien también desenterramos, cuando lo llamé por su nombre se volvió, pero al recordarle quién era yo, negó haber estado en esa situación y también conocerme. Seguramente cometí una imprudencia guiado por el entusiasmo sin pensar en las consecuencias en aquella época tan peligrosa, por los gestos de desagrado que me hizo.

Así estuvimos una noche y otra, un día y otro, semanas hasta que regresamos a este lado del río, resistiendo la avalancha de metralla de la aviación y de la artillería y el empuje constante del ejército franquista, compuesto principalmente por mercenarios marroquíes, legionarios desesperados de la vida, falangistas y unidades regulares de italianos. La

aviación y la artillería con especialistas alemanes entrenándose para la invasión de Europa que preparaban con esmero y se acercaba por momentos.

El Ejército del Ebro de la República estaba dirigido por Juan Modesto, coronel de las milicias; Rojo, general del ejército y jefe del estado mayor, Líster, el Campesino, Tagüeña y otros, jefes de división y brigadas mixtas, todos ellos aguerridos luchadores en un sinnúmero de batallas durante toda la guerra como la Defensa de Madrid, Brunete, Brihuega, Teruel y otras bien significativas. Todos ellos procedentes de las milicias, aunque con estudios militares anteriores, pero con una moral de lucha inagotable y capacidad para preparar y dirigir las operaciones bien demostrada.

Después de la retirada de Aragón y el corte de la zona republicana en dos, nadie en el mundo creía y menos los jefes militares, que el Ejército Popular Regular de la República fuese capaz de preparar y llevar a cabo unas operaciones de esas dimensiones. Pasando un río caudaloso y conquistando posiciones importantes desde las cuales poder resistir más de tres meses las continuadas y bárbaras contraofensivas de un ejército aplastantemente superior, sobre todo en aviación y artillería y que, en definitiva, decidían las batallas a su favor.

Esto quedó bien demostrado en la Segunda Guerra Mundial, si bien las guerrillas representaron un papel muy importante en toda Europa incluida la Unión Soviética.

A pesar de las fuertes ofensivas del enemigo, el Ejército del Ebro se fue replegando más o menos ordenadamente y se pasó casi todo el material servible, los hombres y las unidades en su totalidad, incluso algunos de nuestros muertos. Nosotros regresamos por Flix y nos situamos frente a Ascó, resguardados de la vista del enemigo, en Vinebre.

A mí se me hizo un rodeo dedos en el dedo pulgar con pus alrededor de la uña de la mano derecha, sufriendo de dolor hasta el punto de no poder dormir por las noches, a pesar de lo rendidos que estábamos. A uno de los compañeros que veía cómo sufría, se le ocurrió sugerirme que eso se curaba con resina de pino tierna; pero allí no había pinos. Sin embargo, a lo lejos se veía asomar uno alto de esos que hay en toda Cataluña de ramas espesas y bastante resineros. Estaba tan desesperado que me decidí probar suerte y a llegar a él veo que tenía varias heridas por las cuales fluía resina en abundancia y muy tierna; recogí la que pude en una de las latas tiradas por el suelo y, todo contento, me dispuse a regresar para aplicármela cuanto antes mejor. Cuál sería mi sorpresa que nada más andar unos metros oigo disparos de artillería y justo me dio tiempo de tirarme a tierra explotando cerca de mí, me levantaba y corría para salir de aquel sitio de prisa y repetía una y otra vez hasta que transpuse a la otra vertiente. Me costó un buen rato salir y escaparme de aquella despiadada persecución; pero qué malas entrañas quien ordenaba disparar de aquella manera contra un solo individuo tanta metralla.

Desde Vinebre nos trasladaron a García, cerca de Mora de Ebro; allí me encontré con Emilio Blasco quien estaba en el estado mayor del batallón de enlace. Él me contó cómo murió Cándido Benedicto de Gea de Albarracín, uno de los compañeros con quien compartimos el mes de permiso que disfrutamos por Valencia y Barcelona y a quién

apreciaba mucho. Estaban evacuando las últimas posiciones de la margen derecha del río cuando de repente se presentan los franquistas disparando sin piedad, matando e hiriendo a muchos soldados; ve caer a uno que empuñaba una ametralladora, ni corto ni perezoso la coge él e hizo callar al enemigo; pero fueron llegando fuerzas contrarias y se lo cargaron. Me dijo Emilio Blasco que fue muy sentida su muerte, pues en ese momento era teniente del estado mayor de la unidad, por su comportamiento en todo el curso de la guerra y su valiente abnegación en la batalla del Ebro.

Cuando regresé a Cella en 1943-44 vinieron a verme su madre, su hermano y su primo Félix Benedicto, pues no se hacían a la idea de que había muerto y tenían la esperanza de que un día daría señales de vida como había sucedido en muchos otros casos. Cuando les conté lo sucedido se quedaron sin habla y su dolor se iba reflejando en su rostro. Yo también me quedé cortado al ver su reacción sin poder continuar, sin poder explicarles ampliamente su valentía, para aliviarles su pena.

CAPÍTULO X

Cuando fuimos de Reus a Marsá, acabada de organizar la brigada, nos instalaron en una buhardilla muy grande en donde, después de una intensa preparación de instrucción y ejercicio de guerrillas por aquellos lugares. Una vez llegados, sin más luz que la de la luna y alguna vela, empezaron a cantar en coro los catalanes de las quintas del 28 principalmente. Y en sus canciones con mucho sentimiento parecían reflejar, expresar su pena por no estar con su familia en lugar de hacer la guerra y la amargura que producía aquella situación que posiblemente muchos no volverían nunca más con los suyos y su vida anterior.

Estaban habituados a participar en actuaciones en sus respectivos pueblos en diferentes coros tan arraigados en Cataluña y lo hacían de maravilla, llegándote al alma, con mucho sentimiento. A mí me afectaban profundamente aquellas canciones que expresaban sentimientos tan hondos de su país y que, a pesar de que las cantaban en catalán, las comprendía y de alguna manera les seguía. Cuando se percibieron que hacía bastante bien el dúo en voz baja, me invitaron a participar con ellos; una vez aprendida la letra y la música, cantaba con el grupo o coro. Era muy gratificante y empecé a sentirme un poco catalán, pensando incluso que mi futuro podría estar en Cataluña y más concretamente en Barcelona que había conocido en aquel mes de mayo de 1937.

Un día a la semana nos tocaba hacer guardia en uno de los controles que se habían puesto en un cruce de la carretera que va de Marsá a Falset. Recibiendo órdenes estrictas de no dejar pasar a nadie que no llevara salvoconducto en regla y mira por dónde viene el enlace y ayudante del capitán de mi compañía sin ninguna clase de documentación todo engreído. Naturalmente no lo dejamos pasar, pero él, que era muy orgulloso y altivo, a toda costa intentaba hacerlo llegando incluso a emplear la fuerza. Le mostré la orden firmada por el capitán, que conocía bien, convenciéndose que no tenía otra alternativa que regresar al campamento a buscar el pase. Posteriormente el capitán me dijo que las órdenes son para cumplirlas sin ninguna excepción.

Se preparaba la ofensiva para cruzar el río y era indispensable sorprender al enemigo y para eso era preciso evitar toda infiltración.

Después de relevarnos del sector de Ribera d'Ebre nos llevaron a retaguardia para reorganizar las unidades y nosotros concretamente fuimos a parar a un pueblo que se llama Capçanes, cerca de Marsá. Llegamos al centro del pueblo y de allí, de acuerdo con el alcalde y el ayuntamiento, nos distribuyeron por las casas proporcionalmente a su capacidad o espacio. A mi escuadra nos tocó en casa del estanquero, un hombre mayor, viudo y con una hija soltera de unos cincuenta años. Ellos se mostraban un tanto extraños y fríos, desconfiados. Nosotros les dijimos que podíamos dormir en la entrada si nos facilitaban alguna colchoneta o con sacos con algún tipo de paja u otra cosa y, en todo caso, con las mantas nos arreglaríamos, pues estábamos acostumbrados a dormir en suelo. A ellos parece que les daba algo de pena que nos echáramos sobre un suelo de piedra plana y fría y nos bajaron como unas marcegas rellenas de hojas de panizo que nos sirvió a gloria.

Al otro día de buena mañana vimos que se iba con una azada y alguna otra pequeña

herramienta. Le preguntamos si nos permitía ir con él a ayudarlo, ya que todos procedíamos del campo y teníamos ganas de trabajar, él se encogió de hombros, diciendo... si ustedes quieren... Total, que cogió alguna herramienta más y le dejamos el huerto como una patena y a su gusto. Para eso del mediodía nosotros teníamos que ir a recoger el racionamiento del día para la escuadra y cuando volvimos con los artículos, les propusimos si podíamos compartir con ellos todo el lote, ya que algunas de las cosas hacía tiempo que no las veían. Cosa que aceptaron con agrado y a partir de ése momento lo hicimos todo el tiempo que estuvimos en aquel pueblo.

Cada día que no teníamos ejercicios y prácticas de guerrillas, nos íbamos a ayudarlo al huerto u otras fincas a trabajar y a coger judías tiernas, tomates, lechugas, berenjenas y otras verduras o frutas que tenía bastantes. Todo ello unido a nuestro suministro diario, la hija nos hacía unas comidas que nos chupábamos los dedos. La confianza y la amistad se iba ensanchando cada día hasta el punto que nos dieron poco a poco toda su confianza, subiéndonos a las habitaciones a dormir en buenas camas e incluso yo dormía en la habitación del señor en una cama grande.

En el sótano una bodega donde conservaba una colección de vinos hasta de treinta años. Nos enseñó todos los rincones y muchos de sus secretos. Nos dio a probar las mejores cosechas, advirtiéndonos que lo tomáramos con moderación y poco a poco, que nos daba en copitas pequeñas y, aún así, terminaríamos alegres. Uno de los compañeros no hizo mucho caso y terminó tambaleándose y cantando.

Yo tenía muchas conversaciones con él y en verdad que le gustaba conversar conmigo, incluso hablando de cosas profundas como la guerra que todos padecíamos, por qué causas empezó y sus consecuencias para el pueblo español en general. Aunque él tenía ideas conservadoras, escuchaba mis razonamientos, y en lo que los dos estábamos de acuerdo era en que ninguna razón era lo suficientemente sólida como para desencadenar una catástrofe tan demoledora como la que todos los españoles estábamos sufriendo. Que había otros medios para haber tratado de resolver nuestros problemas y diferencias más civilizadamente, aceptables para todos los españoles.

Cuando le contaba lo que habían hecho los falangistas en Cella y pueblos cercanos, se horrorizaba, pues lo que él conocía respecto a los asesinatos y persecuciones en su pueblo y alrededores en nada se parecía a semejantes atrocidades.

Algo parecido nos sucedió cuando estuvimos en Salvacañete, provincia de Cuenca, con un matrimonio de personas mayores ayudándoles a segar los trigos y a cultivar la pequeña huerta que tenían, si bien eran mucho más pobres que los de Capçanes. Nosotros no lo hacíamos por interés, sino porque nos salía de nuestra voluntad y, además, que el Gobierno republicano lo aconsejaba, puesto que la juventud estaba movilizadada y era muy necesario recoger las cosechas para abastecer a la nación y al ejército del pueblo trabajador.

Los franquistas estaban preparando una ofensiva general sobre Cataluña con la intención de conquistarla y lo anunciaban a bombo y platillo con el claro propósito de desmoralizar a las fuerzas republicanas, aprovechando el cansancio y desánimo producido por la batalla del Ebro, aunque había muchas unidades que no habían participado en ella.

Ante aquella situación, recibimos orden de ir a reforzar las posiciones del bajo Segre en la provincia de Lleida. A los pocos días de llegar comenzó la tan cacareada ofensiva enemiga con tal fuerza que la sección de zapadores no llegamos a fortificar ninguna otra posición en toda la retirada, porque no daba lugar a estabilizarse el frente ni un día siquiera. Rompieron sin dificultades el frente el primer día de ofensiva y avanzaban sin parar si no era a la noche. Nos dirigimos a fortificar una de las nuevas posiciones y, antes de llegar, nos encontramos con la unidad retirándose perseguida de cerca por los tanques enemigos y la infantería detrás y una avalancha de fuego de la artillería.

Sin vacilar nos volvimos hacia nuestro punto de partida explicando al teniente la situación. No obstante, seguimos allí hasta recibir órdenes superiores y al instante vimos cómo avanzaban los tanques enemigos por una loma frente a nosotros y si ninguna cobertura de fuerzas nuestras, luego corríamos el riesgo de ser hechos prisioneros. Faltaba poco para hacerse de noche y el teniente creyó más prudente esperar un tiempo, saliendo de las cuevas donde teníamos el campamento, librándonos de un posible bombardeo de la aviación y ametrallamiento y también de la artillería.

Anduvimos y anduvimos hasta encontramos con el puesto de mando de la unidad y a partir de ese momento no perdimos el contacto; pero siempre nos ordenaban replegarnos cruzando montañas y barrancos un día y otro hacia atrás, primero por la provincia de Lleida, luego por la de Tarragona y posteriormente la de Barcelona, por cuya ciudad pasamos el día 26 de enero de 1939 por la mañana y a las pocas horas entraban las tropas enemigas por el lado opuesto. Conforme íbamos retrocediendo veíamos cómo avanzaban con la motorizada en cabeza, seguidas de la infantería. Cuando encontraban alguna resistencia, lanzaban su avalancha de metralla con la aviación y la artillería, rompiéndola a las pocas horas.

Partiendo de El Vendrell, pasamos por Vilafranca del Penedès en dirección a Barcelona y antes de llegar al Ordal nos metieron un bombardeo y ametrallamiento terrible; pero no tuvimos ni un herido por fortuna. Llegamos a Sant Viçens del Horts, siempre tratando de evitar que nos hicieran prisioneros.

Recordando todo aquello pensaba como durante la batalla del Ebro nuestros soldados resistían días, semanas, meses heroicamente las avalanchas de metralla y eran capaces de contraatacar de noche reconquistando las posiciones perdidas durante el día y en esa retirada no había espíritu de resistencia, de lucha como si de golpe hubiera desaparecido toda esperanza y nuestro único deseo o fin era alcanzar cuanto antes la frontera francesa como si allí nos esperara el paraíso...

Lo que sí es cierto es que estábamos hartos de aguantar metralla, privaciones y traiciones, tanto nacionales como internacionales. Hubo divisiones en el Pirineo catalán que resistieron hasta que se les agotaron los suministros esenciales y que le causaron muchas bajas al enemigo antes de pasar la frontera.

El día 26 de enero de 1939 dormimos en las cercanías de la ciudad de Barcelona, donde hoy está situado el campo de fútbol del equipo del mismo nombre, en campo abierto; al raso cómo se suele decir. Fue un invierno benigno y este hecho nos evitó muchos

sufrimientos, aunque facilitó el avance contrario, ya que sus motorizadas se movían a placer.

Los componentes de ése Ejército Republicano de Cataluña derrotado y maltratado que pasó la frontera francesa desmoralizado y posteriormente desperdigado por el sur de Francia en batallones de trabajo, en campos de concentración y masías de producción campesina. Acosados por la derrota del ejército francés y la presión y persecución del alemán, fue capaz de reorganizarse y armarse asaltando comisarías francesas y depósitos de armas alemanas y arrebatárselas al propio ejército alemán después, ocupando montañas primero y liberando pueblos después. Pero también fue muy importante y puede que decisivo, enseñar a los jóvenes franceses la forma de liberarse de los invasores y opresores alemanes e incorporarse a las guerrillas organizadas por los republicanos españoles que habían sido vencidos por los fascistas de España.

El día 26 por la mañana temprano salíamos de Barcelona en dirección a Mataró en un camión que encontramos desocupado en Sant Adrià del Besòs. A llegar a Mataró le dije al teniente que tenía en ese pueblo a la familia para verlos y despedirme de ellos y después partir con mi hermano Agustín para la frontera francesa, a lo cual no puso ningún inconveniente, puesto que la situación no era esperanzadora que digamos. Aquel mismo día partimos a campo traviesa superando montañas, barrancos y valles hasta llegar a la frontera francesa.

A los tres meses de llegar al regimiento de caballería en Betera, nos dieron el permiso primero y después de terminar el período de instrucción con el complemento del tiro al blanco obligatorio. Como es lógico yo fui a Cella, donde estaba mi familia y tenía un cierto arraigo, pero era donde más me apetecía ir, regresar después de siete años de ausencia. Yo estaba totalmente cambiado, puesto que de dieciocho a veinticinco años un hombre adquiere el principal grado de desarrollo de su persona en su vida y de conciencia política, tanto mas habiendo sido testigo de una experiencia como la que nos tocó soportar en aquel período de tiempo: toda la guerra española, el paso de la frontera y sus consecuencias, la Segunda Guerra Mundial, el regreso a la España franquista o fascista y sus derivaciones al encontrarme con una situación opresora y terriblemente injusta, aunque esperada, siempre te sorprenden circunstancias inimaginables como las que he relatado en páginas anteriores.

Siempre aproveché el tiempo todo lo que pude para adquirir cultura y ensanchar conocimientos, aunque sin ningún título universitario y a pesar de las dificultades en la época que estuve en el batallón disciplinario y en el ejército franquista. De un analfabetismo primario aprendí gramática, aritmética, aprendí geografía y política y a entender de ella pudiendo interpretar y sacar consecuencias de cualquier cambio o acontecimiento en cualquier lugar del globo terráqueo; historia de la humanidad y todo aquello que cualquier ser humano debería saber para aprender en qué lugar se encuentra y qué debería hacer para defender sus derechos y sus intereses de clase en conciencia.

Como consecuencia de todo esto, me decidí a luchar contra el egoísmo y la ambición, contra la mentira y la falsedad y a favor de la transformación de la sociedad injusta y desigual en que nos ha tocado vivir por otra más justa, más igualitaria y más

humana.

Cuando llegué a Cella encontré a mi familia en una situación crítica, pero no desesperada. Al menos vivían en una casa bajo cubierto vieja, mas con suficiente espacio y con lo más indispensable adaptada a aquella circunstancia, porque no había otra solución.

Mi padre siempre había sido emprendedor y se ganaba la vida con cosas como coger té de roca y haciendo pequeños manojos los vendía a las familias más cercanas; coger hojas de gordolobo y retama que vendía a un agente de una empresa para hacer medicinas y también comprar en Noguera u otro pueblo de la Sierra una res que vendía troceada a los del pueblo, sobre todo en fiestas señaladas.

Por cierto que al llegar a casa en uno de los permisos, me encuentro que lo habían metido en el calabozo del cuartel de la guardia civil, por una denuncia de uno del pueblo. Sin cambiarme de ropa me presenté en el cuartel y el sargento me dijo que estaban comprobando en las señas que les había dado mi padre de dónde la había comprado y que si era verdad, lo dejarían libre inmediatamente. Al otro día de buena mañana se presentó en casa muy contento.

Él siempre se había ganado la vida sin someterse a un jornal y, a pesar de lo difícil que resultaba en aquella situación, no tenía pereza en emprender cualquier iniciativa con la cual pudiese ganarse unas pesetas honradamente para hacer frente a aquella pobreza. Como consecuencia de aquella injusta guerra impuesta por los poderosos para guardar sus privilegios a buen recaudo.

CAPÍTULO XI

El huerto que habíamos roturado en el río de Gea o Guadalaviar, lo volvió a sembrar cuando volvieron a Cella, de dónde sacaban patatas, judía tierna y verduras; pero representaba un enorme esfuerzo llevarlos a casa con un caretillo improvisado, porque además de tener que subir una larga cuesta, había casi dos horas de camino hasta Cella; sin embargo, merecía la pena, ya que las posibilidades de ganarse la vida eran pocas.

Mis hermanas hacían trabajos domésticos y también faenas del campo para casas particulares y labradores fuertes o grandes propietarios, como excavar remolacha y otras propias de cada estación, todo por ocho pesetas y un pan, artículo éste muy difícil de conseguir para los pobres e indispensable para poder subsistir.

Cuando yo fui por primera vez a Cella después del 36, es decir, en el verano del 43, de inmediato encontré trabajo con constructores particulares, en el ayuntamiento o en el campo. De esta forma ganaba dinero para costearme los viajes de permiso y ayudar a mi familia, si bien los salarios eran muy bajos y daban para poco.

También se establecieron en Cella el tío Aniceto Morón con su familia, procedentes de Noguera como nosotros. Se ganaba la vida elaborando pastelería y confitería vendiéndolas al público, claro. Él era un buen especialista en la materia, oficio que aprendió en Valencia trabajando en una empresa especializada en ésta cuestión. Se casó con Carolina también de Noguera y montaron un casino, el único del pueblo, pero en Cella tenían más posibilidades y después de la guerra se trasladaron a este pueblo.

Debido a esta circunstancia la amistad con mi familia venía de lejos y se visitaban a menudo. Vivían en la calle de la Talega detrás del salón de baile solamente tres familias ya que era muy corta.

Cuando mi familia me contaron que vivían allí, me faltó tiempo para ir a visitarles, recibéndome con agrado, visitas que repetía a menudo. Circunstancia ésta que me dio la ocasión de conocer a la que habría de ser mi compañera para toda la vida, Esperanza Lanzuela Marco, la hija más joven de Román Lanzuela y Emilia Marco, el alcalde del pueblo elegido democráticamente en las elecciones de 1936, sustituido por la fuerza cuando la sublevación franquista. Ella fusilada por los falangistas y la guardia civil, con varios más en el cementerio de Albarracín, varias de ellos familiares de Gea y de Cella, un día trágico de aquella locura.

Una linda muchacha de cabello negro y grandes ojos de color oscuro brillantes, que me cautivaron para siempre y siempre estarían a mi lado a partir de aquellos días maravillosos, para ser felices juntos desde hace 56 años cuando escribo este relato, 50 de casados y espero que sean muchos más.

Ya se acababa el permiso y tuve que volver al cuartel en Betera, Valencia, pero conseguí otro a los pocos días en mayo que son las fiestas de Santa Rosina en Cella. Le metí una mentira piadosa al teniente con quien estaba de machacante, diciéndole que se casaba una hermana mía y me dio otro permiso. A partir de aquella fecha mi obsesión era

salir del cuartel con cualquier pretexto, ya que en esa situación era perder tiempo y mi juventud sin ningún provecho, por ese motivo cuando volví al regimiento me apunté a los permisos para agricultores que eran de tres meses, julio, agosto y septiembre.

Me sentía a gusto en Cella, pues aparte que estaba mi familia y desde ese momento la novia, el trabajo no me faltaba y, como consecuencia, el nivel de vida iba mejorando. Así pude comprarme ropa y calzado, ya que no tenía más que unos zapatos y un traje que con gran acierto mandé desde Mallorca cuando estaba en el batallón disciplinario.

Pronto hice buenos amigos como Santiago, novio de mi prima Flora, Asterio, Segundo y Gonzalo, hijo mayor del tío Aniceto.

Los amigos que tuve en el periodo anterior a la guerra, eran mayores que yo y casi todos se habían casado, cuya amistad conservé pese a que estuvimos en diferente zona, pues a todos nos perjudicó y nadie salimos ganando, fue a la conclusión que llegamos en nuestro intercambio de puntos de vista sobre el tema.

Con Santiago y Asterio hicimos una campaña de siega en la sierra de Albarracín, concretamente en Noguera y en el Villar de Covo en el verano de 1944. A través de mi tío Paco contratamos con los Puertos y Sergio el Royo, muy buena en Noguera, pero no así en el Villar del Covo. En casa de un pariente lejano, Elías, bajó a buscarnos a Noguera y al otro día les segamos una finca al lado del pueblo. Nos subió la comida al tajo y francamente, no nos gustó nada tanto por la cantidad como por la calidad e incluso hicimos corto de vino y además aguado, cosa que no es bueno cuando estás segando, ya que exige mucho esfuerzo y se suda abundantemente y, como consecuencia, es conveniente beber mucho líquido; pero si se toma agua debilita en gran manera, en cambio el vino amortigua la sed y da energía, resistencia y se aguanta bien.

Hablé con él y le dije que si quería que le termináramos la siega, era indispensable que nos diera bien de comer y abundante y, sobre todo, buen vino, no aguado, y que sobrara. Me prometió que matarían un carnero y todo mejoraría a partir de ese momento.

Cuando vino a traernos la merienda no pudo disimular la cara de satisfacción al ver que estábamos a punto de terminarle de segar la finca que habíamos comenzado por la mañana, dándole a entender de qué forma segaban los compañeros. También le expliqué o pregunté cómo teniendo habitaciones y camas de sobra nos hacía dormir en la paja, cuando a él le interesaba tanto como a nosotros que descansáramos, ya que al día siguiente le rendiríamos más y estaríamos mejor dispuestos para el trabajo.

Para mí dispuso una habitación, pero no así para Santiago y Asterio, cosa que yo no podía aceptar esa clase de discriminación con los compañeros y amigos y me fui a dormir con ellos a la paja.

Santiago y Asterio tenían una capacidad de trabajo enorme, yo no tenía tanta práctica en la siega y, además, me dolían los riñones hasta el punto en que tenía que ponerme derecho y descansar, porque me acobardaba y tenía que descansar. Lo achacaba a

que no estaba muy acostumbrado, pero en todo caso, hay personas que sufren por naturaleza de ese dolor cuando hacen trabajos de esa clase y yo podría ser uno de ellos.

Pasados unos veinte años me hicieron las primeras radiografías de la espalda y hete aquí que al verlas y explicarme el traumatólogo lo que veía caí en la cuenta del por qué me sentía aquella desesperación. Llevo a la altura de las vértebras lumbares dos trozos de metralla como la uña y cinco muy pequeñitas distribuidas en esa zona y al hacer la acción de cortar la mies con la corbelta, me causaba aquel dolor tan desesperante.

Los médicos del hospital de Caldes de Malavella no me advirtieron que me quedaban trozos de metralla que no me sacaron al parecer porque temían dañarme la médula. Recuerdo que tuvieron una consulta de médicos en la cual decidieron no volverme a operar; pero debían habérmelo hecho saber, ya que en algún esfuerzo fuera de lo normal, podría haberme quedado paralítico o algo parecido.

Al día siguiente fuimos a segar a una finca que Elías tenía entre el pueblo de Griegos y el Villar de Covo, una de las mejores de aquellos parajes y donde había un trigo que daba gusto segar acompasadamente cómo sabían hacerlo Asterio y Santiago. Nos volvió a traer una comida insuficiente y poco sabrosa como el día anterior. La merienda no estuvo mala ya que eran tajadas del frito, como costillas de cerdo, lomo y otras, pero el vino se notaba escaso al sopesar la garrafa, cosa que le advertí. Al poco de comenzar, como tenía necesidad de levantarme para estirar los riñones, me giro y veo que estaba echando agua de la fuente a la garrafa del vino. Les digo a Asterio y a Santiago: dejar de segar que nos vamos. Me preguntan ¿por qué...? Mirar lo que está haciendo, echando agua al vino.

Nos vamos a su encuentro y le decimos: vámonos al pueblo y nos pagas las dos jornadas que nos largamos a Noguera, de dónde no teníamos que habernos movido. Al vernos tan decididos trató de excusarse y nos dijo que su mujer no le había hecho caso y que trataría de arreglarlo.

Le explicamos cómo nos habían tratado en Noguera y que él era incapaz de mejorar, porque era su forma de comportarse con sus trabajadores. A partir de ese momento se mostró tal como verdaderamente pensaba y sentía y entablamos una discusión encrespada. Me dijo que yo era un comunista y no sé cuántas cosas más. Le contesté que los comunistas son honrados y exigen sus derechos en el trabajo y en todas partes, no como los falangistas que explotan al máximo y pagan el mínimo e incluso asesinan... se quedó perplejo y echó a andar, llegamos a su casa, nos pagó y emprendimos el camino en dirección a Noguera.

Llegamos a este pueblo al anochecer y cuando nos vio mi tío Paco nos dijo: ya me imagino lo que ha pasado... El ya nos había advertido que no fuéramos a segar a casa de Elías porque no saldríamos bien, pero cómo nos habíamos comprometido de antemano con mi padre...

El caso es que en Noguera hubiésemos tenido trabajo para unos diez días como mínimo, habíamos hecho una campaña completa y regresado contentos. Con todos esos contratiempos ya no nos quedaron ganas de volver a enganchar y nos bajamos para Cella la víspera de la virgen de agosto, día muy celebrado en el pueblo y nos hacía mucha ilusión de

estar con nuestras novias respectivas.

En Noguera ya nos habían contado que era un mal elemento, lo habían nombrado a dedo alcalde y jefe de falange del pueblo y, además de mandar a algunos al paredón, se había enriquecido a costa de los demás, haciéndose con propiedades de una manera innoble, implantando el terror. Con toda seguridad que cuando las gentes del Villar del Covo se enteraran de nuestro asunto, dirían que por fin alguien le había plantado cara.

Nuestros padres y anteriormente nuestros abuelos, tuvieron buenas amistades, además de ser familia. Mi hermana Manuela hablando de esta cuestión me ha contado que, al terminar la guerra, como mi familia estaba en la mayor pobreza y, pretendiendo ayudarles, se la subieron a su casa y le hacían trabajar como a una esclava y le daban las sobras como alimentación, siendo una niña.

Hace unos años me enteré que los dos hijos le habían salido rebeldes y con uno de ellos había tenido problemas con las drogas, por lo que lo han llevado de cabeza. Esto les ha pasado a muchos de los opresores franquistas, quienes extendían su dictadura a su familia y especialmente a sus hijos, creyendo moldearlos a su imagen y semejanza.

Los mandaron a la universidad para que aprendieran a explotar y tiranizar a los trabajadores y se encontraron que la mayoría de los profesores eran marxistas o al menos tenían ideas progresistas. Como buena parte de esos estudiantes eran torpes y entraban en ella por recomendación o influencia, se enfrentaron a una situación dónde les era más fácil entregarse a los vicios que romperse los cascos estudiando para hacerse hombres de provecho.

Se me acabó el permiso y tuve que regresar al regimiento, si bien estábamos sólo un mes y, aunque pagábamos poco del billete del tren, escaseaban los cuartos para hacer frente a los gastos, por cuyo motivo quise estraperlear con arroz. El tío Bernardo, el herrero de Noguera, quería hacer el matacerdo y no sabía cómo hacerse con arroz para las morcillas. Lo hablo con mi padre y como yo venía a menudo de la región valenciana, concretamente de Silla que residía mi hermana Eugenia y en esa zona había grandes propietarios productores de esa materia.

Les planteé a mi hermana y mi cuñado León este problema y el mismo patrón para quien él trabajaba nos facilitó la cantidad que necesitamos. Confiados en que yo viajaba vestido de militar y los inspectores de abastos no me lo quitarían, puse la maleta llena de arroz en la estantería y, como iba solo, me eché a dormir, ya que viajaba de noche. Al registrar el vagón en el que yo iba, sopesaron la maleta, me la hicieron abrir y se llevaron la bolsa tan campantes. Yo traté de convencerles para que me la dejaran y aún me salieron diciendo que podía dar gracias de que no me denunciaran. ¿Un soldado haciendo de estraperlista?. Que sinvergüenzas, ellos que lo robaban o requisaban sin costarles ni un céntimo y luego lo vendían a precio de estraperlo, con lo cual hicieron grandes fortunas sin que nadie les pidiera cuentas...

El estraperlo, una de las facetas más negras, más vergonzosas y criminales de la tiranía franquista durante los años 40 y 50 no se dice nada y, sin embargo, es muy

importante en la historia de España.

En Abastos nacieron las organizaciones mafiosas más importantes del franquismo. Robando, desde pequeñas cantidades de alimentos a personas que nadaban en la miseria y que jugándose la vida, compraban a grandes productores, las trasladaban a sus pueblos de origen para ganarse unas pesetas como único medio de vida y fuente de ingresos en muchos casos. Hasta grandes y enormes estraperladas y especulaciones aprovechándose de la necesidad y de la escasez de artículos indispensables para la vida.

Yo, que hice muchos viajes en los años 43 y 44, contemplé con vergüenza, rabia e indignación, cómo tiraban las mercancías por las ventanillas y plataformas de subida y bajada de los vagones y se lanzaban los interesados con riesgo de sus vidas, para evitar que les requisaran toda la mercancía, perdiendo hasta lo que habían pagado por ella. Parecía como si hubiesen estado conchabados los grandes productores que se las vendían caro, con los requisadores de Abastos que se enriquecían sacrificando a los pobres que servían de intermediarios para sus sucios negocios.

Esto sucedía todos los días en los trenes que circulaban de Valencia a Teruel, cobrándose alguna vida como sucedió al hijo del cartero de Cella en uno de esos viajes. Con toda seguridad que en aquella época se repetía en la mayoría de los trenes de toda España.

Conforme iban ocupando la zona republicana condenaban a sus gentes a la más espantosa miseria, puesto que su moneda quedaba sin valor alguno, incluso los billetes de banco con la efigie de Alfonso XIII. Así humillaban y sometían al pueblo trabajador a su voluntad, obligándole a vender su fuerza de trabajo a lo que los explotadores querían pagar, a salarios de miseria y jornada sin control.

Así a Santiago Pérez, que estaba de criado en una de las Haciendas del pueblo, prefirió cobrar la soldada en especie, como trigo, patatas etc. porque le traía más a cuenta y lo necesitaba para mantener su casa y cuando ya lo tenía en su granero, un buen día se presentaron los de Abastos y se lo requisaron porque era acaparamiento tener esa cantidad. No valieron explicaciones ni ruegos, tenían que cumplir con su deber de maltratar a los pobres del pueblo y quién sabe si no fue el mismo patrón quien lo denunciaría.

El tío Aniceto que se ganaba la vida elaborando pastas y confitería y que con el racionamiento no tenía ni para empezar, compraba cierta cantidad de azúcar a precios abusivos en el mercado negro. Y, muy a menudo, se presentaban los inspectores en su casa y, además de que se lo requisaban, le metieron multas tremendamente injustas por lo abusivas, haciéndole la vida imposible condenándolo a la miseria, ya que tenía familia numerosa.

Terminaba el año 1943 y el tiempo transcurría sin grandes novedades, del cuartel a Silla y a Cella cuando tenía permisos prolongados. En Silla los fines de semana los pasaba bien con mi sobrino Bernardino que tenía unos ocho años y con mi hermana y mi cuñado, pues Ricardo nacería después. Mi cuñado León, además de buena persona, trabajando era un fuera de serie que se dice, no me extraña que lo apreciaran los patronos.

En Cella estaba mi novia por la cual sentía auténtica obsesión por estar a su lado; mi familia y amigos que poco a poco iba haciendo en los tajos de trabajo, en el baile y otros lugares, como los paseos camino de la fuente. Con algunos que adquirí más confianza y que manifestaban sus inquietudes, iba teniendo algún intercambio de ideas, pues es preciso tener en cuenta que la Segunda Guerra Mundial se estaba decidiendo a favor de los países democráticos y éste hecho nos iba dando cierta seguridad. Sobre todo a los jóvenes que iban perdiendo el miedo, a pesar de estar tan cerca los recuerdos de la represión y los asesinatos y, de alguna manera, querían hacer algo para cambiar aquella situación que de ninguna forma estaban dispuestos a aceptar que no se podía hacer nada para dar al traste con aquel régimen de opresión, esclavitud y tiranía que el franquismo nos había impuesto a la mayoría de los españoles por la fuerza violenta de las armas.

Mis propósitos eran de ir organizando un grupo político con los más dispuestos y decididos en una cédula del PCE, ir ampliando en la medida de lo posible las relaciones con otros de ideas diferentes; pero lo que verdaderamente importaba era desarrollar toda la actividad posible, puesto que buena parte con los que cambié impresiones así lo manifestaban.

Precisamente, en la cantera que estábamos sacando piedra para el muro de contención en la carretera a la altura de la Huerta del Hortelano, a la hora de la comida en el tiempo de reposo, sostuvimos una fuerte discusión con el Burriano. Él tenía ideas anarquistas muy fanatizadas, la cual suscitó una curiosidad enorme entre los veinte o treinta trabajadores que estábamos allí y que tuvo consecuencias impensables en aquellas circunstancias.

Es a tener en cuenta que el responsable era del ayuntamiento y, por lo tanto, falangista. No es que temiera una posible denuncia, pero lo que no esperaba es que precisamente los falangistas me manifestaron su amistad e incluso me dieran trabajo, como Sierra y el Lucero que era jefe de falange, con quien trabajé hasta que me vine a Barcelona, por cierto muy a gusto, porque era muy respetuoso y considerado conmigo. Entre ellos había el Gasqueras que incluso vino a verme en un viaje que estuvo en Barcelona. Nunca les pregunté ni tampoco ellos me lo dijeron.

De haberme quedado en Cella creo que con el tiempo habría tenido problemas, pues la represión duró muchos años y sobretodo con los comunistas. Tanto más cuando el régimen se vio afianzado y protegido por los norteamericanos con el tratado de cesión de bases por todo el país, y el respaldo tácito de las democracias occidentales que una vez más nos dejaban a merced del tirano. Ni siquiera Francia agradeció que le ayudáramos a liberar el sur del país los guerrilleros republicanos, enseñándoles a combatir contra los alemanes del nazismo.

En octubre de 1944 me vine a Barcelona sin terminar de organizar nada en concreto y muchos de los compañeros tuvieron que buscarse el medio de vida en centros industriales como yo, por Zaragoza, Valencia, Barcelona y otros lugares de España.

En ese año dieron la libertad condicional a Román Lanzuela a quien tenían

trabajando como prisionero en las minas de Utrillas, cumpliendo la redención de penas, uno de los inventos que tenía como fin la esclavitud de las personas en el régimen franquista. Lo tenían al cargo de las caballerías que utilizaban para sacar el mineral del interior de la mina, pues lo habían condenado a la pena de muerte en 1939, pero le conmutaron la pena y poco a poco le fueron acortando el tiempo de castigo, como tantos otros en toda España, cuando los castigadores eran los verdaderos delincuentes.

Por cierto que les asignaban un salario de miseria y no se lo pagaban a ellos directamente, sino a través de los caciques del pueblo respectivo. En este caso las hermanas Lanzuela, muy beatas ellas y estrechas colaboradoras de la iglesia, quienes durante mucho tiempo a las hijas de Román Lanzuela, padre de mi novia, les estuvieron pagando una cantidad igual a la tercera parte de lo que les correspondía. Un buen día fue a cobrar la más joven de las hijas y por un descuido en la trampa que utilizaban o quizá porque temían que las descubrieran, le dieron tres veces más de lo que venían abonando. Cuando Leonor, la mayor, vio tanto dinero la intención inmediata fue devolverlo, pero por consejo de la tía Joaquina la Alpargatera, una buena vecina, se lo quedaron. A partir de aquella fecha les siguieron pagando la misma cantidad.

Dos beatas que mañana y tarde estaban metidas en misa y como es de suponer, se confesaban a menudo para Dios les perdonara sus pecados. Sus muchos y graves pecados si tenemos en cuenta que había muchas familias pobres que dependían de esos ingresos sumamente menguados.

Es increíble que un hermano de ellas en la democracia sea nada menos que presidente de la Diputación de Aragón. ¡Qué pueblo este de España que elige para gobernarles a quienes se han hecho ricos explotando y robando descaradamente!.

En el año 1944 me dieron permiso de campesino de julio a septiembre que empalme con permiso indefinido y ya no volví a estar movilizado, es decir, que se acabó el servicio militar para siempre, después de casi tres años de guerra, un año y medio en Francia entre campos de concentración y batallón de trabajo, tres y medio más entre batallón disciplinario y el ejército franquista. Total ocho años desde los 18 a 26 de la flor de mi juventud sometido a una forma de vida contraria a mi voluntad.

Había llegado el momento de tomar decisiones para encauzar mi futuro, buscando soluciones que tuviesen continuidad, que proyectaran alguna perspectiva más o menos positiva, a pesar de los pocos horizontes en aquella circunstancia de incertidumbre de la posguerra española y la continuidad de la contienda mundial.

Cuando estuve en Barcelona en la primavera del 37 y posteriormente en el 38-39 en Cataluña en el ejército del Ebro que me dio la ocasión de alternar con sus gentes y sus costumbres, de sus campos y sus organizaciones, así como la naturaleza de sus campos y paisajes. Saqué la conclusión de que Cataluña era una región avanzada, desarrollada y que había posibilidades para abrirse camino y crearse un medio de vida, un porvenir halagüeño, más o menos seguro.

En Cella, en aquel tiempo, a lo más que se podía aspirar era a ser un jornalero sin

trabajo permanente y mal pagado, hoy para uno, mañana para otro, muy poco gratificante.

Solicité el permiso al regimiento para que me concedieran trasladarme a Barcelona, cosa que conseguí en pocos días, pues como estaba en situación de posible movilización, no podía marcharme sin autorización.

Gané algo de dinero trabajando con el Lutero y pensé que era la ocasión de levantar el vuelo y emprender el viaje. Ya que se acercaban las fiestas del Pilar y si me lo gastaba, tenía que esperar quién sabe cuánto tiempo en reunir la cantidad suficiente para el tren y algo más para hacer frente a los gastos hasta que encontrara trabajo una vez en Barcelona.

Además, Isolina, mi novia, y su hermana Juliana, se habían ido a esa ciudad el mes anterior y me hacía más ilusión marcharme que quedarme a pasar las fiestas, que no me decían gran cosa sin su compañía.

Aunque era doloroso separarse de la familia una vez más, la pobreza empujaba para evitar la miseria y, siendo jóvenes y espíritu de sacrificio, no era cuestión de vacilar y estar esperando la sopa boba, confiando en que las cosas se arreglen por sí solas.

Al subir al tren en Sagunto tuve la suerte de encontrarme con Camilo y su mujer, íntimos amigos de mi padre, de Tramacastilla que iban a Barcelona a pasar unas semanas a casa de un hermano de ella, director del museo arqueológico de esa ciudad. No me conocía, pero cuando le expliqué de quién era hijo yo y que me dirigía a la misma ciudad en busca de trabajo, me saludaron con mucha simpatía y de inmediato me dio una tarjeta de recomendación para que fuera a visitar a su cuñado, quien con toda seguridad enseguida me daría trabajo.

Llegué a Barcelona el día 12 de octubre de 1944 por la mañana y me dirigí a casa de los tíos de un buen amigo, José Yepes, con quien estuve en el batallón disciplinario y después en el regimiento de caballería en Betera, Valencia. Sus tíos vivían en Sans, en la calle pintor Serrahima, cerca de donde a estas fechas está el campo de fútbol del Barcelona.

Me acogieron con simpatía, si bien vivían con estrecheces en un piso pequeño con dos hijas y un hijo de corta edad, José y yo, pero siempre les estaré agradecido que me acogieran en su casa teniendo ellos tantas dificultades para hacer frente a sus problemas. Yo le daba a la señora Ana todo lo que ganaba, es decir, lo que me pagaban por un trabajo esclavo, salvo lo que necesitaba para el traslado al lugar de trabajo y algún pequeño gastillo, pues la vida no estaba ni de lejos en relación con los salarios de miseria, no llegaba a 100 Ptas a la semana. Sin embargo, la cartilla de racionamiento me la dieron de primera como a los ricos... qué ironía.

Al otro día de llegar a la ciudad fui a ver a Martín Almagro al museo arqueológico, tuve que esperar un par de horas hasta que vino, recibíndome con mucha atención, pues su cuñado ya le había puesto al corriente, puesto que fueron a parar a su casa. Me dio una carta de recomendación para ir a un despacho de los Fontcoberta, una empresa de construcción en la calle Mayor de Gracia.

Al día siguiente ya fui a trabajar en unas obras de construcción de viviendas en la Avenida de Sarriá, un barrio de ricos. El encargado me puso para subir tochos con una curriola para hacerlos llegar a los pisos altos, tenía que hacer un esfuerzo tremendo, además de que había que manipularlos húmedos y sin guantes, comiéndote las yemas de los dedos ensangrentadas. El capataz iba por los altos vigilando a los trabajadores, y gritándoles con despotismo propio de aquellos tiempos, exigiendo un rendimiento desproporcionado con el salario que pagaban, con el agravante de lo mal alimentados como consecuencia de la carestía de los precios de los comestibles.

Yo trabajé en esa empresa no más de quince días, porque llegó un momento en que me enfrenté a aquel tirano y, después de tratarlo de negrero y todo lo que él se merecía, le dije que subiera él los tochos y el material, que yo no continuaba y que me diera la liquidación.

Fui a ver a Martín Almagro y le conté lo que había pasado. El no se extrañó ni se inmutó, pues ya lo conocía; pero sí que le sorprendió que me atreviera a cantarle la cartilla de aquella manera y me dijo que no me preocupase que no pasaría nada, me mandó al empresario que hacía las obras en el museo reformando algunas cosas.

Hablarle así a un capataz, a un encargado en aquellos tiempos era expuesto, peligroso, porque te metían en la cárcel por menos de eso y no sólo despedirte, también ponerte en la lista negra y no darte trabajo en ninguna otra empresa.

Desde luego, que los otros trabajadores no podían disimular su asombro ni su alegría, sobre todo los que estaban más cerca que oyeron todo lo que le dije a aquel negrero.

Una de las primeras cosas que hice fue ir a ver a mi novia a la casa que estaba sirviendo en la Diagonal, a la altura de la calle Casanovas. La encontré hecha un palillo y se la notaba cansada y no me gustó nada lo que observe en aquella casa. Cuando salió unas horas de paseo y pude hablar con ella, me contó lo a disgusto que se encontraba con aquella familia, el exceso de trabajo y la falta de consideración como ser humano además del salario mensual de 50 miserables pesetas al mes. O sea, prácticamente por la comida, sin límite de horas y tan sólo cuatro horas de permiso los jueves y domingos por la tarde.

Para la inmensa mayoría de las jóvenes, la única salida para no morir de hambre o no pasar un sinfín de necesidades, era ponerse a servir y someterse a aquella forma de esclavitud, que ni podían comprarse ropa para vestir ni zapatos para calzar los pies.

Pasaban los meses e iba encarrilando mi vida con muchas dificultades, entre otras pasar hambre, que si bien nunca me ha desesperado, un día y otro, meses y meses sin satisfacer medianamente al estómago, se llega a pensar en la comida, tanto más viendo manjares a todas horas en los escaparates y aparadores de los colmados.

Después de vivir varios meses con la familia de mi amigo José Yepes, la señora Ana me buscó una habitación con derecho a cocina en casa de una amiga suya y, de alguna manera, empezó a cambiar algo mi situación. Yo me compraba las cosas que podía según

mis posibilidades y me las cocinaba. De esta forma había algún día a la semana que mataba el hambre, aunque fuese con sardina frita o jurel.

Por otra parte, Manuel y Ángel Pérez, me llevaron a una colla en La Bordeta para trabajar en el campo en lo que es hoy la Zona Franca y El Prat. Allí cobraba 35 Ptas. más que en la empresa de construcción y el trabajo era más estimulante. Pues casi cada día labraba en los campos de los campesinos que nos daban el trabajo, con un caballo y el correspondiente arado, la tierra muy suave y, además, era una faena que conocía y hacía a gusto, con el correspondiente de los propietarios a las personas y reconocimiento a nuestro trabajo, normalmente bien hecho.

La señora inquilina del piso en la calle Rosellón de la Torrassa, había quedado viuda hacía unos meses, con dos hijas y dos hijos de corta edad. La mayor, Milagros, y su madre también trabajaban pero con los salarios que pagaban, no tenían para cubrir una mínima parte de sus necesidades, por lo cual se vio obligada a subarrendar habitaciones, primero a mí y, posteriormente, a dos hermanos andaluces.

Caí bien ya que de alguna manera les alivié aquella situación desesperada en que vivían, por sufrir tan tremenda desgracia, sobre todo los más pequeños, el menor, de dos años. La viuda reflejaba en su rostro un profundo dolor, difícil de superar que sólo el tiempo borra los recuerdos tan amargos. Conforme pasaban los días los problemas crecían y las cosas se le complicaban. La niña pequeña se hizo una callejera, es decir, se juntaba con otros niños en su misma situación dedicándose a robar cosas para comer, principalmente para matar el hambre.

Yo tenía cincuenta pesetas en la maleta con idea de comprarme un pantalón que me hacía mucha falta, abrió la cerradura con suma facilidad y se apropió de ellas. Naturalmente no las recuperé y en aquellos momentos reunir ese dinero suponía privarse de todo lo esencial.

Alquiló una habitación a dos primos hermanos que vinieron en busca de mejor situación y a uno de ellos le quitaron la cartera en el tranvía al regresar del trabajo. Hacía pocos días que habían venido del pueblo y llevaban bastante dinero que no recuperaron pese a que tenían un pariente en la policía, devolviéndoles la cartera, pero sin dinero. El mayor se volvió a marchar al pueblo, no pudo soportar vivir en aquellas condiciones ni aguantar tantas incomodidades y contratiempos.

Era en la primavera de 1945 y en esa época del año iba relativamente barata la sardina y también el jurel y, aunque el aceite que daban de racionamiento era muy poco, el sábado y domingo nos poníamos como Pepes de comer fritos, y digo comíamos porque el niño pequeño se ponía a mi lado hasta que se terminaba. Se puso bien gordote y se sentía a gusto conmigo.

El motivo de ir a trabajar a la colla de la Bordeta en Hospitalet, fue porque me despidió el empresario que hacía las obras del museo arqueológico. Yo leía la prensa cada día, después de comer en el poco rato que teníamos de descanso y hacía comentarios,

especialmente sobre los avances de las fuerzas aliadas en la guerra contra el nazismo alemán y el fascismo italiano. Uno de Tramacastilla que estaba como listero (y de chivato) le iba informando diariamente, quizá añadiendo algo que yo no decía como suelen hacer los individuos serviles y rastreros.

Una mañana se presentó en persona y dirigiéndose a mí empezó diciendo disparates como éste: "...si vols menjar-te els fetges de un burgués...", podría empezar con los suyos y que aunque me cuesten 500 Ptas. "...et fotare al carrer...". Yo le pregunté por qué decía semejantes desproporciones y por qué de su comportamiento. De inmediato caí en la cuenta de quien estaba por medio... El caso es de que cobré aquella semana y no volví a la siguiente.

Después de un par de meses se presentó donde vivía, un tal Fuentes que también trabajaba en esa empresa, diciéndome que volviera al trabajo, pues había ido por allí Martín Almagro y había preguntado por mí y que quería verme, y el empresario quería que volviera a trabajar con él.

En el campo no había futuro, en cambio en la construcción podría aprender la especialidad de paleta y así se lo planteé a Ramos, dueño de la empresa. Se quedó extrañado y me dijo que los aprendices desperdiciaban mucho material. Yo le contesté que no sería un aprendiz de 14 años, sino de 26, pero que aceptaría un salario más bajo hasta que demostrara que podría aprender deprisa.

Tenían que cambiar las cerámicas de las ventanas del museo, porque estaban muy deterioradas y cuando encargaron las piezas se equivocaron en diez centímetros más anchas y era preciso cortarlas a medida para colocarlas correctamente. El encargado puso dos peones de la Torrassa, que eran un poco brutos, a hacer ese trabajo tan delicado, y hasta un poco atrasados mentales; naturalmente rompían más de la mitad.

Al contemplar semejante destrozo cuando vino el empresario, gritando como un loco al encargado por semejante ocurrencia, me llamó a mí, mandándome a mí con una de ellas a la casa donde las habían elaborado para ver qué costaría cortarlas a medida cada una. Los de esta casa me dijeron que no las podían cortar, en todo caso hacer otras nuevas.

Esto encarecía mucho la obra, pero yo le dije al encargado que me permitiera probar con algunas a ver qué pasaba. Fui cortando una tras otra y de quince se rompió una. Cuando regresó el empresario se quedó asombrado diciéndome: ¿...cómo lo has hecho...?. Yo le contesté que necesitaba mejor herramienta para evitar que no se rompiera ni una sola, mandando de inmediato comprarla.

Al día siguiente me mandó hacer un agujero totalmente redondo con el fin de meter por él todo el material necesario al interior y así ahorrarse meterlo por la puerta principal ensuciando todo, tiempo y trabajo. Lo marcó el encargado y lo hice completamente redondo. Cuando volvió a pasar por allí el señor Ramos al verlo dijo: Yuste, no sólo no te rebajaré el salario, sino que te lo aumentaré en cuatro pesetas diarias, que en aquellos tiempos era un buen aumento.

Como éste empresario hacía muchos trabajos de la Diputación, fuimos a reconstruir y reparar el asilo de Nuestra Señora del Port, detrás de la montaña de Montjuïc. Un lugar que suponía una muestra de las condiciones en que estaban los ancianos que no tenían familiares que se encargarán de ellos en aquellos años finales de su vida en total indigencia, en lamentable estado de abandono y dejadez.

En el terrado o terraza tenían seis perros entrenados para que no pudiese escapar nadie, pese a lo débiles y flacos que estaban.

A uno de los trabajadores que tuvo la ocurrencia de subir a la terraza se le echaron los perros encima y lo pusieron como una criba de mordiscos. Era un poco despistado y le costó caro, a pesar de que subió pronto el encargado que los cuidaba al oír el escándalo de los perros.

En aquella obra me puso el encargado, señor Toful, a hacer carcazas de hierro. Para ello había que curvar las varillas en varias medidas según el grosor de las vigas. En una de ellas era preciso lograr piezas de siete centímetros y la máquina de curvar lo mínimo que daba eran diez centímetros; pero se me ocurrió que accionando la abrazadera al revés, hacia atrás, saldría una medida más corta, exactamente siete centímetros.

Gritando como un loco como hacía siempre, Toful, como no se te ha ocurrido a ti, tú eres el encargado... le dijo el patrón. No me gustaba aquel ambiente y me marché pronto de aquella empresa.

Yo quería probar otras perspectivas y fui a ver a Martín Almagro al museo, quien me dio varias direcciones, entre ellas una fábrica de Pueblo Nuevo, comprobando los bajos salarios, por lo cual no me interesó, porque no habría podido hacer frente a los gastos mínimos.

Probé en los grandes almacenes El Siglo, el segundo gran almacén en aquel momento en Barcelona y allí sí que me convenció, además de que me gustaba el comercio.

Primero me llamaron para la campaña de Navidad y Reyes, después de una pausa de dos meses, entré ya como fijo y allí seguí 36 años hasta que me jubilé en 1983, julio.

Mi hermana Manuela estaba sirviendo en Valencia y pronto se vino Barcelona; más tarde María y finalmente mi padre y Lorenza, la más joven.

Alquilé una habitación con derecho a cocina en el número 9 de la calle Milans, cerca de Correos, y allí empecé a organizar un poco mi vida. La señora Dolores había quedado viuda y con un hijo de 14 años, Juan Calaf, quedando en una situación precaria, acostumbrada a desenvolverse en la abundancia y en aquellas fechas no existían las pensiones de viudedad. Sufrió trastornos nerviosos los cuales le afectaron a la mente, agravando el problema.

Tuvo necesidad de subarrendar una habitación a un amigo que también trabajaba en la Diputación, quien me propuso compartir el espacio, puesto que era amplia y ella así lo

deseaba. Esto me daba la oportunidad de acercarme al lugar de trabajo y no tenía que coger el tranvía, lo cual me facilitaba las cosas en gran manera: menos gastos, menos tiempo para el traslado y otra nueva zona que no conocía y con diferentes características.

La señora Dolores lo estaba pasando muy mal y pronto comprendí que tenía que ayudarla a salir de aquel trance, de aquel estado tan preocupante para ella, para su hijo y, de rebote, para mí.

Comentando este problema con un compañero del trabajo, me contó que su mujer había sufrido algo parecido y que se había curado con un tratamiento adecuado en el Hospital Clínico. Me dio el nombre del doctor que estaba al frente del departamento y sin perder tiempo fui a orientarme bien.

Informé a la señora Dolores y a su hijo de los trámites que había llevado a cabo y que lo mucho que me preocupaba su estado de salud, y finalmente decidieron probar confiando en la posible mejoría y curación.

El tratamiento consistía en electrochoques, un poco duro hasta que se acostumbró, pero pronto empezó a encontrar mejoría y lo siguió hasta que le dieron el alta. Yo le acompañaba en cada sesión que le daban, pues lo expuse a mi jefe inmediato en la empresa y él me mandó al jefe de personal, dándome toda clase de facilidades sin vacilar.

Siempre he pensado que la solidaridad es uno de los actos más humanos a desarrollar por las personas, que como consecuencia aporta bienes incalculables a los seres humanos, a la sociedad.

Fue pasando el tiempo y creándose una amistad profunda y hermosa. Yo le explicaba mis problemas familiares además de muchas otras cosas, y ellos se mostraron muy comprensibles hasta tal punto que la misma señora Dolores me dijo que hiciera venir a mi padre y mi hermana Lorenza y más adelante tendría oportunidad de encontrar soluciones adecuadas a las circunstancias que se fueran dando.

Supuso una decisión oportuna y acertada y cambió la vida de mi padre y de mi hermana y aunque el salario no daba para tanto, nos fuimos arreglando, si bien con privaciones y estrecheces.

En aquella época, media Barcelona vivíamos de realquilados y muchas familias en barracas por los alrededores de la ciudad. Luego podríamos considerarnos privilegiados, puesto que era un piso en unas condiciones aceptables.

El 18 de enero de 1948 me casé con Isolina (Esperanza) Lanzuela Marco, mi novia de siempre, y seguimos viviendo en el mismo piso hasta el 6 de enero de 1951 que nos trasladamos a la Vía Julia en las Roquetas, a las afueras de Barcelona; pero dentro de la ciudad. Una torre con amplia vivienda y una huerta acondicionada con una balsa de riego y dividida en cinco tablas perfectamente canalizadas, que fuimos preparando para el cultivo de variedad de hortalizas, mejorando paulatinamente nuestro nivel de vida con mucho esfuerzo, eso sí.

Nuestro primer hijo, Agustín, cumplía allí su primer año y el primer día de estar en la torre se fue sólo, comenzó a caminar por el largo pasillo con gran alegría para nosotros, puesto que era un gran acontecimiento en nuestras vidas, desde su nacimiento el día 31 de enero de 1950.

Nos casamos juntos o el mismo día que la hermana de Isolina, Juliana y Manuel, su marido a partir de aquel día 18 de enero de 1948 por la mañana temprano, con la fresca.

La familia de Manuel fue de gran apoyo para todos nosotros, principalmente Aurea y su marido, quienes siempre tenían su casa abierta para todos. Vivían en la calle Vallespí en Sans donde nos encontrábamos jueves y domingo por las tardes hasta que aprendimos a movernos por Barcelona, pero dónde siempre encontrábamos calor y amistad que agradeceremos toda la vida.

Celebramos un refresco, más bien simbólico, todos juntos en el piso en que vivíamos nosotros en la calle Milans, número 9, ya que las posibilidades, eran escasas pero con mucho calor humano.

Cuatro años viviendo y trabajando en Barcelona, muy ricos en vivencias personales y acontecimientos internacionales decisivos como el final de la Segunda Guerra Mundial y sus consecuencias morales para nosotros. Puesto que estábamos siendo víctimas de la represión franquista y la derrota del nazismo y el fascismo nos daba esperanzas de que pronto le llegaría el turno al tirano de España. Desgraciadamente no fue así.

Pasados unos años la clase obrera y otras capas de la sociedad que odiaban al tirano, empezaron a darse cuenta que para liberarse de aquélla opresión no había otro camino que organizarse y luchar de mil maneras contra la opresión. Pronto aparecieron huelgas en Asturias y otras minas del país, zonas industriales de Cataluña y la histórica huelga y boicot de los tranvías de Barcelona, vividos con entusiasmo por los protagonistas, comprobando como el pueblo despertaba, intentando salir de la larga noche de sufrimientos y oscuridad.

Pasaba el tiempo y era confortable ver cómo se iban marcando cambios en el comportamiento de las relaciones humanas y la actitud de los sicarios del régimen que, si bien duros e intransigentes, tenían que tragar la pérdida del miedo de las gentes y el empuje ciudadano. Pues para ellos suponía perder su autoridad y su dominio sobre las conciencias oprimidas del pueblo trabajador español.

Fuimos a vivir a la torre de Vía Julia 90, el día 6 de enero de 1951 y sin pérdida de tiempo nos pusimos a trabajar las parcelas de la huerta y a sembrarla de cebollas, patatas, lechugas, tomates, judías y otras cosas que acercándonos a la primavera era el momento preciso para plantarlas.

Hasta que empezamos a cosechar todos y cada uno de estos productos, pasamos muchas estrecheces, ya que teníamos que devolver un préstamo para pagar el traspaso; pero ya en mayo de ése año cogíamos patatas y cebollas a placer y, aunque el aceite lo teníamos muy escaso según para que guisos, cocidas y asadas estaban pero que muy ricas.

En un rincón hicimos conejeras para criar conejos y así tener otra fuente de alimentación, y en unos cubiertos que había en uno de los lados pusimos pollitos con el fin de seleccionar las hembras para producir huevos para consumo nuestro y vender los sobrantes.

Por consejo de un payés de San Andrés pariente lejano sembramos mucho cebollino, pues los años anteriores se había cotizado bien y a la vuelta de seis meses podríamos sacar un dinerillo para pagar las deudas y aliviar las otras necesidades; pero con tan mala suerte que al parecer todos los payeses pensaron lo mismo y los precios fueron tirados, por superproducción y exceso de oferta, tanto es así que preferimos dejarla para seca y colgarlas en la buhardilla. Pronto llegaron los calores del verano, pudriéndose en cantidad, pese a que Benito y yo ofrecíamos a buen precio a los compañeros y compañeras de trabajo y hete aquí que todos los días salíamos cargados de cebollas Benito y yo para el trabajo durante un tiempo. Así nos ahorramos bastantes pérdidas, pues entre las que vendimos, las que consumimos y las que se pudrieron se acabaron pronto y con ello, nuestra pesadilla.

Aquella experiencia nos enseñó a no cultivar mucha cantidad de una misma cosa y, también, a vender directamente al público o consumidor lo que cosechábamos que, como era fresco y sano, nos lo quitaban de las manos, nos veían cogerlo directamente del huerto.

Las Roquetas en aquella época era una barriada casi aislada de Barcelona y también mal abastecida por la falta de tiendas y nosotros contribuimos a ese fin y de primera calidad, con la ventaja para nosotros de ganarnos unas pesetas para complementar los bajos salarios de entonces.

Era una torre con seis habitaciones, despensa y cocina, dos cuartos de baño, lavadero y un largo pasillo, además de la buhardilla dividida en seis espacios sin enlucir. En una de ellas un depósito de agua de 200 litros que llenábamos por medio de una bomba que partiendo de un pozo de 30 metros de profundidad, llenábamos la balsa de riego y este depósito.

Espacio suficiente para dos familias, la hermana mayor de mi mujer, Leonor, casada con Benito Gálvez, de Caudé. Al principio compartíamos a medias, pero pronto me di cuenta de que no era posible continuar por aquel camino, principalmente por los vicios de Benito y su carácter tramposo y embustero. Partimos la huerta y el espacio de la casa y cada uno fue por su lado, como única forma de salir de aquella situación difícil que atravesábamos.

Nosotros empezamos a explotar la huerta de una forma intensiva sacando hasta tres cosechas al año, sobretodo en acelgas, espinacas, lechugas, y otras cosas; más distanciadas las judías tiernas, tomate y otros, pero aprovechando bien los espacios y la época en que se cultiva mejor cada especie y en menos tiempo.

Pronto superamos los apuros y emprendimos la explotación de las gallinas para la

producción y venta del huevo fresco, recién puesto, con lo cual tuvimos años buenos que nos ayudaron a subir la familia y cubrir muchas de las necesidades, todo esto dedicando mucho tiempo y con mucho sacrificio, si tenemos en cuenta que yo tenía una jornada de trabajo de ocho horas en Grandes Almacenes El Siglo.

El día 3 de septiembre de 1956 nació felizmente nuestro segundo hijo Roque, en la torre de la calle Vía Julia núm. 90 de Barcelona, con mucha emoción y alegría para nosotros. Todo fue bien con la ventaja de que tuvimos una comadrona día y noche durante unos días anteriores y posterior al parto, facilitada por la Seguridad Social que ya empezaba a funcionar bastante bien en aquella época.

Tanto Agustín como Roque se criaron y desarrollaron bien, salvo alguna enfermedad propia de infancia y del clima de Barcelona. Fueron ejemplares y estudiosos, dándonos muchas alegrías a través de los años hasta hacerse hombres y tomar sus propias decisiones, encontrando sus compañeras respectivas, con quienes comparten sus vidas al lado de su hija, Esperanza, Agustín y Carmen; Sergio y Silvia, Roque y Ángeles. Nosotros, sus padres y abuelos, nos sentimos más que dichosos con todos ellos y pensamos que hemos tenido mucha suerte de tener una familia como la que tenemos.

Estuvimos en aquella torre 20 años del 1951 al 1971 pasando de todo, pero en conjunto, el balance es favorablemente bueno, pues en todas circunstancias pasan cosas buenas y otras que no lo son tanto.

La verdad es que eran tiempos muy difíciles y había que sacrificarse mucho para procurar el sustento de una familia y hacer frente a las necesidades más elementales. Esto lo conseguimos y hay que estar contentos por haberlo logrado.

CAPÍTULO XII

Conforme transcurría el tiempo la clase trabajadora nos íbamos organizando en las empresas y en las segundas elecciones sindicales de los años sesenta me presenté como enlace sindical. Saliendo elegido y formando parte del Jurado de empresa como los verticalistas lo denominaban y a partir de la democracia, Comité de empresa, aprobado en el Estatuto de los trabajadores y su publicación.

Cuando empecé a participar en la actividad y cursillos sindicales, las cosas eran más suaves. Es decir, las rigideces y actitudes dictatoriales cedían paso a la tolerancia y ya no suponía un peligro hacer preguntas con sentido profundo o afirmaciones que anteriormente hubiesen supuesto expulsarte e incluso algo más serio como acusarte de comunista, equivalente a encarcelarte.

La empresa donde trabajaba, Grandes Almacenes El Siglo, venía sufriendo crisis periódicas como la del año 1953 en la cual despidieron a bastantes trabajadores y trabajadoras. Si bien muchos se defendieron aprovechando alguna ley favorable y cuando se celebró el juicio en Magistratura, el magistrado lo resolvió a favor de los despedidos, volviendo a readmitirlos a todos los incluidos en el mismo.

Los Condes, dueños de la empresa desde hacía más de un siglo, cinco hermanos, dos de ellos cargados de hijos viviendo de ella como parásitos y tirando de la caja constantemente, causa principal de su decadencia. Terminaron vendiéndola a Almacenes Capitolio, quienes hicieron reformas profundas y reorganizaron el sistema de exposición y ventas de todo el espacio disponible, funcionando aceptablemente durante unos años; pero a mediados de los años sesenta la historia se volvió a repetir, esta vez traspasándola a Almacenes El Águila.

De alguna manera volvieron a modificar el sistema de organización de la empresa y volvió a funcionar otro período de tiempo largo, pero la competencia de El Corte Inglés y Sears y otros, estaba por encima de las posibilidades de estos almacenes pequeños. La consecuencia es que los tres han desaparecido con el tiempo, El Siglo en 1983 definitivamente.

Seguí siendo reelegido en cada elección sindical y participando activamente en la evolución y transformación del sindicato vertical en sindicato de clase, llenando una época en que CC.OO. dominaba la situación y una nueva formación de los servicios jurídicos nos ayudaba abiertamente a los representantes sindicales luchadores en favor del cambio del sistema dictatorial por el democrático y representativo.

En los últimos años cuarenta se trasladó mi familia a Barcelona y algún año más tarde la de mi mujer. Aunque con muchas dificultades, aquí se nos abrió un nuevo horizonte y todos íbamos superando situaciones situándonos más o menos bien, gozando de buena salud que nos ayudaba a salvar momentos difíciles.

El padre de mi mujer, Román Lanzuela Montalar, sufrió en sus carnes la bárbara represión franquista, asesinando a su mujer en el año 1936 y después de la guerra, varios

años de cárcel y posterior libertad condicional, teniéndose que presentar a la Policía Nacional durante años, su vida fue amarga y dura.

Mi padre, Juan José Yuste Salvador, vivió con nosotros hasta 1970 que murió a sus 88 años. Los últimos doce meses los pasó con mis hermanas María y Manuela de los cuales seis los pasó en la cama. Tuvo buena vejez, puesto que hacía lo que le gustaba y gozaba de entera libertad para disponer su tiempo. Siempre disfrutó de buena salud y mejor apetito.

Por aquella torre de Vía Julia 90 pasaron muchos jóvenes de Cella y de Noguera, pueblos donde nacimos mi mujer y yo respectivamente. En los años 60 y 70 iban a ganarse la vida a Francia y otras naciones de Europa para salir de la extrema pobreza en que se encontraba gran parte de la población en España, no tenían posibilidades de salir de ella en su propia patria.

Muchos de ellos tenían que hacer escala en Barcelona y como en casa había espacio, se excusaban de pagar una pensión y llevar así más dinero a la familia. Nosotros estábamos contentos de poder facilitarles las cosas y algunos se quedaron en la ciudad para resolver su vida, cosa que conseguían a medida que pasaba el tiempo, ya que la construcción y la industria crecieron sin parar y con ello la necesidad de mano de obra en casi todos los sectores era grande.

Yo seguía participando en las actividades sindicales, legales y clandestinas. Transcurrían los años sesenta y nos adentrábamos en los setenta en que el sistema franquista hacía agua por todas partes y las clases trabajadoras y los demás sectores contrarios al régimen se organizaban principalmente alrededor de CC.OO. y P.S.U.C. que éramos quienes dábamos el pecho más que nadie y luchábamos para deshacernos de la tiranía de una vez por todas. Las huelgas se sucedían en las empresas y ramos de la producción y las manifestaciones en la calle por una razón u otra estaban a la orden del día, llenando aceras y calzadas a rebosar.

A la hora de negociar los convenios la patronal se resistía a los aumentos de salarios razonables con arreglo a la carestía de la vida y los altos beneficios de las empresas. Estaban acostumbrados a bajos salarios sin que nadie rechistara por temor a la represión, que ejercían sin contemplaciones y, romper esta costumbre o vicio, costó a la clase trabajadora muchos despidos, muchas cárceles, muchas torturas y muchos asesinatos.

En febrero y abril de 1976 en Barcelona hubo manifestaciones enormes, en las cuales las fuerzas de la represión fueron incapaces de detener el empuje de la avalancha del pueblo trabajador junto con otras capas de la sociedad. Viéndose obligadas a retroceder hasta la cárcel Modelo por temor a que fuera asaltada por los manifestantes, aunque no era éste el propósito ni mucho menos.

Era mucho más profundo: acabar con el régimen franquista opresor y después abrir todas las puertas de las prisiones a todos los luchadores por la libertad, con mayúscula, asegurando la defensa de los derechos fundamentales para todos los seres humanos de España.

Cuando cada año se celebran los aniversarios de la Constitución Española o de los sucesos y acontecimientos que acabaron con sistema de la represión franquista, en la propaganda que desarrollan los medios de comunicación tanto la prensa escrita como la televisión, donde nos presentan los personajes que pretenden informar; tratan de inculcar a las gentes que el mérito corresponde al rey, a Suárez o a este o a aquel fante que se ha aprovechado de aquellas circunstancias, situándose en puestos privilegiados, queriéndonos hacer comulgar con ruedas de molino.

Sin menospreciar las aportaciones de personas ocupando puestos decisivos y para evitar derramamientos de sangre inútil, fuimos el pueblo trabajador, las masas populares de hombres y mujeres quienes conquistamos el cambio, quienes impusimos el proceso democrático. Por el contrario, fueron muchos de esos personajes los que impidieron la profundización en los logros y avances sociales, temiendo perder sus sustanciosos privilegios.

En el año 1970 alquilamos un piso frente a donde vivíamos en la misma Vía Julia y dejamos la torre donde habíamos vivido durante 20 años. Precisamente mientras trasladábamos los muebles a la nueva vivienda se presentó licenciado del servicio militar nuestro hijo mayor, Agustín, dándonos una gran alegría, juntándonos la familia completa en el piso tercero primera del número 97 desde la primera noche en esa morada. Vivimos allí hasta el 1977 sin grandes novedades familiares.

Agustín y Roque trabajaban y estudiaban tratando de conseguir con mucho esfuerzo niveles superiores con el propósito de lograr una carrera universitaria, concretamente derecho, que al final alcanzaron. Para una familia obrera es muy difícil soportar los gastos que ello requiere y sólo con el tesón y concienciación de la persona se puede llevar a cabo con posibilidades de éxito.

Los problemas en la empresa se agravaban conforme pasaban los días, viéndonos obligados a funcionar como una especie de cooperativa de trabajadores, tratando de salvar su continuidad y nuestros puestos de trabajo que era lo más importante, todo ello con el consentimiento y autorización de los propietarios de la empresa.

Los acontecimientos políticos se sucedían y las libertades se ampliaban por momentos. Adolfo Suárez ya era presidente del gobierno y las reformas y cambios estaban a la orden del día. La conquista de la calle por las masas populares ya era un hecho incuestionable y los partidos políticos y sindicatos funcionaban sin cortapisas.

Suárez se vio forzado a legalizar el Partido Comunista de España por la presión popular con sus enormes manifestaciones de Madrid, que amenazaban la continuidad del propio gobierno. Por el contrario, el PSOE siempre tuvo el camino allanado, con Felipe González favorable a no legalizar el PCE.

A principios de los sesenta compramos un solar en la zona de Canyelles en cuyo lugar había un núcleo de barracas y casitas pequeñas, hechas con un enorme esfuerzo por sus moradores; pero que representaba una buena solución para su problema de la vivienda y se encontraban felices. Principalmente eran de procedencia andaluza y otros lugares del

país, los menos.

Obligados por la escasez de vivienda y por el cerco de barracas alrededor de Barcelona, el gobierno y las autoridades municipales idearon la construcción de polígonos, a través de la creación del Patronato Municipal de la Vivienda en todas las direcciones, allí donde había espacios libres, sobre todo hacía el Llobregat, hacía el Besòs y la sierra de Collserola.

Para llevar a cabo esta enorme especulación inmobiliaria, una de las hazañas era echar a las gentes que vivían en las zonas afectadas, pagándoles una miseria o mandarlas lejos, lo más lejos posible, a veces empleando la violencia de la policía temible del régimen.

Primero construyeron en esta zona el polígono de la Guineueta y posteriormente el de Canyelles, pretendiendo utilizar los mismos métodos; pero en aquella época la población ya se organizaba para defender sus intereses. Los habitantes de las barracas de Canyelles organizaron la resistencia para impedir que los echarán como venían haciendo en otros polígonos e hicieron su primera manifestación de fuerza cuando empezaron a urbanizar la Vía Favencia. Que afectaba a la parte baja de las chabolas e intentaron hacer abandonarlas por la fuerza, poniéndose delante de las máquinas excavadoras y obligándoles a retroceder y parar las obras.

Estas formas de resistencia no se habían dado antes en ningún lugar de Barcelona y sus alrededores. De inmediato se presentó la Policía Nacional y comenzó el forcejeo entre vecinos y ella; en su mayoría mujeres y niños pequeños, manteniéndose firmes a pesar de que intentaron meterse con los caballos entre la gente. ¡Fue sorprendente y maravilloso!.

Así un día y otro hasta que consiguieron detener las obras y tratar de arreglar las cosas con los afectados. Cada día que pasaba los vecinos estaban más y mejor organizados y al frente de ellos se puso María Ángeles Rivas, una mujer bien preparada culturalmente y con ideas claras de las injusticias hacia las clases pisoteadas, atropelladas por los sicarios del capitalismo franquista.

En las negociaciones con las autoridades consiguieron que los vecinos afectados irían provisionalmente a vivir a la Ciudad Meridiana, con el compromiso de que cuando las viviendas del Polígono Canyelles estuvieran terminadas volverían. Este logro animó a todos los vecinos a unirse en una piña para reivindicaciones posteriores y conseguir de esta forma que a nadie le quitaran su derecho a que le diesen una vivienda digna en el mismo barrio, en el polígono Canyelles de construcción inmediata. Eran momentos difíciles y para asegurar nuestras reivindicaciones tuvimos que hacer manifestaciones ante el Ministerio de Obras Públicas, en el ayuntamiento donde ocupamos una de las salas en varias ocasiones, hasta que nos escucharon y atendieron nuestras exigencias.

Una de las veces que hicimos manifestación estaban en el ayuntamiento Juan Carlos y su señora de visita y aprovechamos esta ocasión intentando forzar el cordón policial para que apercibiesen que Barcelona no era una balsa de aceite precisamente. No logramos romper la barrera de policías ni era ese nuestro propósito; pero las fuerzas represivas se

abstuvieron de repartir estopa y nos trataron de una forma más o menos civilizada, en primera fila se pusieron las mujeres y los niños y hubiese sido un verdadero escándalo ante los futuros reyes de España.

María Ángeles Rivas siempre estuvo al frente de los vecinos dirigiéndonos con acierto, aunque detrás, apoyando a todos estaba el P.S.U.C. y las juventudes comunistas, pues cuando detenían y la llevaban a los juzgados, a las pocas horas se concentraba ante la entrada una buena manifestación pidiendo su inmediata libertad. Además, ella tenía mucha habilidad para demostrar que los delincuentes no eran los vecinos ni ella, sino quienes les negaban sus justas reivindicaciones.

Transcurrían los años setenta y el dictador ya había muerto y los derechos de las clases trabajadoras se iban consiguiendo a través de leyes que los gobiernos de la época se veían obligados a promulgar por la presión popular hacia la conquista de las libertades plenas y, entre ellas, las Asociaciones de Vecinos que de antemano teníamos organizadas.

A partir de su legalización como Asociación de Vecinos, se combinaron las acciones legales con presiones no autorizadas como cortes de calles y manifestaciones y ocupación del Patronato de la Vivienda, hasta lograr aquello que considerábamos era un justo derecho y nadie podía demostrarnos que no tuviéramos razón.

Con la construcción de los bloques C se reivindicó que cada vecino viviendo en el perímetro del polígono Canyelles, tuviese asegurada una vivienda e igualmente para cada hijo casado viviendo con los padres o a punto de casarse.

Las familias numerosas, una de cuatro habitaciones o dos pisos de tres si eran muchos, en el mismo rellano.

Nosotros, mi familia, estábamos viviendo en un piso de alquiler bastante caro para nuestras posibilidades y aprovechando que teníamos una parcela, comprada con la intención de hacernos una torre en el citado polígono, nos consideramos incluidos en esta última reivindicación. Por lo tanto, vivienda para nosotros y para nuestro hijo Agustín, que fue uno de los primeros en casarse, con Carmen García, y ocupar la vivienda que les había tocado por sorteo.

Por la expropiación del solar y demás terrenos se consiguió una indemnización más o menos justa y la vivienda se había de pagar en 24 años, con una entrada de 54.000 Ptas. y el resto en mensualidades de 1800 Ptas. En total salían por casi 500.000 Ptas.

Cuando comenzaron a construir los bloques de pisos C que fueron los primeros, la Asociación de Vecinos exigió la creación de una comisión, formada por vecinos más o menos entendidos en la materia y un arquitecto designado por el Colegio de Arquitectos. Para vigilar y revisar periódicamente la marcha de las obras, con el fin de que no se cometiera algún fraude como venía sucediendo en casos similares.

Entretanto la Junta de la Asociación venía negociando con el Patronato Municipal y con el Ayuntamiento de Barcelona la cuantía y la forma de pago de las indemnizaciones de

los solares, las casitas de barracas y alguna que otra torre bien construida. Nos pagaron lo acordado algún tiempo después de ocupar las viviendas respectivas en 1977, entre mayo y junio la mayoría de las familias.

Nosotros vinimos a vivir a este barrio el día 25 de julio de 1977, después de haber estado 20 años en la torre de Vía Julia, 90 y 7 enfrente, núm. 97, 3º, 1ª. Nuestro hijo Agustín y Carmen en el bloque C-3, 7º 3ª y nosotros con nuestro hijo Roque aún soltero en el de 10, 7º 2ª, donde no solamente nos sentimos felices y muy a gusto, sino que nos consideramos privilegiados estando al pie de la montaña de Collserola. Uno de los lugares más sanos de Barcelona, disfrutando de tanto verde que nos rodea, es decir, pinos y toda una serie de arbustos y plantas produciendo oxígeno en cantidad, defendiéndonos de tanta contaminación.

Desde las ventanas, el lavadero y la pequeña terraza se contempla gran parte de la ciudad, desde el Tibidabo pasando por el Carmelo, la Sagrada Familia hasta la Barceloneta, la Ciudad Olímpica, Pueblo Nuevo y San Martín y la desembocadura del río Besòs en Sant Adrià. Toda la perspectiva hasta alta mar, viendo los barcos que salen del puerto y los que van en dirección a él; los aviones que se dirigen al aeropuerto y que salen de él hacia el norte y al oeste, con una frecuencia a determinadas horas que en algunas ocasiones parece como si fueran a chocar. Éste espectáculo es interesante por la noche que se ve mejor.

Yo dejé de trabajar en los Grandes Almacenes El Siglo en julio de 1981, acogiéndome al reciente estrenado Estatuto de los Trabajadores, artículo 50, a través del cual un trabajador se puede despedir de su empresa como si fuese despido improcedente si se dan tres condiciones: si te hacen desempeñar una categoría inferior de una forma permanente; si se cobra el salario con retraso sistemáticamente y adeudos continuados, y si hay falta de respeto y consideración indebidamente hacia el trabajador sin justificación posible. Como la empresa se declaró insolvente, la indemnización la pagó el Fondo de Compensación Salarial con un 20 por ciento de descuento sobre el total correspondiente.

Precisamente ése año nos dieron un buen susto Armada, Tejero y su camarilla de fascistas, con su intento de golpe de estado del 23 de febrero. No contentos con los cuarenta años de tiranía franquista, querían hacer retroceder la historia otros 40 años otra vez. Porque de haber tenido éxito la intentona, quien sabe lo que hubieran llevado a cabo esos desalmados y si se habría producido otro baño de sangre, represión, violaciones y tortura.

Pasé año y medio en el desempleo y después a la jubilación definitiva, es decir, a una nueva vida de libertad total compartida con mi esposa de una forma permanente y felicidad hasta lo posible, y pese a los contratiempos imposibles de evitar. Nunca me he aburrido porque desprecio la pereza, aprovecho cada instante en aquello que me llena la vida, lo que me gusta hacer con ilusión y entusiasmo.

A los dos años de residir en este barrio se casó nuestro segundo hijo, Roque, con María Ángeles Magén, hija de Ángel y Josefina, padres aragoneses como nosotros. Fueron a vivir a un piso de la calle Las Torres, 28; vivienda de propiedad que adquirimos con gran esfuerzo. O sea que nos quedamos solos en poco tiempo el matrimonio, en camino hacia la vejez. Han tenido dos hijos, Sergio y Silvia, de 15 y 10 años en el momento que escribo

estas líneas.

Como en tantos otros lugares de los alrededores de Barcelona, toda la estructura es nueva, bloques, viviendas en general, colegios, guarderías, jardines, etc. Las gentes que los habitamos somos de todas las regiones de España, quienes vinimos a este país a buscar y encontrar lo que no nos era fácil lograr allí donde nacimos y de alguna manera lo logramos cada uno como pudimos, las cosas necesarias para crearse una perspectiva de vida. Los medios como el trabajo como medio para organizar una familia y habitar una vivienda digna donde desarrollar nuestras capacidades de una manera tranquila y en armonía con nuestro pensar y convicciones.

No ha sido fácil y fueron surgiendo muchos problemas, pero la Asociación de Vecinos ha ido siendo el aglutinante a través del cual se ha plantado cara y se han unido voluntades para resolverlos, para conocernos mejor y aprender a respetarnos como seres humanos que tienen muchos intereses en común, los cuales están por encima del individualismo egoísta.

No es posible dejar de mencionar a las comunidades de escalera, las cuales están representando un papel primordial, ya que son el tronco de la convivencia diaria entre vecinos.

En el año 1982 nos construyeron una torre en el término municipal de Pontons, en la comarca del Alt Penedès, suficiente espacio para cultivar un pequeño huerto donde practicar mis aficiones hortelanas y pasar mucho tiempo, muchos años de nuestra vejez. Felizmente y a gusto, sobre todo los veranos que en la ciudad de Barcelona son agobiantes de calor y humedad. Rodeada de Rosales de diferentes colores, de dalias de tonos variados, un par de frutales de diferentes especies, parras de moscatel blanca y negra, laurelero y otros. Es un lugar ideal para pasar largas temporadas y disfrutar de la naturaleza en cada estación del año.

Prácticamente cuando terminan las rosas, las dalias y otras, empiezan a florecer los ciruelos; les siguen los cerezos, perales, manzanos etc.. Primavera hermosas y veranos agradables, tranquilos.

Cosechábamos en el pequeño huerto patatas, acelgas, tomates, zanahorias, espinacas, judía tierna, nabos y escarolas, además de lechugas casi todo el año.

No es necesario remarcar que todo esto llenaba de contenido nuestra existencia, haciéndonos pasar una vejez llena de satisfacciones, sobre todo cuando subían de vacaciones o fines de semana nuestros hijos y nietos y nietas, todos ellos maravillosos.

La asociación de propietarios de La Ponderosa, nombre de la urbanización, funcionó satisfactoriamente durante los dieciséis años que disfrutamos de aquella propiedad, y las familias que la habitaban, solidarias y buenas gentes con nosotros en todo momento.

Capítulo aparte son las atenciones que recibíamos del señor Sadurní y su familia, Antonia madre e hija. Quienes, además de subirnos a nosotros cada viaje que hacíamos, nos

traían a la torre dos veces por semana todas las cosas que les encargábamos y disponían en su tienda para nuestro sustento diario aparte de la simpatía que nos mostraban siempre, de todo estaremos agradecidos eternamente.

Nos es grato reconocer a Paco Díez y su esposa María Ángeles, las atenciones recibidas por ellos durante los dieciséis años, siempre prestos a ayudarnos cuando los hemos necesitado. Como Presidente de la Asociación de Propietarios, opino que desempeñó eficazmente su cometido en beneficio de todos los socios.

Siempre nos ha preocupado la cultura de nuestros hijos, conscientes de que de ello dependía su futuro y ellos han sido merecedores de esa preocupación, dándonos muchas alegrías durante sus estudios. Nuestra situación económica no nos permitió que siguieran estudios superiores como merecía su capacidad e interés y nuestro máximo deseo; pero ellos por su propia iniciativa y después de estar casados y con hijos, se esforzaron en conseguir superar dificultades y lograr aprobar la carrera de derecho, sin duda apoyados por sus respectivas esposas, colmando nuestra dicha.

Nuestra primera nieta, Esperanza, hija de Agustín y de Mari Carmen, ya ha cumplido diecinueve años y hace el segundo año universitario. Nuestro nieto, Sergio, dieciséis años y Silvia, diez años es la tercera nieta, hijos de Roque y María Ángeles, también son aplicados y esperamos que nos den alegrías en el futuro en ese sentido y en otros muchos.

Llegó un momento en que consideramos mi mujer y yo que mantener la torre, no solamente representaba un enorme sacrificio dado nuestra edad, sino también una sujeción que nos impedía de alguna manera nuestra libertad para conocer otros lugares y recrear nuestro espíritu. Por lo tanto, la vendimos el día 9 de julio de 1997 y el día 11 de ese mismo mes ya estábamos en Ribes de Fresser, situado en el Pirineo catalán en un hotel disfrutando del aire fresco, de los paisajes tan hermosos y de las montañas verdes en pleno verano.

Nuestra vida cambió radicalmente al encontrarnos en aquel ambiente nuevo y agradable. De estar casi aislados, a relacionarte de la noche a la mañana con cientos de personas, tanto en el hotel como en el pueblo, lleno de veraneantes y excursionistas. La mayoría de ellos ocupando el tren cremallera para subir al santuario de Nuria y sus altas montañas, durante cuyo trayecto se contemplan verdaderas maravillas y, al asomarte por las ventanillas, causa verdadero vértigo y temor de que el tren ruede montañas abajo.

CAPÍTULO XIII

La huelga de los Almacenes El Siglo S.A.

El día 25 de julio de 1981 los trabajadores de los Almacenes El Siglo comenzaban una huelga que había de concluir el día 24 de diciembre del mismo año, con una duración de cinco meses. Demasiado tiempo si tenemos en cuenta que la plantilla en su totalidad estaba en huelga y permaneció en la puerta del establecimiento diariamente en las horas de su apertura aguantando el calor del verano y el frío en noviembre y diciembre. Además de las provocaciones montadas por Martínez Garrote, su compañera y cinco esquirols de su empresa, Confecciones Trafalgar, que utilizó constantemente con el fin de cansar, desmoralizar y atemorizar a los trabajadores en huelga para que desistieran de ella.

Curiosamente surtió el efecto contrario pese a las muchas veces que llamaron a la policía y después de hacer acto de presencia ésta condujo a la comisaría a varios trabajadores, especialmente al comité de huelga, terminando en el Juzgado de Guardia alguna de ellas. Cada acto de esta índole unía más a los huelguistas; cada provocación nueva fortalecía más el espíritu de lucha y aguante de los compañeros y compañeras. Sin duda que a esto contribuía en buena parte la solidaridad y apoyo del público que transitaba por la calle Pelayo, calle está muy comercial y popular de Barcelona y concurrida en todo tiempo; el apoyo y solidaridad de los trabajadores y trabajadoras de Grandes Almacenes, del pequeño y mediano comercio que pronto comprendieron la justeza de nuestra lucha y la más que justificada razón de nuestra huelga; el apoyo lógico del sindicato de CC.OO. y sus servicios jurídicos, ya que mayoritariamente estábamos afiliados a él, pero que a título personal, individual es preciso mencionar a la compañera abogada, María Antonia Miralles, siempre presta a ayudarnos en cualquier problema que surgiera y muy eficaz en las interminables negociaciones a cuatro bandas: empresa, Martínez, Banús, y trabajadores.

Los Grandes Almacenes El Siglo S.A. fueron constituidos en los años setenta del siglo XIX por Puerto, Conde y Compañía S.A. con su sede en las Ramblas de Barcelona, entre las calles Pintor Fortuny y Bonsuccés. En un extenso y señorial edificio, donde quedaron instalados los más importantes y lujosos almacenes de España en aquella época, y con el tiempo llegarían a ser los más populares e imprescindibles para la ciudad de Barcelona y su comarca, sobre todo en las tradicionales y suntuosas fiestas de Navidad y Reyes. En estas fiestas los ciudadanos de Barcelona y su región se volcaban sobre estos almacenes, donde se organizaba una gran exposición de juguetes y toda gama de artículos necesarios para satisfacer a cualquier hogar o persona aún los más exigentes. Convirtiéndose así en el soñado y maravilloso paraíso para los niños y en lugar de recreo y regocijo para los mayores.

Contaban los empleados mayores y los viejos y asiduos clientes, que los Almacenes El Siglo eran el lugar de cita y encuentro para las parejas y amigos, y punto de referencia imprescindible para industriales, comerciantes, profesionales y ciudadanos en general. No había hogar medianamente culto sin el dietario de El Siglo, ni despacho, oficina, taller o fábrica que no lo tuviese. Entraba en los almacenes una persona mal vestida y podía salir elegantemente trajeada y calzada; había salón de belleza para señoras y peluquería para caballeros; restaurante, muebles de todas clases, utensilios de cocina y hogar. Algo así

como lo que es actualmente El Corte Inglés, incluso se publicaba un diario con toda clase de información.

Los trabajadores en aquella época eran los mejor pagados de Barcelona e incluso tenían seguro social, médico de cabecera y medicinas pagadas, así como un fondo de larga enfermedad y vejez. Eso sí, tenían una disciplina casi militar con la gente uniformada. Cuando llamaban a alguien a la dirección de personal podía darse por despedido, por leve que fuera la falta. La sección de mozos y envíos a domicilio no tenía prácticamente límite de jornada, siendo súper explotados. Cuentan los más viejos que cuando cerraban las puertas del establecimiento, era obligatorio pasar por envíos a domicilio, donde los cargaban con cestos grandes de mimbre llenos de paquetes para repartir por el casco urbano más cercano a los almacenes. Y, como consecuencia, era corriente terminar el reparto a las once o doce horas de la noche, sin más recompensa o remuneración por ello que las posibles propinas. Negarse suponía el despido, y protestar era exponerse a la represalia organizada por el servicio de orden y vigilancia, con los correspondientes cabos de varas de turno, normalmente retirados o mutilados de las guerras coloniales como la de Cuba o Filipinas. Quien esto relata todavía conoció a uno de éstos tipos muy vejete él, eso sí; pero que todo su vinagre se reflejaba aún en su anciano carácter, de nombre Sánchez, el terror de los empleados. Aguantó el tipo hasta morir, de repente, en la puerta de salida de los envíos a domicilio, a la edad de 90 años.

De alguna manera en los años 40-50 este modelo de organización aún existía (yo entré a trabajar en la empresa en marzo de 1946), pues es necesario tener en cuenta que estábamos en plena dictadura y autarquía franquista y en muchos aspectos se había retrocedido a la época de Fernando VII o los Reyes Católicos. En este período cada empresario era un dictador en potencia, salvo excepciones, claro está. Jamás olvidaré el tiempo que trabajé en una empresa de construcción (Fontcoberta) en Sarriá, al final del paseo Donbosco. Salarios de auténtica hambre, 92 Ptas. a la semana y con un tremendo esfuerzo en el trabajo que terminabas con las manos ensangrentadas y agotado. Un encargado joven, alto, buen mozo, que siempre iba por los altos de la obra para divisar bien a los trabajadores, con una verga en la mano derecha que no vi utilizar, pero gritando y dando órdenes como un tirano. A veces tenía la impresión de que estaba todavía en el batallón disciplinario de Franco haciendo carreteras para emplazamientos de artillería frente al estrecho de Gibraltar, en Punta Paloma, o en el cabo Ferrutx en Artà, Mallorca, donde vi perecer a mucha gente de hambre e inanición, de palizas por la escolta que nos vigilaba y reprimían de una forma bárbara y de pena por ser esclavos y no ser libres. Todo esto por haber luchado al lado de la República, el sistema más democrático y legal que el pueblo en unas elecciones generales se había dado en España, y que nos arrebataron con un levantamiento militar y una guerra suicida y brutal de cerca de tres años.

Todavía viven algunos empleados jubilados en los últimos quince años que recuerdan y cuentan cosas interesantes que ellos vivieron, buenas y malas, pero que se sienten muy orgullosos de haber trabajado en los almacenes El Siglo de las Ramblas y posteriormente en la calle Pelayo núm. 54.

Un tal Rofas, que entró a trabajar en el año 1916, cuenta que ser empleado de Grandes Almacenes El Siglo S.A., en aquella época suponía un privilegio envidiable, por la

categoría del establecimiento, la seguridad de trabajo, o mejores salarios y consideración hacia la dependencia a pesar de la disciplina, especialmente durante la gerencia de Don Ricardo Conde.

Recuerda las reuniones en el centro de dependientes de la Ramblas y las duras luchas para conseguir no trabajar los domingos por las mañanas, para conseguir imponer la jornada de ocho horas semanales y otras muchas reivindicaciones.

Francisco Feliu cuenta que su padre y su hermano mayor había noches que no iban a dormir a su casa cuando tenían que preparar ventas especiales o campañas importantes como Navidades y Reyes y otras. Naturalmente sin recibir remuneración por ello; en todo caso al final del ejercicio comercial, recibían un sobre que ni mucho menos suponía dignificar su esfuerzo, sino motivo de envidias y ponzoñas entre los trabajadores. Si tenemos en cuenta que este compañero nació en 1916, esto sucedía aún en los años veinte, pues él comenzó a trabajar a los doce años. Trabajaban familias enteras y se sucedían hijos a padres y hasta nietos.

Los Grandes Almacenes El Siglo S.A., se quemaron el día 25 de diciembre de 1932, se supone que de un cortocircuito en los escaparates de juguetes sobre una maqueta, donde había instalado un tren eléctrico.

Cuentan que se extendió con tal rapidez que a los bomberos les fue del todo imposible atajar el fuego, quedando totalmente destruidos y, como consecuencia, originándose un verdadero drama a los empleados y sus familias.

Conde, Puerto y Cía. S.A. decidieron reconstruir el edificio y volver a poner en marcha el establecimiento modernizado incluso; pero los trabajadores de la construcción de la comarca iniciaron una huelga en ese preciso momento que duró un mes, y quedando las obras paralizadas, desistieron posteriormente del empeño. Sin embargo, esta vez sólo los hermanos Conde, Eduardo, Cecilia, Javier y Mario, resolvieron instalar la sociedad en la calle Pelayo, 54 en la antigua Casa Damiáns de exposición y venta de maquinaria pesada. Un gran edificio de hormigón armado, con seis plantas y sótano y una superficie entre ocho y diez mil metros cuadrados, local este alquilado y adaptado a las actividades propias de grandes almacenes.

Fue inaugurado en 1933 con la mayor parte de los antiguos empleados de las Ramblas y hay quien dice, yo lo oía a menudo, que desde la quema de El Siglo, ya no levantó cabeza. Y de alguna manera es cierto, pues ha ido de crisis en crisis y cambiando de manos varias veces hasta llegar a la larga huelga de cinco meses que parecía el fin de la empresa.

Cuando entré yo en El Siglo empecé de mozo de almacén y la sección de envíos a domicilio que se correspondían. Esto era en marzo de 1946 y pronto me mandaron de repartidor con uno de los camiones Ford, cinco o seis que poseía en aquellas circunstancias la empresa; pero que cada semana iba con un chófer distinto, chóferes que llevaban trabajando entre veinte y treinta años en la empresa y alguno de ellos acercándose a los cincuenta. Corriendo, circulando por calles y barriadas de Barcelona durante ocho largos

años me fueron contando cada uno su historia, sus vicisitudes de muchos años de empleados en la empresa, que teniendo en cuenta los acontecimientos en los años veinte, en los años treinta, en los años cuarenta, etcétera en la historia de España, aunque sencillos, muy interesantes relatos de aquellos trabajadores del volante.

Cuando hablaban con nostalgia de la otra casa, de El Siglo de las Ramblas; de los veinticinco o treinta camiones Ford de reparto haciendo los circuitos de distribución de mercancías compradas por cuentacorrentistas y demás clientes fuera de Barcelona; por Badalona-Mataró, Montcada- Granollers, Rubí-Sabadell, Terrassa-Manresa, Molins de Rey-Vilafranca del Penedès- Igualada, El Prat- Sitges. La cantidad de anécdotas, episodios y vicisitudes que vivieron corriendo por esas carreteras y pueblos de día y de noche, porque hasta que no se acababa el reparto no volvían al garaje en Barcelona, fuese la hora que fuese. Incluso tener avería no suponía justificación suficiente para no terminar el trabajo y a esto todos lo temían.

Contaban estos compañeros que cuando al estallar la guerra civil de 1936 huyeron los propietarios de las lujosas torres de Sarriá, luego fueron ocupadas por los dirigentes de la C.N.T.-F.A.I. y los veían gozando con sus queridas y a veces con juergas y orgías. Pensaban qué revolución era aquella o qué revolucionarios eran aquellos hombres que daban tan mal ejemplo. Teniendo en cuenta que la mayoría de aquellos trabajadores del volante estaban afiliados a la C.N.T., no comprendían esa forma de comportamiento mientras se estaba librando una guerra civil cruenta y revolucionaria que no se podía ganar sin sacrificio y luchando tenazmente, y mientras, caían diariamente cientos de compañeros en los frentes de batalla luchando como desesperados contra los que anteriormente ocupaban las mismas torres.

Estos trabajadores vivieron una experiencia en la empresa Grandes Almacenes El Siglo S.A., digna de tenerse en cuenta y de analizar detenidamente. En julio de 1936 cuando estalló la guerra civil huyeron de Barcelona los propietarios de la empresa y tuvieron que hacerse cargo de su gestión los empleados, formando una cooperativa de trabajadores hasta febrero de 1939 que ocuparon los franquistas la ciudad y volvieron a hacerse cargo los Condes o antiguos dueños.

Cuando los Condes inauguraron El Siglo en su nuevo domicilio de la calle Pelayo, 54, es de suponer que adquirieron grandes deudas con créditos de los bancos y con los proveedores habituales en la época anterior. Añadiendo a esto la crisis económica que venía padeciendo España y el mundo desde hacía años, el caso es que cuando se fueron tenían grandes descubiertos en varios bancos y muchas deudas con los suministradores de mercancías de todo tipo, hasta tal punto que la empresa estaba al borde de la quiebra. Pero al huir a Francia los propietarios de la empresa para pasar con posterioridad a la zona franquista y hacerse cargo de su gestión los trabajadores y pese a las consecuencias de la guerra, pese a todas las contrariedades y dificultades para abastecer y llenar de mercancías los almacenes diariamente e inconvenientes hasta reorganizarse, ya que hubo algunos roces entre la C.N.T. y la U.G.T., los trabajadores la levantaron hasta el punto de que cubrieron el enorme pasivo que dejaron los Condes, pagaron las deudas a los proveedores y los descubiertos en los bancos. Cuando en febrero de 1939 los propietarios regresaron a Barcelona, se encontraron con los almacenes llenos de mercaderías y depósitos importantes

de dinero en los bancos donde en el 36 estaban empeñados. Cobraban buenos salarios mensuales y se repartían beneficios periódicos que en algunos casos superaban los salarios normales. Todo esto en el corto período del 18 de julio de 1936 al 26 de enero de 1939, lo que pone de manifiesto que hubo una buena autogestión por parte de los trabajadores, por primera vez en la historia de la empresa elegidos democráticamente los responsables de cada departamento y de la dirección de la empresa por ellos mismos.

Es preciso señalar que al hacerse cargo de nuevo los propietarios y comprobar el resultado de la autogestión de los trabajadores en tan corto período de tiempo, respetaron la dirección que ellos mismos habían elegido y no tomaron ningún tipo de represalias contra ningún empleado y pese a la dureza de la represión del régimen franquista conforme iban ocupando la zona republicana.

Aunque al principio de la autogestión se introdujeron algunos dirigentes de la C.N.T. con sus pistolones y trataron de imponerse, la influencia de la U.G.T. Entre los empleados era aplastante, además de que a algunos trabajadores afiliados a la C.N.T. no les gustaron los métodos que emplearon sus dirigentes, retirándoles pronto su confianza y apoyo, imponiéndose los criterios de organización y gestión de la U.G.T.

Aparte de la estructura propia de un gran almacén como son jefes de sección, de almacén, de personal, de ventas, compras; secciones de recepción de mercaderías, de mozos y envíos a domicilio, con sus correspondientes despachos y oficinas, había el Consejo de Empresa o Comité de dirección, en el cual estaban representados proporcionalmente todas las categorías de empleados y que a juzgar por el resultado de la autogestión llevada a cabo por los propios trabajadores, funcionó eficientemente.

Sin embargo, a partir de 1939 que volvieron a imponer los métodos anteriores a la autogestión y el gobierno franquista decretó el más rígido racionamiento de casi todos los artículos, desarrollándose como consecuencia escandalosamente el tristemente célebre estraperlo, empezando de inmediato las dificultades de financiación y sostenimiento de la empresa. Si a todo esto añadimos el parasitismo que creó el que tuviesen que vivir de la caja de El Siglo las cinco familias numerosas que eran los hermanos Conde, con sus vicios y caprichos...

Los empleados comentaban que el gerente, don Eduardo Conde, era demasiado blando con sus hermanos; pero yo añadiría que demasiado tolerante con los jefes que le rodeaban. No permitió que en su empresa se practicara el estraperlo, medio que utilizaron la mayoría de los empresarios para llevar a cabo una acumulación rápida de capital y en algunos casos brutal, tanto más con los bajos salarios que impuso el franquismo en los primeros veinte años, hasta que la clase trabajadora consiguió reorganizarse y fue conquistando más derechos, mayores remuneraciones, mejores condiciones de trabajo.

Por el contrario, jefes compradores y jefes de venta, sí que practicaron el estraperlo valiéndose del nombre de El Siglo, sobre todo los tejidos, y empleando los camiones de la empresa y a los trabajadores de la sección de mozos y de envíos para sacarlos del fabricante y llevarlos directamente al estraperlista. De esto fui testigo desde el año 1944 hasta muy adelantados los años cincuenta, ya que cargue con el trabajo de traslado de un lugar a otro.

En razón de esta facilidad de acumulación de capital, surgieron aquí y allá muchos empresarios sin escrúpulos, muchas empresas que siguieron beneficiándose de la legalización del estraperlo y posteriormente con la apertura al mundo exterior y la importación de las nuevas modas para la juventud, como el pantalón tejano y otros, que eso sí que ha supuesto una verdadera especulación, ya que los márgenes comerciales han pasado a veces del mil por ciento. Esto lo saben bien los compañeros y compañeras de grandes almacenes y del comercio de los textiles.

Empresarios que estaban acostumbrados a fáciles negocios, a abundantes beneficios; pero que sus empresas funcionaban por este hecho, por este medio, no por su capacidad empresarial. Y también en razón de los bajos salarios pagados a los trabajadores de una forma permanente durante décadas. Al presentarse la crisis, al llegar los tiempos difíciles, muchas de estas empresas van cayendo con la misma facilidad con que surgieron, a pesar de que siguen pagando bajos salarios e incluso mucho del llamado trabajo negro o clandestino, sin seguridad social y sueldos por debajo del salario mínimo; más horas de la jornada legal sin remunerar, es decir, sin cobrar un céntimo por ellas y siempre con amenazas de despido si reclaman o si se afilian a un sindicato de clase, muy especialmente si éste es CC.OO..

A finales de los años cuarenta Grandes Almacenes El Siglo S.A., ensayaron una imitación de los métodos de venta americana y a plazos a través de doce letras o más, para cuyo fin crearon una sociedad, GAESA, dedicando buena parte de los dependientes jóvenes a conseguir clientes, comprobar su solvencia y cobrar las letras de los morosos. Sin duda que se entregaron a ello con entusiasmo, quizá estimulados por la comisión que les ofrecieron, pero que terminó con un estrepitoso fracaso, posiblemente por carecer de la experiencia necesaria y no disponer de los suficientes medios económicos para desarrollar este nuevo sistema o bien por la incapacidad de los organizadores. La consecuencia ha sido que a partir de ese fracaso se agudizó la crisis en la empresa, crisis que ha seguido empeorando hasta llegar a una situación límite.

En estos años el movimiento obrero en Almacenes El Siglo empezó a organizarse clandestinamente en la C.N.T. y en el P.S.U.C., sobre todo al terminar la Segunda Guerra Mundial y crearse las falsas esperanzas de cambio, más tarde frustradas, pues detuvieron a dos compañeros de la C.N.T. y uno de ellos estuvo varios años en la cárcel. Dando este hecho motivo a desarrollarse la solidaridad de tal manera que cuando se cobraba el salario, todos los empleados aportaban una cantidad, superando con creces la remuneración que le correspondía cobrar, dinero que todo el tiempo recibió para él y sus compañeros presos. La respuesta fue espontánea y formidable de todos los trabajadores y trabajadoras de la empresa. Pocos se olvidaban de ésta aportación cuando cobraban, recogiendo los propios jefes de sección la solidaridad de cada semana.

Es de notar que los Condes o propietarios de la empresa no solamente no pusieron ninguna traba o impedimento, sino que el mismo gerente, don Eduardo Conde, contribuyó varias veces con ciertas cantidades.

Con toda seguridad que este hecho dio confianza a la gente y a partir de entonces se

hablaba de política y de los problemas sociales y en contra de la Dictadura. En la huelga llamada de los Tranvías del año 1951, fue de las primeras empresas que fueron a la huelga y no se abrieron las puertas hasta que la autoridad gubernativa obligó a ello.

Siempre estuvieron al corriente de las cotizaciones a la seguridad social, pese a las dificultades económicas por las que atravesaba la empresa y los salarios al día, un poco por encima de las disposiciones legales, hasta que se empezaron a negociar convenios que se aplicaban con carácter inmediato, con la vigilancia permanente de los representantes sindicales.

Opino que en aquellos años se desarrolló un ambiente de tolerancia y compañerismo que aún perdura, pese a que han pasado posteriormente direcciones bastante reaccionarias y algún franquista con pistola al cinto que se dice vulgarmente. Pero que nunca han conseguido doblegar a los trabajadores, porque éstos han opuesto la suficiente resistencia como para consumir o aburrir a cualquiera que se haya propuesto imponer una disciplina injusta o caprichosa.

En el año 1953 los almacenes El Siglo fueron vendidos o traspasados por los Condes a almacenes Capitolio, con todo el personal, que en aquella época seríamos doscientos cincuenta trabajadores. La orientación comercial que aplicó la nueva dirección o propietarios supuso un nuevo fracaso, ya que estos mismos almacenes volvieron a traspasarlos a los almacenes El Águila diez años más tarde.

Almacenes Capitolio estructuró la empresa como un almacén de categoría, completando todas las secciones con el personal necesario y creó otras nuevas, para cuyo fin contrataron unos cien trabajadores más; llevaron a cabo reformas de construcción importantes, como poner suelos nuevos, bajar los techos con cielo raso, porque eran muy altos e incluso hicieron un altillo para bar-restaurante. Modificaron la planta de la calle Tallers y el sótano, independizando la entrada de mercancías de la salida de envíos, etc. Sin embargo, no instalaron escaleras automáticas en aquellas fechas imprescindibles para unos grandes almacenes de esa categoría, tanto mas habiendo un servicio de ascensores viejos, lentos y anticuados.

Sin lugar a dudas que también influyó, yo diría decisivamente, la capacidad y moralidad de la nueva dirección con un espíritu arribista e impositivo y sin escuchar sugerencias ni observaciones de los empleados con experiencia, y, además, con tendencia a la corrupción económica de la flamante dirección.

Llevaron a cabo varias experiencias como el artículo del día o el incremento de ventas a plazos; sin embargo, pronto comenzaron a cerrar plantas por arriba y en el año 1958 presentaron un expediente de crisis afectando a un 70% del personal, aplicándolo de una forma arbitraria y sin respetar la antigüedad de los empleados ni otros derechos adquiridos. Esto originó una gran resistencia por parte de los trabajadores despedidos con reuniones diarias en el sindicato vertical, en la plaza de Cataluña o en el pasaje 1800, sito entre el mercado de la Boquería y la calle del Carmen. Así pasaron más de cinco meses; muchos, desesperados, fueron aceptando la indemnización que ofrecían.

La Empresa y otros recurrieron a Magistratura ganando el juicio y aunque el empresario recurrió a la dirección de trabajo no tuvo éxito, si bien tuvo a los componentes del Jurado y a algunos más dos años sin cobrar un duro; pero se vieron obligados a abonarles íntegros los salarios de todo ese tiempo.

O sea que Almacenes EL SIGLO sufrió en aquella época lo que tantas Empresas padecen desde que la crisis comenzó, años 73-75, y que las luchas que los trabajadores y trabajadoras tuvieron que sostener considerando que se desarrollaron en pleno periodo franquista, pues la Delegación de Trabajo y el Gobierno Civil les tomaron el pelo y no digamos el Sindicato Vertical. La solidaridad de los que quedamos en la empresa fue nula, es decir, nadie movió un dedo.

Con el 30% del personal y utilizando solamente la planta baja de la calle Pelayo, siguieron abiertos los almacenes al público a trancas y barrancas hasta que en 1963 Almacenes “El Capitolio” se lo traspasó a los Almacenes “El Águila”, siendo los Trujillo y Julio Muñoz de almacenes “El Siglo” los nuevos propietarios.

Los nuevos empresarios pusieron en marcha otra vez toda la capacidad del espacio disponible para la venta, unos 8.000 metros cuadrados, comenzando e funcionar relativamente bien durante unos años. También contrataron nuevo personal, pero sin llegar a 200 entre toda la dependencia de “El Siglo”, gestionando la gerencia del Almacén varias personas en cortos periodos, algunas de ellas bastante pintorescas y poco honradas.

Uno de estos Gerentes fue un tal Frías a quien los trabajadores le llamábamos “el bilbaíno” quien impuso su tiranía personal creyendo que de esa forma conseguirían hacer funcionar bien los almacenes y que con sus métodos lograrían éxitos inmediatos y funcionó por algún tiempo, pero terminó fracasando como los anteriores. Sin predicar y exigir dando el ejemplo, entregándose al robo, abusando de su autoridad y utilizando a empleados adictos y sumisos para estos fines, pronto una empresa por fuerte que esta sea. Dedicándose a conquistar dependientas bien plantadas para sus satisfacciones sexuales y machistas, pronto pierde autoridad con los empleados y empleadas y se convierte en bufón de todos al percibirse de su catadura moral y corrupción personal.

Nunca he comprendido cómo los capitalistas propietarios de las empresas, dejan en manos de sus cuadros directivos la dirección de las mismas y no son capaces de controlar su gestión, cuando la mayoría de los empleados y empleadas se dan cuenta de su mala administración, siendo tema de conversación y causa de desmoralización y, por tanto, contribución a su ruina.

Hace que estoy en Almacenes El Siglo 35 años y en este tiempo he presenciado aproximadamente una Gerencia cada 10 años, salvo los últimos que cambiaba cada tres o cada dos; pero la mayoría han saltado por ladrones y fraudulentamente. Sin embargo, nadie ha ido a parar a la cárcel.

Esta Empresa está maldecida desde que en 1933 se quemó como dicen antiguos clientes y la verdad es que nunca hemos tenido la suerte de topar con una dirección medianamente honrada, capaz y responsable. Todos tienen prisa en hacerse ricos a costa de

los trabajadores, quienes somos los que pagamos el pato y quien sufrimos la tragedia de quedarnos sin trabajo.

Sin embargo, maduran la conciencia de los trabajadores/as de tal forma que los hace capaces de aguantar meses y meses sin cobrar un céntimo resistiendo una huelga indefinida y con la presencia diaria en el vestíbulo de la Empresa como único medio para intentar salvar su puesto de trabajo.

Al Gerente mencionado anteriormente le sucedió un tal Pastor, antiguo empleado de la Empresa y jefe de gastos quien ya tenía historia en este sentido. A partir de principios de los años 1940, el franquismo nos “ilustró” a todos los españoles con la cultura enlatada del fútbol, la fiesta nacional de los toros y las películas rancias y retrógradas de amor... De todas fue el fútbol con sus quinielas lo que cuajó, la que más profundamente penetró en la conciencia de las gentes de tal manera que lo arrastraremos por los siglos de los siglos heredándolo generación tras generación. Como en todos los aspectos de la vida, pronto salieron personas y organizaciones dispuestas a aprovecharse de esta nueva pasión, a explotar esta locura colectiva como una mercancía más.

En Barcelona crearon, en combinación con la revista deportiva semanal “Dicen” una hoja de información rápida e inmediata de los resultados de los partidos llamada “Compruebe su Quiniela” que se vendía a precio abusivo al salir de los campos de donde se jugaban los partidos, en las plazas y calles, salidas de metro estratégicas que con el ansia de comprobar si habían acertado su quiniela, la afición pagaba a gusto lo que le pidieran, aunque después recibiera una decepción. Pues bien, uno de los jefes de “ El Siglo” apellidado Pastor componente del equipo “Compruebe su Quiniela” utilizó los talleres de la Empresa y a sus trabajadores con horas extraordinarias a cargo de la misma inclusive, con fines personales o en provecho de dicha Sociedad. Es más, obtenía con volantes de las cuentas corrientes que tenía la Empresa parte de los materiales que necesitó para hacer los marcadores de la ferretería “Hermanos Marsal” además de apropiarse de una serie de materiales útiles para este fin.

Si relato todo esto es con el fin de demostrar que las causas de la ruina de la Empresa no somos los trabajadores como quieren culparnos los empresarios y el mismo Gobierno, sino la corrupción y la mala administración de los responsables de su gestión.

Los “Grandes Almacenes El Siglo” abrieron una serie de sucursales por las principales ciudades de España, ya en el Siglo XIX cuando se fundó la Empresa, sucursales que eran abastecidas por una Sociedad llamada GAESA, SOCIEDAD ANÓNIMA de distribución y que a través de los años fue cerrando unas y abriendo otras; pero cuando pasó a manos de “Almacenes El Capitol” esa Sociedad fue separada del tronco y ya quedó propiedad de dichos Almacenes, cuando traspasaron o vendieron a “Almacenes El Águila la empresa “El Siglo”.

Precisamente a finales de los años 1960 almacenes “El Águila” entró en una crisis que ya no pudo superar y fue eliminando sus propias sucursales una tras otra de cuantas poseían en muchas ciudades de la Península y algunas de ellas, al decir de los empleados que las dirigían, de forma fraudulenta en provecho de la burocracia que llevaba a cabo estas

operaciones de venta y liquidación, quedando como propietarios.

Los ex Dictadores de la República Dominicana, los Trujillo y los Muñoz Ramonet se asociaron en la explotación de varias empresas; pero a los pocos años rompieron sus relaciones sucediéndose en la dirección de las empresas por medio de juicios ganados o perdidos por unos u otros. De Almacenes “El Águila” quedó definitivamente dueño o propietario Julio Muñoz Ramonet y por lo tanto de Almacenes “El Siglo”.

Los planes de este Sr. eran liquidar totalmente Almacenes “El Águila” después de deshacerse de todas las sucursales incluida Almacenes “El Siglo” para cuyo fin el Gerente propuso al Jurado de Empresa el pase de toda la plantilla de “El Siglo” a Almacenes “El Águila” en febrero de 1975, prometiendo a los trabajadores, no solamente la seguridad en el puesto de trabajo, sino respetando la categoría, la antigüedad y todos los derechos adquiridos.

Naturalmente rechazamos esas propuestas porque sabíamos cuales eran sus verdaderas intenciones y creíamos que nuestro puesto de trabajo estaba seguro por mas tiempo defendiéndolo con uñas y dientes con la continuidad de nuestra empresa por ser una entidad diferente a pesar de depender de Almacenes “El Águila”. Sin duda que esto no resultó fácil y hubo reuniones tormentosas sin faltar el lucimiento al cinto que gustaba lucir al Gerente en aquellos tiempos y las amenazas veladas persona por persona de sus lacayos.

Conseguimos hacer una asamblea en el Sindicato Vertical, pues en aquellos tiempos todo estaba muy restringido y controlado por el Régimen Franquista, presidida por el Presidente del Sindicato de Actividades Diversas un tal Baena Molina, comenzó la sesión haciéndonos las misma ofertas que el Gerente de la Empresa con las mismas seguridades y toda una serie de ventajas. Cuando terminó su intervención pidió la palabra el Secretario del Jurado de Empresa, quien empezó diciendo que se notaba que había estado comiendo con el Patrón y que los trabajadores sabíamos lo que queríamos y las verdaderas intenciones de la Gerencia de Almacenes “El Águila” por lo tanto, que nos dejaran desarrollar la Asamblea a nuestra manera y libremente tomaríamos nuestras decisiones. Así aceptó e incluso al ver o presenciar la decisión de todos los trabajadores apoyando las propuestas del Jurado de Empresa, él mismo nos apoyó y mandó levantar el Acta de los acuerdos después de debatidos, herramienta esta imprescindible para organizar adecuadamente la defensa de nuestro puesto de trabajo y permanencia de la Empresa G.A.”El Siglo”S.A.

Y en este punto, en este momento comienza un verdadero calvario para los/as trabajadores/as de los Almacenes “El Siglo”, especialmente para los compañeros que dirigían la lucha y también la huelga de cinco meses, la mas larga de la historia de Grandes Almacenes y del Comercio. La huelga que ha hecho posible que la Empresa siga funcionando y todos los puestos de trabajo sigan en su sitio.

En febrero de 1975 la plantilla de la empresa había quedado reducida a 62 trabajadores, por el goteo de compañeros y compañeras que se jubilaban; que viendo la crisis permanente de la Empresa se buscaban otro empleo más seguro; compañeras que se casaban y dejaban de trabajar y otras causas sin reponer los puestos vacantes, fueron

cerrando las plantas una tras otra quedando para la venta exclusivamente la planta que da a la calle Pelayo.

Posteriormente ésta a su vez quedó reducida a una tercera parte de su espacio aprovechable durante un tiempo.

Desde febrero de 1975 hasta finales de ese año fue de lucha diaria para contrarrestar las infinitas presiones de la empresa para que nos rindiéramos a sus propósitos. Estuvimos seis meses sin cobrar ni un céntimo por cuyo motivo algunas compañeras jóvenes encontraron otro trabajo y cogieron la liquidación, no la indemnización que por lo demás no ofrecieron ninguna. Emplearon la táctica del pacto del hambre para rendir a los trabajadores. Solo uno de los empleados aceptó finalmente pasar a la plantilla de Almacenes “El Águila” uno de los cómplices del Gerente a quien pagaron de inmediato los salarios pendientes, viniendo posteriormente por “El Siglo” haciendo dientes y propaganda para que otros le siguieran, táctica que no les dio resultado alguno.

Seleccionaron 16 dependientas para atender el espacio que dispusieron y, como no, para dividir a los trabajadores, pues a los demás nos arrinconaron meses y meses para desesperarnos, aburrirnos y rendirnos, pero también le falló. Por el contrario, a los componentes del Jurado de Empresa nos fue de maravilla porque nos proporcionó tiempo para movernos y organizar nuestra defensa contra un Expediente de Regulación de Empleo total, como último intento para conseguir someternos y desprenderse de trabajadores indomables que tantos perjuicios causaban a sus planes de especulación y fraudes como habían conseguido con la liquidación de las sucursales.

No puedo negar que consiguieron dividirnos durante unos días en dos grupos; uno, el mas numeroso, que desde un principio decidimos defender el mantenimiento de la Empresa a toda costa y nuestro puesto de trabajo porque sabíamos que se avecinaban tiempos difíciles y para la mayoría sin posibilidad de encontrar otro empleo, pese a que en esos momentos y a través del Estatuto de los Trabajadores, gracias a la lucha de toda nuestra clase trabajadora, que el cobro del Desempleo duraba dos años con el 80 % del salario; También, recogía la indemnización a través del Fondo de Garantía Salarial puesto que la Empresa era insolvente al no poseer activo alguno si no era el posible traspaso y era insolvente.

El otro grupo, compuesto por unos cuantos empleados, veía una salida cómoda y fácil ante la perspectiva de tirarse dos años viviendo cómodamente cobrando el desempleo y una importante indemnización del Fondo Salarial como si el tiempo no pasara y todo se acaba. Sin embargo, al ver la voluntad de la mayoría pronto formamos una piña y unidos con decisión contra todos los planes de liquidación de la Empresa y despido de los trabajadores.

Al poco tiempo de rechazar el pase de la plantilla a los Almacenes “El Águila”; la Dirección de ésta última empezó el proceso de liquidación, proceso al que los empleados y el Jurado de empresa se opusieron con decisión, comenzando esta defensa con la presentación de una querrela criminal fraudulenta ante el Juzgado nº 1 de Barcelona, querrela que a pesar del apoyo de los servicios jurídicos del Sindicato Vertical con su

Director al frente, la resolvieron a favor de la Empresa, posiblemente por la enorme influencia que tenía en el régimen franquista los Muñoz Ramonet. La justicia en aquel sistema no era independiente del Ejecutivo y era fácil la manipulación por una influencia tan poderosa.

El Jurado de Empresa de “El Siglo” entramos a formar parte de esa querrela a través de una acta notarial que solicitamos al abogado laboralista, llevándola con mucha cautela, es decir, clandestinamente.

El resultado de aquella querrela desmoralizó al Jurado y mucho más a los trabajadores de tal manera que a la hora de defender su puesto de trabajo, de luchar para impedir su desaparición, no hubo unidad ni criterios claros de cual debía ser su estrategia. Posteriormente oí críticas hacia Solé Barberá por parte de los trabajadores responsabilizándole en parte, e incluso que se había vendido. Este mismo abogado nos defendió a los trabajadores de El siglo y estos almacenes siguen funcionando y la plantilla trabajando. Yo creo que los seres humanos tenemos la tendencia de culpar a los demás de nuestros propios fracasos para justificar nuestros fallos, nuestra falta de espíritu de lucha en estos casos, nuestra propia cobardía. Nos gusta que nos den todo masticado y que los demás se arriesguen por nosotros sin tener en cuenta factores elementales. Los abogados laboralistas han sido valientes defendiendo los intereses de los trabajadores y han sufrido persecución por ello. Para que el resultado sea positivo, los trabajadores han de estar dispuestos a luchar para defender sus derechos y esto cuesta sacrificios.

Yo opino que entre los trabajadores de “El Águila” no había voluntad, no había decisión de defender su puesto de trabajo y la permanencia de la Empresa a toda costa, pues así lo comprobé en los muchos contactos que tuve con los componentes del Jurado y otros trabajadores de esa Empresa, sobre todo en las muchas horas empleadas con ellos en el despacho de Solé Barberá esperando nuestro turno, por la enorme cantidad de trabajadores que lo frecuentaban en busca de justicia frente a los muchos atropellos cometidos por los empresarios sin escrúpulos en el régimen franquista, incumpliendo las pocas leyes que los protegían de alguna manera.

Bien es verdad que el egoísmo de muchos Empresarios es insaciable y no respetan las leyes en ningún sistema político; pero con libertades democráticas permiten defender sus intereses a través de los Sindicatos o por otros medios sin temor a ir a parar a la cárcel por ello.

CAPÍTULO XIV

En julio de 1975 se resolvió el Expediente de Regulación y Empleo a favor de los trabajadores despedidos de Almacenes “El Siglo” quizás porque fueron acertados nuestros planteamientos y el asesoramiento del abogado Laboralista Solé Barberá, de acuerdo con los empleados. También influyó decisivamente nuestra labor de información al inspector de Trabajo Sr. Garzón convenciéndole que era viable y posible el funcionamiento del Establecimiento formando una cooperativa de Trabajadores.

Fue casi anecdótico el desarrollo de la última sesión que tuvimos en la Delegación de Trabajo la Empresa, representada por el Administrador Judicial Sr. Usón, Inspector de Trabajo Sr. Garzón, El abogado laboralista y los trabajadores. Comenzó el Sr. Usón diciendo que la empresa estaba arruinada y sin ningún activo y las acciones no valían nada. Bien, dijo el Sr. Barberá: con la deuda que tienen con los trabajadores, estos dan un alor y se quedan con ellas. Efectivamente, confirmó el inspector de Trabajo Sr. Garzón: la Empresa no tiene porqué seguir perdiendo dinero, los trabajadores se hacen cargo de ella y forman una Cooperativa de Trabajadores. Nosotros insistimos en esta viabilidad y demostramos que éramos capaces de rehacerla por medio de una autogestión y participación activa de los trabajadores. Está claro que el Sr. Usón rechazó de plano esta solución que de ninguna manera podía permitirse semejante propósito. No obstante; al no aceptar esta solución la empresa, los componentes del Jurado de Empresa le propusimos la autorización de una comisión de seis trabajadores para gestionar el funcionamiento de los Almacenes mientras buscaban dar salida a este complicado problema, con el fin de comenzar a cobrar nuestros salarios, pagar la Seguridad Social, consumo de luz y teléfono, alquiler e impuestos como el de radicación, etc. Esta propuesta fue aceptada sin inconveniente alguno por la dirección de la Empresa, es decir, por el administrador Judicial Sr. Usón, si bien impuso como principal responsable a un tal Daroca quien a los trabajadores no les hizo mucha gracia, porque había sido como liquidador de los Almacenes y como cabo de baras, además de un carácter extraño medio neurasténico, autoritario y despótico.

El crédito de “El Siglo” entre sus acreedores había bajado a nivel cero, hasta tal punto que pocos se decidieron a suministrarnos género, artículos para la venta, pese a que les ofrecíamos unos contratos de depósito donde podrían cobrar al día siguiente los artículos vendidos. La Comisión y algunos Jefes de Sección nos movimos por Barcelona y sus alrededores visitando a fabricantes y proveedores informándoles de la nueva orientación y nuestra propuesta de contrato; pero rechazaban sin contemplaciones semejante idea y yo diría que nos miraban como a bichos raros e incluso pensarían: qué ilusos...

Sin embargo; cinco o seis almacenistas de artículos para vestir principalmente y pocas semanas teníamos ocupada mas de la mitad de la planta de la Calle Pelayo y dispuesta para la venta. Con esto empezamos en julio de 1975 con un resultado bastante positivo y cuando fuimos acumulando dinero de las comisiones sobre la venta, comprábamos muchos de estos artículos al contado en Mataró, Terrassa, Hospitalet, etc., quedando más margen de beneficios además de que eran de temporada y de moda.

La comisión gestora cumplíamos escrupulosamente los compromisos contraídos con los proveedores y pronto estos fueron comprobando que podían confiar en nosotros, alargando las liquidaciones a cada 8 días por lo molesto de hacerlas diarias. Mas adelante se hacían cada mes y más tarde cada tres meses; pero lo más positivo y satisfactorio para nuestra gestión era que hasta los proveedores más reacios a suministrarnos mercancías cuando por primera vez visitamos, al comprobar por los comentarios de nuestros suministradores nuestra seriedad, venían ellos mismos a ofrecernos sus mercancías.

El primer mes de nuestra gestión cobramos en dos veces, mas a partir del segundo mes lo recibíamos antes o a final de cada mes; pero a los nueve meses habíamos recuperado cinco meses atrasados de los seis que se nos debían, además de tres pagas extras que entraban en ese periodo de tiempo, es decir, la extra de julio, la de octubre y diciembre de ese año. Sólo quedaron pendientes la paga de beneficios del 1974 y la del mes de abril del 1975 que cobraríamos un año más tarde y por medio de un Juicio en magistratura de trabajo.

En mayo de 1976 la Empresa decidió desautorizar, la comisión y nombrar un Gerente o nuevo Director que curiosamente era cuñado del Juez responsable del Juzgado nº 1, quien resolvió a favor de la Empresa la querrela criminal y fraudulenta que el año anterior presentaron los trabajadores de “El Águila” y de la cual nos corresponsabilizamos los de “El Siglo”; Sr. Tort, a quien ya conocíamos bien por sus tropelías fraudulentas anteriores y especulador, además de vicioso empedernido. Alto y corpulento y con cara de niño bueno e inocente, a los trabajadores se nos cayó el cielo acuestas cuando nos enteramos, pues sabíamos que de inmediato empezaría a surgir problemas y la verdad es que ya nunca cobramos la mensualidad completa a su debido tiempo, atrasándose las pagas extras permanentemente a través de los años. Pensábamos los empleados en aquel viejo refrán: “que poco dura la alegría en casa de los pobres”. Lo veíamos como un parásito que se llevaba una importante comisión; inútil e incompetente en la organización en el trabajo y en la venta, si bien con el trato al personal no se excedía.

Afortunadamente no duró más que dos años porque el resultado de su gestión fue desastrosa para la Empresa y más para los empleados que sufrimos directamente las consecuencias atrasándose el cobro de nuestros salarios y creando descontento e indignación en todo el personal.

No he relatado el caso de las hermanas Camillieri, fabricantes de género de punto, a quienes Julio Muñoz les sacó 12 millones de pesetas en concepto de venta o traspaso de la firma “El Siglo” en la primavera de 1975, dando por hecho la aprobación del Expediente de Regulación y Empleo total y la expulsión por lo tanto de toda la plantilla de la Empresa. Desde luego, que hay empresarios imbéciles, ingenuos y hasta estúpidos. Lo curioso del caso es que normalmente están aconsejados por abogados especialistas en la materia; pero les ciega tanto el egoísmo, la ambición y la fanfarria, que fácilmente traficantes y especuladores profesionales y experimentados a través de los años les engañan.

Del 1975 al 1981 pasaron por “El Siglo” cinco personajes y solo uno de ellos ha salido bien parado: Reimon, quien explotaba el edificio de “El Águila” hasta que se quemó, con la firma “Pre-mini”. Cuando se aposentaron de “El Siglo” se creían, algo así como si

fuesen dueños de un gran Almacén próspero y potente, cuando en realidad tienen sobre sus cabezas un montón de escombros, una empresa sin activo ni pasivo porque cargó “El Águila” con él; una empresa que solo puede funcionar con una buena gestión de los propios trabajadores en las actuales circunstancias o con un gran capitalista que esté dispuesto a gastar cientos de millones para modernizar el interior del edificio y poner en marcha un gran comercio y dispuesto a absorber edificios vecinos para ensanchar la fachada de la calle Pelayo. Así y todo habría que esperar a ver el resultado.

Sin lugar a dudas que la calle Pelayo sigue siendo centro comercial importante de Barcelona a pesar del poder de atracción de “El Corte Inglés” y creo que este factor influye decisivamente en que “El Siglo” siga existiendo todavía.

Creo importante hacer referencia de un Conflicto colectivo que presentamos el Jurado de Empresa con el apoyo total de los trabajadores en la primavera de 1976 apoyándonos en la Ley de Convenios Colectivos y que en uno de sus apartados decía: en caso de concurrencia de dos Convenios, los trabajadores podrán acogerse al que en su conjunto fuera superior. Pues bien, en esa época se consiguió firmar el primer Convenio nacional para Grandes Almacenes, que concurría con el Provincial de Barcelona para Grandes Almacenes y que económicamente era apreciablemente y, por tanto, tentador pese a la crisis que padecía la Empresa; pero que los trabajadores habíamos demostrado durante nuestra auto gestión cual era la principal causa de esa crisis y como se podía resolver, luego no era lógico que cargásemos con todas las consecuencias.

En marzo de 1976 los componentes del Jurado de Empresa de los “Almacenes El Siglo” promovimos una asamblea de Enlaces sindicales de la provincia de Barcelona de Grandes Almacenes para proponer acogernos al Convenio Nacional de Grandes Almacenes, puesto que era superior y el Nacional se volvía a negociar al año y medio. Asistieron a la Asamblea 149 enlaces, debatiendo ampliamente las ventajas y desventajas, entre ellas las 20 pagas que se cobraban al jubilarse a los 65 años que yo creo fue la principal razón de la decisión de rechazar nuestra propuesta por 136 votos contra 13 pues los componentes de la Asamblea pasaban mayoritariamente de sesenta años, a pesar de lo cual los Enlaces de “El Siglo” seguimos adelante y presentamos Conflicto Colectivo, cuyo resultado fue más que positivo, después de varias sesiones en la Delegación de Trabajo bajo la Presidencia del Inspector de Trabajo, Sr. Garzón. Renunciando a las diferencias de septiembre a diciembre de 1975 arrancamos a la Empresa el aumento económico del C. Nacional, conservando el Provincial íntegro. Este acuerdo supuso para cada trabajador entre 3.000 pesetas y 5.000 de aumento mensuales, aumento que no tuvieron los empleados de los otros Grandes Almacenes y que a partir de Enero de 1976 ha repercutido en cada Convenio Colectivo ventajosamente para los de Almacenes “El Siglo” al ser mayor la masa salarial de cada trabajador.

Por otra parte, esta Asamblea era la primera que celebraban los responsables sindicales desde finales de la maldita Guerra Civil, es decir, en la Dictadura franquista, donde se puso claramente de manifiesto el descontento y las inquietudes de los Enlaces y la oposición y críticas contra los verticalistas.

Este Artículo de Concurrencia de dos Convenios y el poder acogerse al en conjunto Superior, fue eliminado en posteriores Disposiciones o desarrollo de la ley de Relaciones

Laborales, pues debió causarles problemas a los empresarios y autoridades laborales.

Debo remarcar que a pesar de los intentos de la Empresa para sacarnos del Convenio Nacional de G. Almacenes, nos hemos mantenido dentro y hemos conseguido hacerlo cumplir a “El siglo” aunque cobrando los aumentos con retrasos prolongados y a veces presentar huelga legal dos veces al año, mayo y noviembre, con el fin de obligar a Julio Muñoz a negociar en la Delegación de Trabajo y comprometerse a cumplir los acuerdos. Esto ha supuesto para los trabajadores el mantenimiento del poder adquisitivo y se nos haya tenido en cuenta, es decir, se nos hayan respetado nuestros derechos.

Siempre nos hemos preguntado los trabajadores cómo J. Muñoz, experto en liquidar empresas grandes y chanchullos sin fin, no se ha decidido a deshacerse de Almacenes “El Siglo” definitivamente, con los problemas que tiene de forma continuada y las pérdidas de dinero, pues nos consta que tiene que desembolsar algunos millones para mantenerlo en pie en estas condiciones durante tanto tiempo.

Al Sr. Tort lo relevó un tal Garrido como almacenista y con contrato de mercadería en depósito, pagando una comisión fija a la Empresa que teóricamente había de cubrir gastos, incluyendo los salarios de la plantilla. Apoyado por un cuñado suyo que decía era el capitalista fuerte... Esto fue ya demasiado, resultó trágico cómico. Este cuñado venía cada mañana borracho y haciendo el payaso presumiendo ser dueño de “El Siglo”, trayendo amigos de su misma calaña y regalándoles caprichosamente artículos de la venta delante de las dependientas, como relojes de cuarzo de un precio alto y toda clase de objetos normalmente caros. No se metía mucho con los empleados, pero ¡qué perspectiva había para el futuro de la Empresa y para la seguridad en el empleo!. Es fácil adivinar la preocupación de los empleados y empleadas y su indignación, pues empezaron con cuatro trapos mal colocados y peor expuestos; con unos escaparates que daban la impresión de haber sido saqueados y mucha pena al ver todo aquel panorama. No es difícil pensar en la tensión, el nerviosismo, la ansiedad de todos los trabajadores al oír los comentarios de los pocos clientes que visitaban los Almacenes y las preguntas que nos hacían que cómo era posible haber llegado a semejante decadencia.

En el nombre de “El Siglo” engañó a un sinfín de proveedores, almacenando artículos que después desaparecían buena parte de ellos y no pagó a nadie, ya que años más tarde siguen viniendo en su busca intentando cobrar; pero el pájaro desapareció. La policía también le buscó algunas veces. Este buen señor murió en 1981 de infarto de miocardio, después de andar huyendo y escondiéndose en Zaragoza, Madrid y otras ciudades.

¿Qué podemos opinar los trabajadores y las trabajadoras de la empresa “El Siglo” después de tanta mala experiencia vivida a través de los años, que de tal manera nos ha azotado? No nos extraña ver desaparecer tantas empresas pequeñas y medianas, basadas en buena proporción en un beneficio fácil, por los grandes e incontrolados márgenes y la explotación de los trabajadores por medio de los bajos salarios y largas jornadas, además del incumplimiento de las obligaciones de las empresas con relación a la Seguridad Social y otros impuestos que puedan favorecer los derechos de los trabajadores. Muchas de estas desapariciones suponen un fraude a los trabajadores y a la sociedad y, sin embargo, representa un buen negocio para el empresario en la venta o traspaso de los locales,

aprovechándose de la facilidad que encuentra en las leyes para falsear los datos, transvasar los capitales y despedir a los trabajadores; por eso el Estatuto de los Trabajadores resulta tan odioso para ellos porque creen que anteriormente no se podía despedir bajo ningún concepto y cuesta convencerlos de lo contrario, pues quién no recuerda el fatídico artículo 103 de la ley de Procedimiento Laboral a través del cual se podía despedir incluso sin indemnización y que muchas veces significaba la cárcel sin otro motivo que defender los derechos de los trabajadores. Hubo un corto periodo de tiempo en que era más difícil el despido, en abril de 1976 por la anulación del artículo 103 de la anterior Ley con el artículo 35 de la nueva Ley de Relaciones Laborales, debido a la fuerte presión de las grandes luchas llevadas a cabo en aquella época por los trabajadores, con CC.OO. a la cabeza; pero que pronto la patronal consiguió anularlo con el primer Gobierno de Adolfo Suárez porque daba una fuerza enorme a los sindicatos de clase, todavía ilegales en Octubre de ese mismo año, si no recuerdo mal.

El Estatuto de los Trabajadores facilitó enormemente el despido y, sobre todo, lo ha abaratado con las constantes reformas, de las que los empresarios se aprovechan de la desorientación, ignorancia y temor de sus empleados; porque de lo que no cabe duda es que cada empresario es un dictador en potencia, haciendo uso y abuso de su propia Ley que no es otra que su egoísmo, su interés y ambición personal, lo que le produce más beneficios que a fin de cuentas es su único fin, salvo excepciones, claro está.

Está demostrado que si los trabajadores no se organizan y obligan al empresario a cumplir las leyes, éste hace caso omiso de ellas, porque incluso le resulta más beneficioso si tiene que pagar multas burlándolas. Se puede afirmar sin miedo a equivocarse que en Barcelona hay miles de pequeñas y medianas empresas que incumplen las leyes laborales, es decir, las que de alguna manera benefician a los trabajadores, sobre todo en cuanto a jornada de trabajo, horas extraordinarias remuneración del trabajo tanto extra como el normal, cotizaciones a la Seguridad Social, I.R.P.F., etc. Si esto sucede donde teóricamente debería haber cierto control, qué no sucederá en ciudades medianas y pequeñas.

Viví la experiencia de una compañera que trabajaba en las zapaterías YACARE que tiene varias tiendas en Barcelona que es reflejo claro de lo que expongo: al tratar de organizar las elecciones sindicales, primeras en libertad llevadas a cabo por los sindicatos de clase y como afiliada a CC.OO., el empresario la despidió, no sin antes amenazarla con toda clase de insultos y represalias. Esta compañera trató por todos los medios de defender su puesto de trabajo y obligarle a la empresa a afiliarla a la Seguridad Social al igual que a sus compañeras, una de las cuales llevaba 17 años trabajando prácticamente sin ningún derecho. Yo le ayudé a preparar una denuncia en regla partiendo de una oficina de empleo y a través de la Delegación de Trabajo para llevar a cabo una inspección; pero cual sería mi sorpresa cuando al momento de ir a presentarla, ella se echó para atrás porque, muy atemorizada, decía que él le había amenazado con desgraciarla para toda su vida si llevaba adelante este propósito y que, asustada, había aceptado una pequeña indemnización. De muchas historias parecidas pueden demostrar los Abogados Laboralistas y Asesores sindicales de CC.OO. y otros sindicatos de la clase trabajadora.

A Garrido lo relevó J. Luís Martínez Garrote en noviembre de 1.978, con un contrato de mercadería en depósito de un año, prorrogable de año en año, después de echar

a Garrido con medidas draconianas y violentas por incumplimiento de contrato. La Empresa se incautó de la mercadería que teóricamente era de Garrido para desquitarse de la deuda contraída por éste por no pagar la comisión acordada, quien al parecer se asustó y no llevó a cabo ninguna acción para defenderse, quedando su mercadería almacenada en la segunda planta. Por cierto que en el incendio que hubo en los Almacenes “El Siglo” en julio de 1.979, parte de ella se quemó y el resto quedó en mal estado.

Precisamente esta circunstancia la aprovechó Martínez Garrote para hacer una liquidación de mercancías un tanto defectuosas que nada tuvo que ver con la quema y tuvo durante un par de meses explotando este suceso para atraer compradores mas o menos incautos.

El contrato que éste suscribió con Julio Muñoz en cuanto a la comisión que debería pagar, fue incumplido desde el primer mes, hecho este que repercutió permanentemente en la tranquilidad laboral, ya que de ello dependía el cobro de nuestros salarios y no hay cosa que inquiete más a los trabajadores que llegue el día 30 de cada mes y pueda llevar la mensualidad a casa. Es fácil imaginar las contrariedades que esto origina en la vida y convivencia del hogar, tanto más cuando la mayoría somos cabeza de familia. Curiosamente los trabajadores en un primer momento descargan su indignación contra los Delegados de Personal o compañeros o compañeras que los defienden, sin pararse a pensar cuales son las causas o quienes los culpables e incluso algunos con mala intención, mueven calumnias como que están vendidos a la Empresa y cosas parecidas. No es extraño que la gente se queme como vulgarmente se dice, pues sólo se aguanta a partir de una fuerte concienciación social y política y con una honradez a prueba de cualquier circunstancia; pero que castiga el sistema nervioso y debilita la moral y a veces la salud.

He dicho anteriormente que para cobrar los salarios normales y especialmente las pagas extras, nos veíamos obligados a presentar huelga legal dos veces al año: una en Abril o mayo y otra en Octubre o Noviembre para obligar a la Empresa a sentarse a negociar en la Delegación de Trabajo en cuanto tiempo nos iban a liquidar los atrasos y también para conseguir que aplicasen los Convenios anuales, así como las liquidaciones a la Seguridad Social, cuestión esta última esencial si tenemos en cuenta que sufrimos una crisis permanentemente aguda y en cualquier momento podríamos pasar al Desempleo.

Pues bien, si esto sucedía desde 1975, cuando Martínez se hizo cargo de la Empresa en Noviembre de 1978, estábamos en conflicto permanente, ya que Julio Muñoz le dio poderes notariales para despedir si lo creía conveniente y si no lo logró fue porque estábamos bien organizados y ellos temían la celebración de juicios en Magistratura por la ilegalidad permanente en que se desenvolvía la Empresa; pero si que se celebraron con diferentes grados de sanciones, cosa a la que raramente se había llegado en los treinta y tantos años que yo trabajaba en los almacenes “El Siglo”, salvo en el expediente con “El Capitolio”.

Sin lugar a dudas que estos conflictos eran originados por el continuo atraso en el cobro de los salarios; pero también originaba enfrentamientos la táctica empleada por Martínez de tratar de resolver las situaciones a base de coacciones y sanciones al personal. Otro origen de situaciones violentas eran sus trabajadores de confianza, entre ellos el que puso como encargado de organizar la venta y el trabajo que, a demás de ser un elemento

extraño en la plantilla de “El Siglo” y, por tanto, sin derecho a mandar ni obligación a obedecer por parte de los empleados; tenía malos modales, un vocabulario grosero e insultante, no poseía don de mando ni espíritu de organización y si le gustaba estar controlando la caja y cobrando a menudo. Al decir de las dependientas y dependientes, tenía una táctica especial para hacer desaparecer talones y meterse el dinero en el bolsillo. Yo esto no lo vi nunca, pero lo que sí puedo afirmar es que jamás había contemplado tanto descontrol, tanto desorden y tantos ansiosos alrededor de las cajas de cobro de las ventas.

Otro de sus hombres de confianza, que yo lo calificaría del típico rastrero y perro fiel del amo, era el chofer de la camioneta de transporte de mercaderías; sin ninguna conciencia social, violento y brusco a quien Martínez utilizó como fuerza de choque y provocación contra los huelguistas, un sinfín de conflictos y problemas que casi siempre acababan en la comisaría de la Policía, pues posiblemente formaba parte de la estrategia de Martínez para acobardarnos y así acabar con la huelga. Este elemento robaba, robaba descaradamente y sin ocultarlo; es más, los empleados opinaban que el propio Martínez lo utilizaba cuando iba a por mercancías de los proveedores para él. De otra manera no se explica que, sabiéndolo ya que los trabajadores se lo decíamos, seguía sin tomar medidas para impedirlo. Lo mismo podríamos decir del hijo y no digamos de su compañera o segunda mujer.

Total, que ¿cómo puede funcionar y prosperar un negocio en esas condiciones y como podíamos los trabajadores permanecer pasivos y sin tomar nuestras medidas para acabar con semejante situación?. Pero una vez decididos y después de analizar a fondo la realidad en nuestro entorno, comprendimos que no había otra salida para conservar nuestro puesto de trabajo y la defensa de nuestros derechos e intereses que echar a Martínez de los Almacenes. Y, para lograr este objetivo no había otro camino, otra herramienta que la huelga indefinida, que sabíamos cuándo empezaba, pero no como y cuando acabaría ni cuales serían las consecuencias y el resultado final.

Con esta iniciativa nuestro objetivo era no dejar vender ni un clavo a Martínez, para estrangularlo económicamente y obligarle a negociar con los auténticos dueños de la Empresa (con los representantes de Julio Muñoz) su salida definitiva y total de ella, para buscar otras soluciones más o menos viables. Éramos conscientes que íbamos a pagar un alto precio moral y material; pero en aquellas circunstancias y con tan negras perspectivas considerábamos que lo teníamos todo perdido y merecía la pena intentar salvar la situación y, de paso, dar una lección a Empresarios con tan pocos escrúpulos. Así como demostrar a tantos y tantos de los trabajadores que se quedan sin su puesto de trabajo las posibilidades que hay para defenderlo y luchar por él, porque es la única fuente de ingresos que tenemos para dar de comer a nuestras familias, y una vez que se pierde difícilmente se consigue otro.

Tengo que señalar o creo necesario subrayar que el sindicato de CC.OO. y la compañera Abogada, Antonia Miralles, que tan eficazmente nos ayudó a salir airosos de tan complicada y difícil circunstancia, se oponía a la huelga indefinida e hicieron lo increíble para convencer a los trabajadores de que era un error, pues la experiencia demostraba que no se conseguían resultados positivos por ese camino como para recompensar tan tremendo esfuerzo. Además, les costó tiempo comprender nuestra

posición, nuestra terquedad. Sin embargo, los trabajadores por unanimidad y libre y democráticamente tomaron su propia decisión y el tiempo demostró que teníamos razón y que, además, no había otra salida.

PRIMEROS CONFLICTOS CON MARTÍNEZ

Cuando Martínez se hizo cargo de “El Siglo” en Noviembre de 1978, la Empresa nos debía dos meses de salarios y la paga extra que en convenios anteriores conseguimos en Grandes Almacenes como paga de ayuda a la cultura, puesto que en Octubre es cuando se originan más gastos a las familias para este fin. También se nos debían los atrasos de Convenio de enero a agosto de ese año y, por tanto, suponían el equivalente a cuatro pagas o mensualidades; pero de entrada y con dinero de Martínez, la empresa nos pagó dos mensualidades y convenimos los plazos de cobro del resto hasta febrero de 1979, compromiso que no se cumplió, porque Martínez no pagaba la comisión acordada y los dueños de la Empresa no quisieron aportar dinero para pagar los salarios, ya que sostenían la teoría de que tenía que salir de los beneficios de la venta. Sin embargo, pagaba los seguros Sociales y otros impuestos, aun que agotando plazos y a veces con recargo.

Diciembre y enero son dos meses buenos para la venta y nos pagaron diciembre y noviembre y la extra Navidad; pero enero de 1979 ya cobramos con retraso y en dos veces, caso este que repitieron continuamente hasta junio de 1981.

En mayo de 1979 presentamos en la Delegación de Trabajo la petición de huelga legal para conseguir sentarnos con la Empresa a negociar la forma de cobro de los atrasos y aplicar el convenio de ese año, pero dispuestos a llevarla a cabo si no conseguíamos plazos razonables, por cuyo motivo nos vimos obligados a repetir las mismas acciones en noviembre de ese año y en 1980 y en 1981; pero con más atrasos conforme pasaba el tiempo y pese a la presión permanente que los trabajadores hacíamos. Así y todo no llegamos a ir a la huelga, porque siempre llegábamos a la conclusión en el debate en el Comité de huelga nombrado al efecto y después con los trabajadores, que dado a las dificultades por las que atravesaba la Empresa y la incapacidad de Martínez para gestionar los suministros de mercancías y la organización de la venta, así como el control del dinero, éste no tardaría tiempo en plegar, en marcharse y renunciar y teníamos la confianza en que entraría otro comerciante con suficiente solvencia para llevar adelante el negocio. Porque había almacenistas de este género sumamente interesados en razón de que “El Siglo” está situado en una zona que sigue siendo cien por cien comercial, calle Pelayo, 54 y pese al CORTE INGLES.

El tiempo nos ha dado la razón, nos ha demostrado que no estábamos desacertados y a estas horas el almacenista BANUS gestiona los intereses de la Empresa de una manera acertada después de la huelga de cinco meses y pese a la enorme crisis que atravesamos. Al menos los trabajadores cobran puntualmente sus salarios y establecido un sistema de comisiones que satisface a estos como nunca habíamos tenido.

SE AGRAVAN LAS RELACIONES CON MARTÍNEZ.

El descontento e indignación de los empleados y empleadas crece conforme pasan los meses, porque no solamente se atrasa el cobro de los salarios devengados, sino también la insolvencia y capacidad de Martínez aumenta y el caos de su gestión es un desastre.

Como Delegado de los y las trabajadoras y analizando la situación con otros compañeros y compañeras, muy especialmente con José Carreter, consideramos que habíamos llegado a una circunstancia límite y era preciso tomar decisiones concretas en la vía de salvar nuestros puestos de trabajo, ya que todos-as habíamos tomado conciencia de que era lo más importante en esos momentos.

Los primeros meses del 1981 nos pagaban sistemáticamente las mensualidades en dos o tres veces, atrasándose cada vez más, en lugar de cumplir compromisos que a últimos de noviembre de 1980 habíamos convenido empresa y trabajadores en negociaciones ante el Delegado Trabajo e Inspector correspondiente, hasta llegar el mes de marzo que ya dejaron de hacerlo. Presionada la Empresa por el ambiente tan tenso entre los trabajadores-as y Martínez, el día dos de abril de 1981 ésta se hizo cargo de las cajas poniendo empleados de la plantilla de Almacenes “El Siglo” dirigidas por José Carreter, en lugar de gente de confianza de Martínez. A partir de esta decisión, los ingresos de la venta diaria se utilizaron para ir cobrando atrasos y algún pago apremiante como consumo de luz y otros.

Martínez Garrote, lejos de asustarse como pasó anteriormente con Garrido, se presentó dos días después con un Notario levantando acta de lo sucedido y presentando denuncia en el Juzgado de Guardia, consiguiendo una providencia que a partir del 23 de junio siguiente es restituido en anterior situación; posteriormente a esa fecha de percibir los trabajadores nuestros salarios, tanto corrientes como atrasados.

Informe relativo a GRANDES ALMACENES EL SIGLO, S.A.

“En fecha 10 de Noviembre de 1978, Don José Luis Martínez Garrote, pacta contrato de depósito con la entidad de grandes Almacenes “El Siglo, S.A.” mediante el cual aquel lleva mercancías a los de El Siglo S.A., lugar en donde son puestos a la venta, percibiendo El Siglo S.A. comisiones sobre venta, al parecer con unos mínimos fijos. Todos los trabajadores y el control de la caja pertenecen a Grande Almacenes El Siglo S. A.

En fechas posteriores y sin que se pueda precisar, el control de caja correspondiente a la venta de estas mercaderías es compartido entre El Siglo S. A. a través de un empleado cualificado, Sr. Carreter, y un trabajador de Confecciones Trafalgar, entidad de la que es accionista mayoritario el Sr. Martínez Garrote.

Como canon del contrato de depósito establecido, se había estipulado la suma de 575.000 Ptas. cada diez días, que el Sr. Martínez Garrote haría efectivas directamente a Almacenes “El Siglo”, cantidad esta que constituía parte importante de los haberes mensuales de los trabajadores.

El Sr. Martínez incumple el contrato estipulado en un determinado momento,

haciendo dejación del pago establecido y en el mes de abril del presente año la suma adeudada asciende a unos trece millones de pesetas. Dado que también había hecho dejación de sus obligaciones de pago con respecto a sus proveedores, la Dirección de Almacenes El Siglo, vista la situación, resuelve el contrato de depósito pactado, sin acudir a la vía Judicial, simplemente impidiendo la entrada al Sr. Martínez Garrote a los locales de los Almacenes El Siglo.

El Sr. Martínez, interpone Querrela Criminal que se tramita ante el Juzgado de Instrucción nº 13, bajo sumario nº 64/81 y, si bien se niega el Auto de Procesamiento solicitado por el querellante, se dicta una providencia en la cual simplemente se ordena establecer la primitiva situación.

En el momento de dar cumplimiento a dicha Providencia el Oficial del Juzgado portador de la Orden, al parecer, solicita los juegos de llaves en poder de los trabajadores de El Siglo, únicas personas que se encontraban en aquel momento en las locales, haciendo entrega de las mismas al Sr. Martínez Garrote.

La situación actual, octubre del 81, es que el Sr. Martínez Garrote, junto con cuatro trabajadores de Confecciones Trafalgar, se encuentran en el interior de los locales de G. Almacenes El Siglo, teniendo a su disposición toda la mercadería allí almacenada, impidiendo la entrada tanto a los legales representantes legales de Almacenes El Siglo, como a sus trabajadores, que se encuentran sin percibir sus haberes desde abril del 1981 y sin que se pueda llegar a ninguna resolución de tipo laboral por cuanto en la actualidad la Dirección de Almacenes El Siglo no está en posesión de los Almacenes de los cuales son únicos titulares.

Después de la sorpresa que tuvimos los trabajadores-as, inimaginable para nosotros, pronto nos dimos cuenta de la terrible disyuntiva en que nos encontrábamos. Un caso sin salida aparente o muy negativa para nosotros. No concebíamos cómo un señor con un contrato de depósito y venta de mercaderías se pudiese hacer dueño y señor de la Empresa contra la voluntad de sus titulares y trabajadores de la misma y, además, negándose a pagarnos, no ya los salarios atrasados, si no los de cada mes, con el pretexto de que la dirección de la Empresa se había apropiado de la venta del 2 de abril al 23 de junio y tenían que recuperarlo, cuando en realidad había sido destinado a pagar salarios atrasados y otros gastos de máxima urgencia que Martínez adeudaba.

Llegamos a la conclusión que las cosas de los Juzgados van para largo y que el propósito de Martínez Garrote era, el tiempo que la dichosa Providencia le proporcionaba, aprovechar para explotar la tienda y a los trabajadores-as el tiempo que pudiese o le permitieran.

A través de varias asambleas con todos los trabajadores-as, vimos clara la postura a adoptar que no había otra alternativa que la huelga indefinida con el propósito de no dejar vender a Martínez ni un clavo y estrangularlo económicamente para obligarle a dejar El Siglo, a sabiendas de que íbamos a pagar un alto precio; pero que, dadas las actitudes tanto de la Empresa como de Martínez, no teníamos otra salida si queríamos salvar nuestros puestos de trabajo y la continuidad de El Siglo, así como nuestra dignidad ante tanta burla y

atropellos.

El 18 de Julio de 1981 presentamos huelga legal e indefinida en el Departamento de Treball de la Generalitat de Catalunya, expresando nuestro deseo de negociar con la Empresa antes del día 25 de mismo mes que debía comenzar y expresada, en estos términos:

En calidad de Comité de Huelga del Centro de Trabajo sito en la calle Pelayo, nº 54, perteneciente a la Empresa Grandes Almacenes El Siglo, S.S. y dedicada a la actividad de GRANDES ALMACENES:

EXPONE

Que por medio del presente escrito se comunica a esa Delegación de Trabajo que en Asamblea de Trabajadores realizada a las 20 horas del día de ayer en el Centro de Trabajo, de cuya Acta adjuntamos copia, los trabajadores acordamos recurrir al derecho de huelga, de conformidad con lo dispuesto en el Art. 28 de la Constitución, así como con el Real Decreto Ley 17/1977 de 4 de marzo, sobre relaciones de trabajo, cumpliendo así con lo establecido en el citado cuerpo legal.

El Comité de Huelga lo compondrán los trabajadores antes citados.

La Huelga se llevará a efecto a partir del próximo 25 del actual, sábado, con carácter indefinido, si bien en Asamblea diaria en la puerta del Centro de Trabajo podrá decidirse desconvocarla según se vayan cumpliendo nuestros objetivos, desconvocarla definitivamente o temporalmente.

El objeto de la Huelga es:

- Aplicación de la revisión salarial desde el 1-1-81.
- Impago gratificación Beneficios vencida 15-3-81.
- Impago del 20 % de la mensualidad de mayo pasado.
- Impago de la mensualidad de junio.
- Impago de la Gratificación de Julio.
- Pago de los Seguros Sociales.
- Seguridad e Higiene en el trabajo y futuro de la Empresa.

Que al mismo tiempo y siendo deseo de los trabajadores llegar a un acuerdo satisfactorio para ambas partes y, de ser posible, evitar el recurso extremo de la Huelga, manifiestan a V. I. su disposición a participar en todas las reuniones de conciliación a que pudiera convocárseles y muy particularmente a las que se tomen a iniciativa de la Inspección Trabajo.

B/S. Rogamos a V.I. tenga a bien asignar a este Expediente al inspector Sr. Suárez de Ávila, concedor de nuestro problema por expedientes recientes y que, además del representante legal de Almacenes El Siglo, S. A., se cite también a Don José Luis Martínez Garrote, que es quien explota directamente el local de nuestro Centro de Trabajo.

El inspector, Sr. Suárez de Ávila, convocó a las partes con rapidez y yo creo que todos hicimos un verdadero esfuerzo para impedir la Huelga; pero la realidad era tan

contraria a los intereses de los trabajadores, que suponía una verdadera humillación para éstos aceptar las propuestas de los intereses enfrentados entre Martínez y la Empresa El Siglo. Martínez se apoyaba firmemente en la dichosa Providencia del Juzgado nº 13 sin nombrarla siquiera, pues no tenía necesidad de ello, y yo opino, él estaba convencido de que no iríamos a ella y creía contar con argumentos convincentes para poner de su lado a los trabajadores-as, por lo menos a los necesarios para que aquella fuese un fracaso si la comenzábamos.

El representante legal de la Empresa El Siglo, Sr. Rueda, abogado experimentado y duro al mismo tiempo, no estaba dispuesto a poner ni un duro para satisfacer minimamente las necesidades y exigencias de los trabajadores-as, puesto que Martínez debía a la Empresa 13 millones de pesetas y todo tenía que salir de la venta o de este último a cuenta de esa deuda; pero aquí nos encontramos con que este Sr. está mas pelado que las ratas: precisamente había presentado Quiebra de su propia Empresa con una lista de 200 acreedores en aquellos días y su situación era desesperada.

Celebramos tres actos de conciliación en el Departamento de Trabajo y Asambleas casi a diario con asistencia de Martínez primero, sus abogados y nuestra abogada, M^a Antonia Miralles de CC.OO., las últimas Asambleas. El día 24 de julio, víspera de la huelga, después de terminar la jornada de trabajo celebramos la última asamblea, en la cual se decidió en votación secreta y por unanimidad una vez más, ir a la huelga el día 25 como estaba previsto. El Comité de Huelga permitió a Martínez y a sus abogados hablar a los trabajadores individual y colectivamente a los trabajadores-as, pues decían que José Carreter y yo los manipulábamos. Presenciaron la votación y el escrutinio, ya que la decisión que debía tomarse era muy seria y convenía permitirse toda posibilidad de decidir libremente, conscientemente. Sin embargo; creo que si algún trabajador que tuviese alguna duda, alguna vacilación, la intervención de Martínez y sus abogados tuvieron el efecto contrario al que pretendían: ofendieron la dignidad de estos con una irresponsabilidad y una falta de tacto que se acercaba a la estupidez.

COMIENZO DE LA HUELGA

El día 25 de julio de 1981 a las 9 de la mañana nos presentamos ante la puerta o fachada de Almacenes El Siglo de la calle Pelayo, 54 los 20 empleados de la Empresa provistos de pancartas expresando los motivos por los cuales íbamos a la huelga y también un megáfono portátil con el fin de explicar y orientar al público las razones que nos habían llevado a ella y el proceso de asambleas y negociaciones llevadas a cabo para tratar de evitarla.

La apertura del establecimiento era a las 9 horas de la mañana, acto este que llevó a cabo Martínez Garrote con su familia, con dos trabajadores y trabajadoras de Confecciones Trafalgar, empresa cuya mayor accionista es la compañera de Martínez o segunda mujer. Según la norma que regula el derecho de huelga, esta gente eran esquiroleros o rompe huelgas, ya que la plantilla de Almacenes El Siglo en su totalidad estábamos incorporados a la huelga y legalmente no debían estar ocupando nuestros puestos de trabajo. Sin embargo, siguieron allí dentro durante todo el tiempo que duró la huelga y a pesar de las diferentes denuncias que presentamos, tanto al Servei de Treball como a la Delegación de Trabajo; pero que al chocar con la dichosa Providencia dictada por el Juzgado nº 13, los Inspectores no seguían adelante, se echaban para atrás.

Transcurrió el primer día de huelga con muy pocos clientes, porque las posibles compras de los pocos que entraban al Almacén, al oír las razones por las que habíamos ido a ella, se salían sin comprar. Lo mismo sucedió el segundo y el tercero; pero Martínez Garrote comenzó a perder el control de sus nervios al darse cuenta de que la cosa era más seria de lo que él había previsto y las provocaciones iban aumentando día a día de tal manera, que las reacciones mas o menos violentas de algunos empleados no pudieron evitarse, pese al esfuerzo que el Sr. Carreter, yo y otros hicimos para impedirlo.

Lo inmediato por parte de Martínez era llamar a la Policía de la Comisaría de la Calle del Doctor Dou falseando los hechos y agrandando las consecuencias para que ésta nos echara de la puerta o fachada del establecimiento. Sí es cierto que la primera vez que hizo acto de presencia la Policía impresionó mucho a los trabajadores-as en huelga entre otras cosas por ser la primera vez que se veían envueltos en estos problemas; pero sobre todo por el revuelo que se formó al detenernos a cuatro trabajadores que formábamos el Comité de huelga y salir en apoyo nuestro, no solo los demás empleados, sino también el abundante público que transitaba en esos momentos por la calle Pelayo gritando contra ella y contra Martínez, pues algunos jóvenes entraron al establecimiento en su busca con claras intenciones de zumbarles, mas él se escurrió por el fondo de la tienda.

A pesar de todo los huelguistas siguieron en la fachada o puerta principal hasta el cierre del establecimiento a las 20 horas, marchando a continuación a ver qué pasaba con los compañeros del Jurado detenidos y acordar después el plan de acción para el día siguiente con el Comité de Huelga puesto en libertad por el Juzgado de Guardia después de tomar declaración y comprobar que Martínez había mentido descaradamente.

Habían transcurrido seis días de julio con los mismos incidentes provocados por

Martínez y los suyos y algún matón de éste que se fueron incorporando; pero los trabajadores iban madurando por la experiencia que los días de huelga les mostraban e iban comprendiendo que iba a ser larga y muy dura. En esos días el Comité de Huelga nos movimos febrilmente entre la Consellería de Treball y el Delegado de Trabajo, pues pensábamos que el mes de agosto pasaría en blanco por ser un mes de vacaciones totales y debíamos intentar avanzar las gestiones en lo posible para conseguir resolver el conflicto a nuestro favor en esos días; pero los inspectores, que en principio intervenían a nuestro favor porque veían claras nuestras razones, tiraban para atrás al chocar con la Providencia del Juzgado nº 13 que poseía Martínez y que le hacía dueño y señor en todo y por todo. Por lo tanto no teníamos otra salida que seguir y seguir con la Huelga hasta rendir a Martínez.

Meses antes de esa fecha yo había solicitado por medio de una instancia a Magistratura de Trabajo de Barcelona mi despido de la Empresa El Siglo apoyándome en el Artículo nº 50 del Estatuto de los Trabajadores, si se dan alguna de las condiciones como cobrar el salario con retraso sistemáticamente, estar obligado a desempeñar categoría inferior a la reconocida oficialmente por la Empresa o por vejaciones y maltratos continuos. En mi caso se daban los dos primeros y después de un juicio justo fueron reconocidos mis derechos, causando baja en la Empresa desde el 23 de julio de 1981. Cobré el 80% de la indemnización que me correspondía del Fondo de Garantía Salarial como dispone dicho Artículo, pasé al Desempleo durante dos años, pero me jubilé año y medio después a los 64 cumplidos.

Naturalmente, yo seguí apoyando a los trabajadores en Huelga como me correspondía por Delegado del Sindicato de CC.OO.